

Originally published by Bilingual Press (2017). Laura Kanost and María Teresa DePaoli regained the copyright in 2026 and are sharing the work under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs (CC BYNC-ND) license.

EL IMPERIO DE LA FORTUNA

Basado en el texto “El Gallo de Oro”

de Juan Rulfo

GUIÓN

de Paz Alicia Garciadiego

El Instituto Nacional de Cinematografía

1. INT. CASA DIONISIO. MADRUGADA.

Amanece en la miserable casa de DIONISIO: un jacal de adobe. Amueblado únicamente por una enorme cama de latón, muy pomposa y señorial, una tosca mesa y un taburete. Dionisio duerme en un petate, al igual que la MADRE. Los dos prefieren el piso, pues así la cama se conserva mejor. Hay un fogón en el que se halla una despostillada olla con frijoles y un pocillo con café aguado. De las paredes de adobe cuelgan algunas jícara o calabazas, una lata de leche 'Nido' recortada, un rebozo y un par de sombreros de ixtle, muy maltratados. En un rincón, hay un Niño de Atocha, con un vestido enorme, metido en un nicho, en cuyas paredes vemos pegadas estampitas. Arriba del nicho hay una corona de Navidad con un foquito rojo que se prende y se apaga intermitentemente. La corona, viejísima, tiene escrito: Merry Christmas. La casa está en tinieblas, sólo la ilumina el foco intermitente. Afuera, se escuchan los ruidos del amanecer y una cierta luminosidad lechosa empieza a colarse por entre el techo de paja.

Dionisio, un hombre maduro, de edad indefinida, está en el petate tratando todavía de dormir, remoloneando a pesar de que ya es hora. Con un súbito golpe de conciencia se levanta y se faja el pantalón. Es tarde, ha dormido vestido (viste de campesino, holgados pantalones de manta y camisa clara, indeciblemente arrugada.) Es célibe, contenido, ladino y tímido; guarda viejos rencores acunados desde su infancia, pues siempre fue de mano engarrugada y tullida. En el fondo de sí, ha tenido largas fantasías de revancha contra sus congéneres. Su incapacidad de trabajar como hombre en la milpa y su propia pereza, lo han puesto al cobijo del cura. Es una especie de sacristán crecido, excluido del mundo femenino y refugiado entre las mochas de la sacristía.

Dionisio se levanta y se acomoda el pelo para atrás con un gesto malhumorado. Se faja el pantalón, mientras se acerca a la mesa. Toma un resto de tortilla dura y la come con pequeñas mordidas de roedor. Con una de las jícara de la pared toma agua de una olla y da un gran trago. Con un segundo, hace gárgaras. Voltea a ver a la Madre, que aún duerme. Le da un sorbo al pocillo de café. Se acerca al Niño de Atocha. Detrás de la urna, hay un espejo roto y muy dañado, lo coloca enfrente del niño y comienza a hacer ejercicios de vocalización.

Mientras, se mira muy atentamente en el espejo; la cara que se refleja es una cara dura, yerma, que guarda una rabia profunda.

Mientras Dionisio sigue vocalizando, la Madre se levanta. Es una mujer lóbrega y silenciosa, que ha heredado a su Hijo la tendencia a la taimadez.

Es anciana, tirando a la gordura y de larga trenza entrecana. Al levantarse de la cama se persigna y sobre su enorme enagua blanca y suéter de Banlón se pone un vestido campesino. Se tercia el rebozo sobre el pecho y se dirige a calentar los frijoles y el café sin observar al Hijo. Sus acciones las vemos casi por el rabillo del ojo, mientras Dionisio sigue con sus ejercicios de vocalización.

Luego de calibrar la hora por el sol que se filtra de entre las vigas, la Madre le hace una seña al Hijo indicándole que ya están los frijoles.

Dionisio, sin decir palabra, sigue vocalizando. La luz que ilumina la pieza es la de la corona de Navidad que se junta a la luminosidad lechosa de las vigas. La Madre abre la puerta del jacal y un haz de luz se cuela ahora en la habitación.

MADRE DIONISIO

El sol ya está bien alto. Apúrate, no se te haga tarde y
luego te escarmienten.

Dionisio, sin hacer el menor comentario, se pone su arruinado sombrero y sale del jacal. La Madre lo ve irse mientras está limpiando unos frijoles.

MADRE DIONISIO

(rumiando)

Siempre tarde.

2. EXT. CALLES DEL PUEBLO DE SAN MIGUEL. DÍA.

El pueblo está todavía encerrado en sus casas. Es un olvidado pueblo del Bajío. Tiene tres mayordomías. De vegetación más bien escasa y una enorme y churruigueresca iglesia dominando la plazoleta de mosaico y alguna estatuilla en yeso de Hidalgo o Juárez.

Dionisio recorre las calles del pueblo, se cubre con una chamarra. Hace el frío del amanecer. Se ven tres MUJERES silenciosas, oscuras y enrebozadas dirigiéndose al nixtamal. Al doblar una esquina, la cámara las detalla: una adulta, gris y enteca, que camina con la vista fija en el piso y dos jovencitas que la siguen. Una de ellas levanta la cara y cruza una rápida mirada con Dionisio. Es TOMASA LEÑERO, mujer que apenas rebasa los 14 años, de cara fresca y gran trenza negra, pesada y lustrosa. Dionisio la quiere y la desea en silencio. Cuando Tomasa lo ve, él hace un gesto que trata de ser un saludo torpe y timorato; pero luego —como arrepentido— baja la mano que ha subido al ala del sombrero —es la mano enteca que siempre lleva envuelta en mil y una mugrientas vendas— le da vergüenza exponer su tullidez. Escupe, evidentemente malhumorado.

Tomasa ha bajado la cabeza. Ahora se ha unido al par de rebozos negros que la anteceden. Las vemos llegar a la cola del nixtamal. Dionisio observa a Tomasa.

DIONISIO

Adiós, Tomasa Leñero. Yo te estoy aguardando espere
que espere y tú nomás me miras...

3. EXT. PLAZA DEL PUEBLO DE SAN MIGUEL. DÍA.

Dionisio ha llegado a la placita del pueblo. A un pie de las escaleras del atrio, saca detrás de una piedra un enclenque huacalito sobre el cual se para; toma un papel del pantalón y comienza a pregonar con voz clara, sonora, tiene un ligero sonsonete. Mientras grita, pasan dos MUJERES y un HOMBRE por la plaza. Junto a ellos va un NIÑO que se detiene, muy serio, a escuchar a Dionisio.

DIONISIO

(tono de pregonero)

Mucha atención, sus mercedes, señoras, caballeros, niños
de muy alta calidad:

(más fuerte)

¡Alazán tostado... de gran alzada... cinco años... orejano!
Señalado en el anca... Falsa rienda... Se extravió el día de

ayer. Propio de don Secundino Colmeneros... Quinientos pesos de albricias y sin averiguatas...

La figura de Dionisio se empequeñece en la plaza. Una MUJER que se dirigía a la iglesia, también ha hecho un alto para escucharlo. (Pausa.)

4. EXT. PLAZA DEL PUEBLO DE SAN MIGUEL. DÍA. (MAÑANA MÁS AVANZADA)

Enfrente de la placita se ha instalado un pequeño mercadito, en el que cuando más se intercambian tomates y chiles. Al fondo se descubre a Dionisio que, casi inmóvil, sigue echando su pregón.

DIONISIO

(tono pregonero)

Hoy tarde, sensacional película... Santo contra el Espectro... Emoción y suspenso... Cine secundaria "Niños Héroes"

(breve pausa)

Vaquita pintita, sin marcaje... salió ayer de su corral... Pertenencia de don Natanael, señor cura de esta parroquia... Su respetable Señoría agradecerá a quien por ella se meta a buscar...

Dionisio saca otro arrugado papel de su pantalón y lee... Lo guarda. Tose...

DIONISIO

(con pregón)

La señorita Resurrección Helguero contrajo nupcias con el señor Tomás Villacaño. La fuga se dio hace tres días... La familia de la señorita regala dos puerquitos... para contribución al casorio...

Dos NIÑOS que comen pitayas, escuchan con atención los pregones de Dionisio.

5. INT. SACRISTÍA IGLESIA DE SAN MIGUEL. DÍA.

Cae la tarde. El CURA, un hombre flaco, granuliento y que se quita constantemente el sudor con una punta de la sotana, está sentado tomando un taco y un plato de frijoles. Está junto a un tosco escritorio de una enorme y abandonada sacristía. Al fondo, junto al marco de la puerta, está Dionisio con el sombrero en la mano y la mirada baja. El Cura, sin dejar de comer, lo interpela.

CURA

¿Con que lo pregonaste varias veces desde la mañana?
Pues nadie me ha dado razón de mi vaca...

(sin convicción)

¿Gustas un taquito?

(sin interrupción)

Yo te agradecería que le echaras una mano al curato...
Ya ves que la vaca es muy necesaria. Seguro anda por los

espinales de junto a la cañada, la muy taruga, siempre se
cae por allá...

Dionisio cruza una mirada de rabia, sutil, ligera, el Cura sigue comiendo sin mirarlo.

DIONISIO

(hipócritamente)

No se apure, padrecito, yo me acomido.

6. EXT. MONTE. ATARDECER.

En un monte pelón, lleno de abrojos, se ve a Dionisio con la chamarra calada. Camina con dificultad porque se le atora la ropa en los zarzales. Al destrabarse se lastima —ligeramente— la mano tullida, se la chupa... Mientras la chupa, masculla. En la espalda le cuelga el tambor.

DIONISIO

(masculla rabioso)

Malhado animal...

Vemos a la vaca muy quitada de la pena, que está comiendo carrizos junto a un charco.

7. EXT. CALLES PUEBLO DE SAN MIGUEL. NOCHE.

Dionisio arrastra a la vaca por las calles del pueblo. Es de noche y están vacías. Dionisio va evidentemente malhumorado, escupe al piso y le da un reatazo —taimado— a la vaca. Saca su Carmencita y lo prende.

8. INT. SACRISTÍA IGLESIA SAN MIGUEL. NOCHE.

El Cura está viendo algún programa cómico en una televisión que está junto a las cortinas. La tiene medio oculta; es un modelo barato y viejísimo. Se escuchan risas lejanas del programa. El Cura está todavía instalado en su escritorio, comiendo algún guisado caldoso. Se escucha que tocan la puerta. Una MUJER VIEJA cruza enfrente del Cura, que con la mano hace un gesto para que no le tape. El Cura es un hombre fundamental e íntimamente aburrido. Unos segundos después aparece la Mujer con Dionisio, que se queda parado en el marco de la puerta.

DIONISIO

(respetuoso)

Ya le traje a la vaca... andaba por a'i, donde siempre se
va a meter...

CURA

(mientras se medio incorpora)

Te lo agradecemos eso, que te tomes molestias, Dionisio,
te lo agradecemos, se te pagará allá en el cielo, ya ves
que la parroquia rinde poco. Ven...

Dionisio se le acerca con pasos taimados. El Cura se sienta y, casi sin quitar la mirada de la TV, le va a dar la bendición. De repente repara en algo:

CURA

¿Dónde traes el escapulario?

Dionisio, con movimientos nerviosos se tantea entre la ropa y por el cuello, lo encuentra y se lo saca. Es un escapulario de tela, mugroso y andrajoso. El Cura se planta enfrente del pecho.

CURA

No lo escondas. Los verdaderos hombres son los que cumplen con la Virgen del Rosario...

(pausa)

In nomine Patris, et Filii, et Spiritu Sancti.

(estas palabras las dice maquinalmente)

Dionisio sale del cuarto y el Cura reanuda su programa de TV.

9. INT. CASA DIONISIO. NOCHE.

La Madre está calentando algo en el fogón. Dionisio se quita la chamarra que extiende sobre la cama. La Madre está evidentemente enojada.

MADRE

Otra vez nos quedamos sin nada. Por más que le hago con las capirotadas, nada, no alcanza. Ora nomás nopales y frijol... así ha de ser. Aí te dejaron un pregón pa'que lo grites mañana. Es de urgencia. Es de Tomasa... la hija de Juan Leñero.

10. EXT. CASA DIONISIO. NOCHE.

La casa se ve triste y sola. Oscura. Al fondo: las pálidas luces del pueblo.

11. INT. CASA DIONISIO. NOCHE.

En el jacal todo está a oscuras, otra vez, menos la corona de Navidad. La Madre está acostada y duerme. Dionisio se acerca al espejo y se ve la cara, tiene cansancio. Abre enormemente la boca como si fuera a vocalizar. Ve el papel en la mesa. Lo toma y lo lee enfrente del espejo. Lee con dificultad abriendo la boca y silabeando. Se muerde un labio y se echa a llorar. Se limpia ojos y mocos con la manga.

12. EXT. LAVADEROS. PUEBLO SAN MIGUEL. DÍA.

Ante una serie de MUJERES que hacen las compras, se levanta, sobre su cajón, la solitaria figura de Dionisio. Una VIEJA, enormemente arrugada y anciana, escupe sin cesar al piso huesitos de una fruta.

DIONISIO

(tono pregón)

La señorita Tomasa Leñero y el señor Laureano Sánchez, los dos originarios del pueblo de este San Miguel de los Milagros... ayer cometieron fuga. El día de mañana...

15 de mayo, San Politano, serán presentados por sus señores padres ante el altar... Se formalizará su unión...

(pausa y sin variar tono)

... Nació varón... nació varón en la casa de Nicolás Gavaldón... del barrio de...

La voz de Dionisio se va perdiendo.

Su figura empequeñece el enorme descampado.

13. EXT. CALLE PUEBLO SAN MIGUEL. DÍA.

Con gran estrépito, dos camiones de redilas, un Ford 1953 y un carcachón similar, cruzan el pueblo. Van cargados de GENTE, toldos, palos. Uno de los camiones lleva una vaca y una jaula de serpientes. Otro de los camiones lleva una serie de palos y vigas que han de servir para levantar el templete de la feria y una mínima rueda de la fortuna. Los VECINOS del pueblo miran el desfile de extraños. No se atreven a seguirlos. Un NIÑO viene corriendo de la milpa, muy entusiasmado.

NIÑO I

(con entusiasmo)

Llegó la feria... Ya llegó la feria...

Al llegar a la calle por la que van los camiones, el Niño se frena de golpe, como si de repente se diera cuenta de su arrojo y se avergonzara de él. Se calla. LA MUJER GORDA que come jugosa tuna, lo mira con indiferencia desde el camión.

14. EXT. PLAZA SAN MIGUEL. ATARDECER.

Mientras los extraños ejemplares de la pobre feria colocan sus templetes, unos MIRONES del pueblo todavía los observan. Un CAMPESINO jalonea a una cabra con dos "colas" a un entarimado de letras góticas "La Cabra Mágica". Una PAREJA con sombreros nortños carga una tinaja de vidrio llena de serpientes. Hay varios HOMBRES que llevan sus gallos de pelea en bolsas de tela y en jaulas. Son hombres de tipo ranchero. Uno de ellos es un barrigón medio calvo con un ojo "ido". Los Hombres hablan entre sí, echan bromas. Se escuchan los martillazos de los que están levantando el tejaván del palenque y la rueda de la fortuna. Al fondo se distingue la figura de Dionisio Pinzón que sigue pregonando:

DIONISIO

(casi inaudible)

Alazán tostado... gran alzada... sin aparecer... lleva
marca de Secundino Colmenero... Recompensará con...

La Mujer Gorda, que sigue comiendo tunas, arrastra junto a un JOROBADO ENANO, una mesa forrada con brocados. Dos MUCHACHOS llevan un letrero que dice "PALENQUE". DON ISABEL, vestido a lo nortño y con una fotonovela en la bolsa de atrás del pantalón, está dando indicaciones con la mano. Se voltea a hablar con un MUCHACHITO tímido y esmirriado:

DON ISABEL

Y tú, no te quedes a'i zopiloteando. Veme a llamar al
pregonero aquel, que necesitamos un gritón pa'los gallos.

15. INT. LONA PALENQUE SAN MIGUEL. NOCHE.

Ya están armando el palenque. Están pintando el rueda (que debe tener 4 metros con 16 cms. de diámetro). (Al centro se traza una línea de 90 cms. de distancia. A los lados se marcan dos líneas paralelas llamadas LÍNEA DE AFUERA). Don Isabel está leyendo su fotonovela a un lado del palenque, sentado en un montón de fierros y toldos que van a instalarse. Al otro lado del palenque, casi escondidos se ve a Dionisio con el Muchachito que fue a llamarlo: JAVIER.

Dionisio está un tanto avergonzado, mira a todos lados con azoro, mientras está jugueteando con una de las tiras de su tambor —la trenza y la destrenza mecánicamente. De la espalda le cuelga su huacal y un plástico floreado sobre el que coloca el huacal.

Don Isabel se le acerca, tiene el paso desdeñoso y prepotente de “dueño del palenque”. Cuando llega al sitio donde se encuentran Dionisio y Javier, habla sin mirarles a la cara, mientras atisba a los que arman el palenque.

DON ISABEL

Ora, ¿pa'qué lo trajiste... ? ¿Ya le diste indicaciones?

JAVIER

(amedrentado ligeramente)

Es que éste dice que no sabe...

DIONISIO

(excusándose)

A San Miguel de los Milagros casi nunca le llegan las
ferias. Cuando la última, yo todavía no andaba en esto
del pregón.

DON ISABEL

(a los trabajadores del palenque)

Fíjense donde están metiendo los cables. Ahí nomás se
van a enredar las muchachas...

(a Javier, con gran desdén)

Dile a este buey cómo.

Don Isabel se va a darle indicaciones a los que están colocando los cables. Javier, con gesto cansado, ve con detenimiento a Dionisio.

JAVIER

¿Pa'qué traes el huacal?

Dionisio se encoge de hombros y con gran timidez lo pone en el suelo y se para en él.
Javier se ríe ligeramente.

16. EXT. PLAZA DEL PUEBLO DE SAN MIGUEL. NOCHE.

Acaba de anochecer. El palenque-feria está casi armado. Unos VECINOS del pueblo se acercan tímidamente a curiosear. Dos MUJERES envueltas en su rebozo, acompañadas de 5 NIÑOS, se paran a unos metros.

Uno de los Niños se escapa del grupo y se acerca a donde la Mujer Gorda fuma un cigarro y le pasa uno a la Cabra de 2 colas —negro, tipo purito— esta se encuentra al lado de la caja de las serpientes. El Niño se detiene a mirar y las Mujeres del pueblo lo llaman con la mano. La Gorda escucha un radio de transistores, muy fuerte.

17. INT. PALENQUE SAN MIGUEL. NOCHE.

En un rincón del palenque, rodeados de gente ajetreada, que va y viene, preparando la función, están Dionisio y Javier. Dionisio sigue parado arriba del huacalito.

DIONISIO

(con tono de pregón)

Ahora el giro de Nochistán... de dos kilos, doscientos gramos, que dice que vie...

JAVIER

(interrumpiendo)

Métele ganas, güey, no los duermas...

Dionisio se destantea un poco, y se aferra del tambor, al que soba con nerviosismo:

DIONISIO

(con un tono supuestamente alegre)

Ahora el giro de Nochistán... de dos kilos...

18. EXT. PLAZA PUEBLO DE SAN MIGUEL. ANOCHECER.

El palenque y la feria están listos e instalados. Comienzan a llegar varios campesinos del lugar. La rueda de la fortuna gira aunque está vacía. Don Isabel se asoma a ver cómo está llegando la gente. Un TIPO está poniéndose unos zancos.

19. INT. PALENQUE SAN MIGUEL. NOCHE.

El interior del palenque se encuentra pletórico de gente. Hay galleros de mejor posición económica que los lugareños, los que siguen los palenques por todos los rincones del país, ocupando la primera fila, casi todos HOMBRES. Unas cuantas MUJERES entre la muchedumbre: Dos JOVENCITAS muy peripuestas y una MUJER ENJOYADA, con bisutería barata, enrebozada y con el sombrero de paja de su COMPAÑERO. En las partes altas del redondel se encuentran los lugareños con sus chamarras de lujo y la mirada tensa.

Cerca del ruedo está el JUEZ VEEDOR: un hombre maduro, barrigón y con cara permanente de circunstancias, y Dionisio, que está parado arriba de un templete sobre el que hay un mantón o pañuelo que tiene dibujados gallos de pelea. Está evidentemente orondo, triunfante.

DIONISIO

(con tono de gritón de gallos)

Ahora el Gallo dorado que viene de Chihuahua, dice que está bragado y listo para enfrentarse al blanco de Chicontepec. Tiene ganas de pelear. Dice que pase y pidan, que es bandera negra...

Dionisio se baja del tablado, mientras el JUEZ da orden con la mano de que comienza la pelea. Dionisio, de pronto, descubre su tambor y con un gesto rápido y sigiloso, lo mete debajo del mantón. Se pone a ver la pelea con la cara tensa. La pelea comienza, la gente está enardecida, le gritan a sus favoritos. Los dos gallos se enfrentan. Al principio parece que el blanco va a dar pelea. Pero al recibir el primer golpe del Dorado, se sale a un lado del ruedo y huye. LOS ESPECTADORES vociferan.

ESPECTADOR I

El blanco es cocolote.

ESPECTADOR II

¡Ya se rajó... !

ESPECTADOR III

Órale, que va mi bandera...

El Gallo dorado se lanza en furiosa andanada de golpes y espolonazos. El blanco está atontado y acorralado, tratando de huir de dos o tres picotazos al vacío. Un golpe acierta en el Dorado y lo deja mal herido con la cresta sangrante. El Blanco también clava el pico al suelo, y da un estertor profundo.

ESPECTADOR IV

Ya se rajaba... Órale.

ESPECTADOR I

Caldo de gallina hubo, ya se acabó el Dorado.

JUEZ VEEDOR

(impostando)

Termina la pelea.

DIONISIO

Se hizo chica la pelea. ¡Pierde la grande... ! ¡Abran las puertas... !

EL AMARRADOR del Dorado se acerca, recoge a su gallo casi inconsciente. Le sopla en el pico varias veces y luego trata de pararlo sobre el piso. Dionisio a la distancia ve la escena, e imperceptiblemente repite los gestos del Soltador. Saca de su bolsa una arrugada cajetilla de 'Carmencitas' y extiende uno, arreglándolo, y lo enciende.

20. EXT. PALENQUE PLAZA SAN MIGUEL. NOCHE.

El Amarrador y otro HOMBRE, jóvenes ambos y con brillantes y nuevecitos “jeans” y camisas a cuadros, van saliendo del palenque. Gesticulan y ríen. Uno saca una anforita y se la pasa al Amarrador, quien le limpia el cuello y le va a dar un trago, cuando se da cuenta que trae al gallo bajo el brazo. Con descuido, toma al animal y va a torcerle el cogote; mientras el Compañero da un trago largo, pandeando el cuerpo para atrás. Dionisio observa la escena; está saliendo del palenque (se acomoda el tambor y el huacal en la espalda). Se le ve, otra vez, tímido, ha perdido la altivez de hace un instante. Se sobresalta cuando ve que van a matar al gallo, lo recorre un escalofrío. Se acerca casi corriendo. Queda a espaldas del Tipo.

DIONISIO

No lo mate... aunque sea pa'la cría, puede que sirva.

El Amarrador le avienta al Gallo con desdén, aunque ríe y agarra el ánfora que su compañero le pasa.

AMARRADOR

Si lo quieres...

El gallo cae a los pies de Dionisio, quien lo levanta torpemente, pues se le engancha el huacal con una de las reatas que sostienen el tinglado. Levanta al gallo y lo acuna entre sus brazos, casi con ternura, en una actitud muy maternal.

DIONISIO

(al gallo)

No se apure, ya verá cómo lo voy a cuidar. Ya merito va a sanar.

Dionisio se aleja con el gallo en brazos.

Alrededor del palenque hay varios HOMBRES que están bebiendo cervezas. Desde el tinglado se escucha la voz de una MUJER que canta. Vemos a la pequeña figura de Dionisio cruzar la plaza y alejarse por una de las calles oscuras. (Contrastando con el bullicio y luz del palenque). Afuera del palenque está Don Isabel terminando de leer su fotonovela. La Mujer Gorda se abanica mientras los MIRONES la rodean.

21. EXT. CASA DIONISIO. AMANECER.

Dionisio está enterrando al gallo, dejando fuera la cabeza, la tierra la saca de las macetas medio secas de los geranios que cuelgan de las paredes de la casa como en todo jacal mexicano.

Cubre al gallo con gesto amoroso. El animal está casi muerto, la cabeza le cuelga a un lado. Dionisio apisona la tierra con las manos. Le abre al gallo el buche con la mano y le mete un dedo, curioso. Al sacar el dedo lo chupa.

DIONISIO

(carinoso y confidencial)

Yo te curo, güero... Esta tierrita es caliente, sana y seca el ala... ya lo verás... te lo digo yo. Yo me hago cargo de ti.

(Pausa. Dionisio habla afiebrado.)

Te voy a llevar cargando de acá para allá, así no te cansarás... Ya lo verás, güerito... mi güerito ala caída.

22. INT. CASA DIONISIO. NOCHE.

En el interior de la casa de Dionisio, la Madre trata de conciliar el sueño en el petate. Se mueve en él, está a medio vestir y lanza gemidos roncós, quedos, se pasa la mano por la cara, como rasgándose la carne. Se levanta a medias y se quita unas medias mugrientas de las piernas como las que algunas mujeres usan para las várices. En ese momento escucha, casi imperceptible, el rumor de las palabras de Dionisio. La Madre se sienta en la cama. Se levanta con trabajo y náuseas. Por la puerta entreabierta del jacal ve a Dionisio en el suelo. En el fogón hay una olla y cuelgan del techo hileras de capirotadas.

23. EXT. CASA DIONISIO. NOCHE.

La Madre está recargada en el marco de la puerta, ha llegado allí silenciosa, casi a escondidas, tráfuga.

Dionisio, de rodillas, habla con el Gallo, tiene los codos en el suelo y la cara enfrente del animal.

DIONISIO

(afiebrado)

Güerito, bonito, oritita te vas a poner sano.

La Madre está desgreñada y con la camisa abierta. Dionisio la ve con indecible reproche, casi con repugnancia. Sin moverse de la posición en la que está, la mira de reojo.

DIONISIO

(seco)

¡Cúbrase!

La Madre, con timidez, se comienza a trenzar el pelo, que enmarañado le cubre el rostro. Habla mientras lo hace:

MADRE DIONISIO

¿Ónde andabas... ? Me dieron los entuertos y las fiebres.
Se me abre el pecho, mi'jo...

(pausa)

Dionisio se voltea a proseguir su diálogo con el Gallo. La Madre está temblorosa de fiebre.

MADRE DIONISIO

¿Pa'qué lo curas? Si pa'l caldo da lo mismo.

DIONISIO

(seco y distante)

No va a ser caldo. Lo voy a sanar. Va a ser mi gallo.

La Madre escurre ligeramente baba por una comisura de la boca, tiene un escalofrío y se jala suavemente los restos de las trenzas despeinadas con las manos.

MADRE DIONISIO

Dionisito, Nichito, me estoy muriendo. Allá adentro me retuerzo. Me dio la tembladera. Deja a ese gallo, carajo, cuídame, que soy tu madre.

(pausa y casi sin convicción)

Deja a ese animal, que no es bestia de Dios.

Dionisio la ve con la mirada semivacia. Se sienta con las piernas abiertas enfrente del gallo.

Dionisio siente un breve impulso explicativo: el gallo es lo único que le ha sido propio, es su gran chance. Lo dice con la mirada.

Sin embargo, la incapacidad de expresarse, de comunicar, se agudiza en ese momento. La Madre lo ve desde el fondo de su desolación y soledad.

DIONISIO

Es que es mío, es mi gallo. ¿Lo sabe?

La Madre se ha empecinado en comérselo. Dionisio le pasa su chamarra y al ponérsela, la chamarra cae al suelo. La Madre la toma, pero se queda en el piso, acucillada delante del Hijo. Trata de ser convincente.

MADRE DIONISIO

Por eso, pus si ya es de tu propiedad... ¿Pa'qué queremos gallo... ? Pa'comerlo, ¿no... ? A puro nopal andamos... ahora soy puro pellejo... Hay que guisarlo...

DIONISIO

(suavemente)

Ya váyase pa'dentro, que todavía hace aire de sereno.

La cabeza del gallo, caída sobre un lado, casi exánime. El Gallo está más muerto que vivo.

24. EXT. CASA DIONISIO. MEDIODÍA.

El Gallo sigue con la cabeza caída. A un lado, sentado sobre un leño, Dionisio cabecea. Despierta de pronto, sobresaltado, asustado ve al Gallo; teme que se le haya muerto. Rápidamente se incorpora y comienza a revisar la cabeza. Se relaja. El Gallo aún está vivo; Dionisio sonríe descansando. Se palpa la camisa en busca del escapulario y ligeramente preocupado —no vaya a ser que la ira divina caiga sobre él— lo saca y lo pone al frente de su camisa. Se acerca y le echa una bendición al Gallo. Saca un “Carmencita” y estira uno, lo quiere prender y no hay cerillos. Lo vuelve a guardar con cuidado.

25. INT. CASA DIONISIO. MEDIODÍA.

Por la puerta entreabierta se ve a Dionisio jugar y hablar con el Gallo. La Madre contempla la escena con infinito rencor. Se arrastra en la mísera choza.

En la lumbre hay una gran olla de cobre en la que bulle aceite. Sobre la mesa y colgadas de distintas paredes, hay una serie de capirotadas, colocadas arriba de periódicos. La Mujer menea la olla. Está realmente mal, tiene la presión baja. Náuseas. Arrastra los pies al caminar. Prueba que la melaza está en su punto y va a empezar a prepararlas, cuando se sienta en la mesa de pronto. Solloza sin consuelo.

MADRE DIONISIO

... Si nomás es un animal...

26. EXT. CASA DIONISIO. ANOCHECER.

El Gallo está aparentemente recuperado. Al menos la cabeza ya no le cuelga. Un gallero diría que está atontado. Dionisio, a su lado, está tejiendo una cesta-jaula donde piensa transportarlo. Dionisio está alegre y platicador.

DIONISIO

Te voy a poner bien chulo. Con un aceite que te deje las plumas brillantes, coloradotas, un aceite que el juez ni lo va a notar.

Dionisio se pierde en sus ensoñaciones, mientras sigue trenzado al ixtle.

27. INT. CASA DIONISIO. ANOCHECER.

La Madre se ha recostado en el petate, le duele el vientre. A duras penas llega donde está el Santo Niño de Atocha. Debajo de él hay una pomada o yodo, en un frasco viejísimo. La Mujer lo toma y al cerrarlo el santo se cae. Ella se recuesta en la cama y se soba el estómago con cierto frenesí desesperado. Gima quedamente. Poco a poco comienza a perder vigor su fricción. Ha llevado la cabeza del santo con ella.

MADRE DIONISIO

Ora sí...

28. EXT. CASA DIONISIO ANOCHECER.

Dionisio saca al Gallo del hoyo y lo coloca entre sus piernas. Lo mira con un dejo leve de lujuria, lo acaricia. El animal está muy atarantado. Dionisio lo acaricia maquinalmente, mientras ve a lo lejos. Al fondo ha dejado la jaula a medio hacer.

DIONISIO

Güero, te me vas a poner bien guapote, las piernotas fuertes, duras, pura pluma nueva...

El ave da un aleteo inesperado y un estertor. La cabeza cae rígida hacia adelante. Dionisio se desespera. Lo jala de la cabeza, se lo pone casi en los ojos, lo inspecciona, está desesperado. Vertiginosamente comienza a cavar un hoyo en la arena, entierra otra vez al Gallo, dejando sólo la cabeza de fuera.

DIONISIO

Pinche gallo, te lo dije. Yo quería que te anduvieras conmigo. Malagradecido... no te me vayas a morir,

güerito, orita te salvo... te voy a dar pura carne molida,
ya lo verás...

Dionisio entra desesperado adentro del jacal.

29. INT. CASA DIONISIO ANOCHECER.

Dionisio entra al jacal, la Madre casi una silueta en contraluz, ovillada en la cama, con una mano se agarra el estómago y con otra sostiene en el cuenco de su regazo la cabeza medio mocha del Santo Niño de Atocha. Dionisio apenas la ve. Se dirige al fogón, busca un objeto, mueve cosas, vuelca la enorme olla de melcocha donde se cocinan las capirotadas. La Madre gime nuevamente, casi como un recién nacido. Dionisio, sin percatarse de la Madre, finalmente encuentra una piedra redonda y pulida, el tejolote o mano del metate. Sale presuroso del jacal. Dionisio está alucinado; ha depositado una esperanza mítica en su poder para recuperar al Gallo. Al fondo, la sempiterna coronita de Navidad parpadea.

30. EXT. CASA DIONISIO. NOCHE.

Dionisio busca con furor por distintas partes del jacal: en un rincón, junto al basural que rodea la casa, hay un cajón de madera lleno de olotes secos. Dionisio lo vacía y con él tapa la cabeza rígida del Gallo.

DIONISIO

(febril y mientras acciona)

¡Ah, sí serás gallo traicionero... ! Muy cabrón, mi
güero... orita te salvo...

Con el morro en la mano, golpea fuertemente la tapa de la caja. Está obsesionado y delirante.

DIONISIO

... Nomás espérame. Nomás no te me vayas a morir.

El escapulario de Dionisio le salta enfrente de la camisa, con una mano y sin dejar de golpear, lo toma y se lo lleva a la boca, donde lo chupa mientras golpetea.

31. INT. CASA DIONISIO. NOCHE.

El sonido del golpeteo es fuertísimo. Dentro de la casa se convierte en una pulsación, que podría sincoparse con la luz intermitente de la coronita de Navidad. La Madre sigue sin moverse, ovillada, encogida, empequeñecida. Parece animal asustado. Tiene la cara crispada, la quijada rígida y se aferra con las manos —como garras— a la cabeza de yeso del Santo Niño de Atocha. Habla incoherencias ininteligibles.

32. EXT. CASA DIONISIO. NOCHE.

Dionisio, de hinojos, sigue golpeando con un ritmo continuo y fuerte la caja, que se cimbra a cada golpe. Dionisio tiene la cara ida y el escapulario en la boca. En uno de los golpes, la mano se le va y rompe su tambor de pregonero. Sin prestarle la menor importancia, la avienta a un lado y prosigue su maniática tarea.

33. INT. CASA DIONISIO. NOCHE.

La casa está verdaderamente convulsionada a nivel auditivo, por los pedrazos de Dionisio. La Madre en el petate sigue aferrada de la cabeza de yeso. A cada golpe, su cuerpo se estremece. Se chupa el dedo. Está sudando y una larga baba se le escurre por el rostro. Las capirotadas que preparaba están ahora esparcidas por el suelo y la melaza se ha pegoteado en el piso, dando una extraña visión de laberintos de caramelo. El sonido del morro domina la escena.

34. EXT. CASA DIONISIO. NOCHE.

Dionisio, casi enteramente corvado sobre la caja, continúa golpeando, cada vez en forma más desesperada, balbucea frases inconexas, ininteligibles.

35. INT. CASA DIONISIO. NOCHE.

La Madre está agonizante. El pelo enmarañado le cae empapado y pegoteoso sobre la cara, la enagua —vieja y raída— se pega a sus muslos flácidos. Gime y tiembla en medio de estertores. El ronco y desesperado sonido del martilleo inunda por segundos el jacal.

36. EXT. CASA DIONISIO. AMANECER.

Dionisio sigue golpeando el cajón. Ahora sus movimientos son discontinuados. Algunos de los golpes no atinan al cajón.

DIONISIO

No te me vas a morir... Gallito, güero lindo.

37. INT. CASA DIONISIO. AMANECER.

La Madre tiene los ojos idos y el cuerpo se estremece en pequeños temblores. Las ojeras se le han clavado profundamente. La Mujer casi no tiene fuerzas para apretar la cabeza de yeso. El sonido continúa avasallador.

38. EXT. CASA DIONISIO. AMANECER.

Dionisio sigue golpeando. Lloro quedamente, mientras golpea.

DIONISIO

Ándale... Ándale, güerito...

39. INT. CASA DIONISIO. DÍA.

La Madre respira con dificultad. Está inmóvil sobre el petate, más muerta que viva. Con las enaguas arrugadas y las piernas al aire, encogida. El ruido sigue llenando la habitación. De pronto, cesa. Un silencio aún más sordo llena el jacal. La Madre, como movida por resortes, con movimientos de títere, se incorpora y clava la mirada hacia la puerta. Al corroborar que el martilleo ha cesado, de forma mágica y mecánica, cae muerta. Su cuerpo encogido se confunde entre las patas de la cama de latón. Por la puerta entreabierta vemos a Dionisio de rodillas inmóvil y con la piedra en la mano, que está pegada a su pierna. El Niño de Atocha cae al suelo.

40. EXT. CASA DIONISIO. DÍA.

Dionisio, amedrentado levanta con sumo cuidado la caja. El Gallo, medio aturdido, mira azorado para todas partes. Dionisio lanza un suspiro de alivio y con la punta del escapulario se hace la señal de la cruz sobre la frente.

DIONISIO

(musitando tímido al Gallo)

¡pérame nomás, no te me inquietes... Oritita regreso.

Dionisio corre, y sin dejar de mirar al animal, toma una jícara.

41. INT. CASA DIONISIO. DÍA.

El cadáver de la Madre yace en el suelo. Dionisio entra sin verla y llena la jícara de agua que toma de una enorme olla de barro.

42. EXT. CASA DIONISIO. DÍA.

Dionisio le acerca la jícara al Gallo, que bebe con fruición. Dionisio saca de la bolsa de su pantalón unos granos de maíz y se los mete casi a fuerzas al Gallo en el pico. El Gallo parece ir mejorando a cada segundo.

DIONISIO

(para sí)

Ya ves... yo no iba a dejar que te me murieras. Ya lo ves...

Dionisio saca al Gallo y lo acurruca entre sus piernas, mientras que con las manos le acaricia las alas. El Gallo, dócil, se deja acariciar. Dionisio está muy cansado; casi maquinalmente lo arrulla con una cancioncita. Se queda dormido.

43. INT. CASA DIONISIO. DÍA.

El jacal está en silencio. La melaza se ha extendido hasta el petate donde está la Madre. Una nube de moscas y abejas han entrado al jacal y vuelan tercamente arriba del cadáver de la Madre.

44. EXT. CASA DIONISIO. DÍA.

Dionisio se despierta. Tiene al Gallo aún entre sus piernas. El Gallo lo mira fijamente, con la mirada grave de los animales estúpidos. Dionisio le sonríe, lo toma en sus brazos y se incorpora.

DIONISIO

Orita se me va descansar un ratito... No se me vaya otra vez a atarugar... Aquí te quedas quietecito, güerito...

Deja al Gallo entre un montón de costales, casi arropado. El Gallo lo observa alejarse, con la cabeza estirada y tensa, muy alerta. Dionisio entra al jacal; está rendido de cansancio.

45. INT. CASA DIONISIO. DÍA.

Al entrar al jacal Dionisio ve a la Madre muerta. Se sorprende ligeramente. Se acerca al cadáver. Toma la cabeza entre sus manos y la revisa (igual que hace unos segundos con el Gallo).

DIONISIO

¡Ya te muriste, mi mamacita! ¿Qué le voy a hacer?

Al colocarse la cabeza entre las piernas, se embarra de la melcocha y se chupa el dedo descuidadamente. Con gran trabajo coloca el cadáver entre las piernas. Le acomoda la enagua y trata de peinar el pelo. Sus movimientos embarran cada vez más el cadáver. Dionisio la ve con mucha devoción. Se quita el escapulario y le da la bendición con él y se la vuelve a poner en el pecho.

DIONISIO

(devoto, conmovido y lloroso)

No te apures, mi viejita, ya te me muriste... Te voy a dejar bien bonita... La enagua esa que no usabas más que pa'casorios y esas cosas, y te voy a peinar. Te voy a cuidar mucho, ya lo verás... Te voy a llevar al Peñón pa'que estés contenta con los otros difuntos.

Dionisio, acurrucado con el cadáver de su Madre entre los muslos, comienza a cantarle con una voz ronca, queda e íntima, la misma canción que le cantó al Gallo. Saca una enagua de debajo del colchón.

46. EXT. CASA DIONISIO. NOCHE.

En el silencio de la noche, sólo distinguimos la figura, ahora sí muy garbosa, del Gallo de Oro. Pasea fuera del jacal y comienza a trinar.

47. INT. CASA DIONISIO. DÍA.

Dionisio está abriendo un paliacate que sacó de adentro de una lata de manteca. En el paliacate encuentra unas cuantas monedas y unos pesos arrugados, los cuenta. Los mete en la bolsa del pantalón. Le pone la enagua al cadáver. Acomoda a la Madre dentro del petate —que está sucio y embarrado— y lo arrastra fuera de la casa. El cadáver choca con la enorme y estorbosa cama que ocupa el centro de la habitación. Al salir Dionisio, el Gallo, curioso, entra al jacal.

48. EXT. ATRIO IGLESIA DE SAN MIGUEL. DÍA.

Dionisio arrastra el cuerpo de la madre envuelto en un petate, que calza tan sólo un huarache. Cruza el atrio jalando dificultosamente el cuerpo. La puerta de la iglesia está cerrada. Toca a la puerta de la iglesia y de la sacristía al lado. Al cabo de unos segundos, en los que Dionisio trata de peinar las mechas de la Madre que salen por el petate: se avergüenza por el estado del cadáver, con el pelo enmielado y un único huarache —viejo y polvoso— saliendo por la otra orilla. Como buen hombre criado al amparo de una sacristía y excluido del mundo masculino, Dionisio Pinzón es un respetuoso de las convenciones sociales. Le abre la puerta la VIEJA AYUDANTE DEL CURA, hablan sin que el diálogo se entienda. La Vieja niega con la cabeza, y señala hacia las afueras del pueblo con la mano. Dionisio le señala el cadáver de la Madre. La Vieja cierra la puerta. Dionisio se aleja jalando a la Madre. El cadáver se atora con una baldosa del piso y en ese momento Dionisio le hace una maldición con la mano a la puerta de la sacristía.

49. EXT. ESTANQUILLO DOÑA IRIS. SAN MIGUEL. DÍA.

Dionisio llega al estanquillo instalado en la ventana de una casa de San Miguel. DOÑA IRIS está adentro de la casa. Dionisio acomoda el cadáver de la Madre como si estuviera sentado al lado suyo. Toca con el nudillo el mostrador del estanquillo.

DOÑA IRIS

(off)

Voy... Voy...

Dionisio ve con tentación los objetos que hay en el estanquillo, sobre todo unos chicles de sabores. Aparece Doña Iris con el pelo mojado, extendido sobre la toalla, lo tiene cepillado y se pasa constantemente un peine para “liendres” que revisa con suma atención y placer; de vez en cuando agarra una liendre o piojo y la mete en la bolsa envolviéndola en un pedacito de periódico.

DOÑA IRIS

(con fastidio)

Ah, eres tú. ¿En qué te sirvo, Dionisio?

DIONISIO

Aquí con la molestia, doña Iris, es que se me murió mi mamacita...

Se la enseña con la mano y la Mujer se inclina a mirarla y se persigna.

DIONISIO

... y venía a ver si no me podía usted prestar algo pa'darle sepultura.

Doña Iris y Dionisio cruzan una mirada seca.

Doña Iris esculca su peine.

DOÑA IRIS

Ay, Dionisio pus yo no puedo... Ya ves cómo están las cosas, no tengo.

DIONISIO

Ándele... siquiera pa'l cajón... Ándele.

DOÑA IRIS

(seca)

No tengo...

(pausa)

Pídeselo al cura. ¿No diz que te llevas bien con él?

DIONISIO

No está, se fue por a'i... Anda trabajando en otras parroquias... No sea, doña Iris, pa'que la pueda enterrar

DOÑA IRIS

No tengo, Dionisio.

DIONISIO

(suplicante)

Seguro algo tiene por a'í... Por favor...

DOÑA IRIS

(dura)

Ya no andes de rogón, Dionisio, ya no andes de rogón...

(pausa y con rabia)

No tengo y si tuviera, tampoco tengo.

La Mujer se voltea a ver a tres CAMPESINOS JÓVENES que se acercan al puesto. Estos ven con asombro el cadáver de la Madre de Dionisio. Dionisio tiene vergüenza de mirarlos. Se aleja arrastrando a la Madre.

DOÑA IRIS

¿Qué les sirvo?

CAMPESINO I

Tres Tecates.

Uno de los Campesinos le clava la mirada a Dionisio, mientras da un largo trago a su cerveza. La mirada es una extraña mezcla de sorna y miedo. Ambos se miran.

50. EXT. PLAZA DEL PUEBLO DE SAN MIGUEL. DÍA.

Bajo el plomizo sol del mediodía se ve la diminuta figura de Dionisio jalonear el cuerpo de la Madre empetatada. El pueblo duerme y sólo un grupo de 7 MUCHACHITOS de 13 años merodean por la plaza. Están jugando “volados” con el MERENGUERO, un hombre joven con el pelo chino y camiseta caladita con un Michael Jackson en el pecho. El Merengero escucha el radio (están transmitiendo un partido de fútbol). Los Muchachitos también muestran en su ropa la típica aculturación del Campesino: camisetas, colores estridentes, poliéster y “jeans”. Ven a Dionisio pasar frente a ellos, con la cabeza baja y el sombrero calado hasta las cejas, la quijada rígida y la mano enteca sobándose contra el pecho. Los Muchachitos se cruzan miradas pícaras y, cuando Dionisio les da la espalda, los Muchachitos ríen llenos de sorna.

MUCHACHITO I

Le falta un huarache...

Dionisio, frenético se voltea, busca a tientas algo en el piso y encuentra un casco de cerveza “Victoria”. La botella cae con estrépito muy cerca del Merengero. Dionisio los mira con furia seca y vuelve a jalar a su Madre con prisa. El Merengero se aleja un poco de su puesto, encarándosele a distancia a Dionisio; pero sin ninguna intención seria de pelear.

MERENGUERO

Órale pinche manco... ¿Qué tráis? Te vuá partir la madre...

51. EXT. CALLE PUEBLO DE SAN MIGUEL. DÍA.

Por una polvosa calle del pueblo, Dionisio va jalando el cadáver empetatado de la Madre. La calle está totalmente vacía.

52. EXT. CASA DIONISIO. DÍA.

Dionisio, sudoroso y cansado, está cavando un hoyo a un lado del jacal, descansa, se seca el sudor, mide el hoyo. Jala el cadáver que a duras penas entra, lo dobla y lo entierra con las rodillas dobladas sobre la cara, todavía envuelto en el petate. Sólo tiene un zapato. Dionisio le tapa el pie descalzo con la enagua.

53. INT. CASA DIONISIO. DÍA.

El jacal está abandonado. El Gallo revolotea entre la melaza volcada en el piso. Dionisio entra al jacal buscando al Gallo. Trae en la mano dos platitos de peltre muy despostillados. El Gallo aletea para escaparse. Dionisio lo logra atrapar, lo carga y lo acurruca en sus brazos.

DIONISIO

¡Chulo... chulito... mi güero... !

Un enjambre de moscas sobrevuela la melaza y la cabeza del Niño de Atocha.

54. INT. CASA DIONISIO. TARDE.

Siguen las moscas. Dionisio está acostado en la cama de la Madre con el Gallo muy abrazado en el regazo, entre las piernas, igual que antes con la Madre. Dionisio le habla despacio, muy quedito, con una voz muy íntima. En la mano tiene unas bolitas de masa. El resto lo ha abandonado en la cama. Mientras habla, le da de comer, abriéndole el pico con la mano. A Dionisio se le ha pintado la mirada de fantasías.

DIONISIO

Ya nos vamos a ir de aquí... vas a ver: Guapito vas a quedar, mi güero, con tu pico levantado y tus piernas gruesotas... Yo bien contento, orgulloso. Ora vas a ser el de San Miguel de los Milagros, cuando andes en los palenques. ¡Que de Chihuahua ni qué ocho cuartos... !

Dionisio está hipnotizado con su propia voz, inmóvil.

55. EXT. CASA DIONISIO. DÍA.

Dionisio sale de la casa con el Gallo a cuestas: una caja de "Fab" con algunas pertenencias, y recoge la jaula a medio hacer; se la cuelga en la espalda. Se aleja. Lleva un sombrero de paja.

56. EXT. PUEBLO. DÍA.

Dionisio recorre las calles del pueblo. Una MUJER desdentada que está detrás del mostrador de un minúsculo estanco; se está abanicando con un periódico cuando pasa Dionisio. Ambos se cruzan una mirada fría, con un dejo de reto. Dionisio le hace un gesto obsceno.

57. EXT. CARRETERA. DÍA.

Dionisio va caminando a un lado de la carretera. Lleva al Gallo en brazos y le acaricia el cogote. Va muy serio. De repente sonríe —con gran ternura, como para él mismo.

DIONISIO

(le habla al Gallo)

Esta te va a gustar harto... Mira...

(comienza a cantar)

Gallo que los tenga azules, es de los sueños el mío. Que sueña con desafíos... Que el campo tiñan los gules...

Su voz es baja y ronca. Se escucha el ruido del motor de un camión. Dionisio se interrumpe. Aparece de la curva un destartado camión de redilas. En la parte de atrás van acomodados los pasajeros: silenciosas FAMILIAS CAMPESINAS. Una MUJER lleva un paraguas para el sol: floreado y con una varilla zafada. Dionisio le hace la parada y saca un dinero del pantalón. Dionisio sube al camión. El camión sigue su camino. Se escucha (OFF) la voz de Dionisio cantando.

58. EXT. ESTACIÓN DE CAMIONES (PUEBLO CHICO). ANOCHECER.

El camión de carga para en una estación provisional: un templete con techo de plástico, en ella están una MUJER GORDA que vende quesadillas y OTRA que en el suelo expone un pequeño puesto: peinetas, espejitos, corta uñas, fotos de Lucha Villa en tercera dimensión y demás parafernalia. Dionisio se baja del camión un tanto azorado, con el Gallo en brazos, y la caja de “Fab” al hombro. Con unos pesos que saca del pantalón compra —en silencio— una garnacha y mientras se la come, se sienta en el piso; abre su caja de “Fab”, tira parte de la ropa: un pantalón de manta, una camisa blanca...

Con el Gallo en brazos, nervioso y asustado, se dirige al TIPO que maneja el camión. Le pregunta —sin que se escuche— por el palenque. El CAMIONERO le señala una calle. Dionisio se aleja por ella...

59. EXT. ESCUELA PALENQUE. NOCHE.

Un edificio más o menos grande y lóbrego. Es un típico internado. Por su puerta abierta van entrando distintos CAMPESINOS y RANCHEROS para el palenque. Desde unas ventanas, un grupo de ESCOLARES atisban: son MUCHACHITAS púberes, de pelo muy peinado y con uniformes pobretones: delantales de cuadros. Son de marcada ascendencia campesina. En la calle hay dos MONJAS, vestidas de falda escocesa y suéter. Con el pelo corto, cepillado hacia atrás y el gesto adusto. Al ver a las tres PUPILAS asomadas por la ventana, una Monja saca una campanita de madera y la suena con violencia. Las dos Monjas están muy serias. Evidentemente les desagrade tener que rentar el local. Dionisio entra.

60. INT. ESCUELA PALENQUE. NOCHE.

Dentro del patio de la escuela: (que en el centro tiene una fuente con una Inmaculada, un espiro-ball que cuelga de la flaca columna que sostiene a un Juárez y unas puertas de arco estilo mexicano-californiano, tan en boga durante los años 30's) se congrega un grupo de HOMBRES que están instalando un ruedo (que ya vimos antes en San Miguel de los Milagros.) Del balcón del corredor, DOS HOMBRES descuelgan una

manta que dice en mala caligrafía: “El Dispensario de Santa Cecilia, se prestó a rentarse al palenque porque necesita más fondos en dinero”.

Una Monja protesta:

TRABAJADOR I

(ríe)

¿Cómo cree? Si la gente viene a jugar...

Bajan la manta y salen del patio, con la manta bajo el brazo, la Monja los sigue sin dejar de refunfuñar.

Un ALBINO vestido de nortño y con mucha lentejuela en el traje, está ensayando redova nortña.

Varios “PADRINOS” están revisando gallos con mucha atención. En el patio se ve un camión de redilas cubierto por una lona, está muy desvencijado. Dionisio entra en el patio, camina tímidamente, cuidando de no pisar los cables o interrumpir a los que trabajan.

Ve el camión de reajo y casi sin que se note. Se acerca al grupo de “padrinos”. Hombres de mediana edad y tipo ranchero. Escondiéndose, curiosas y sonrientes, grupitos de PUPILAS recorren el patio.

DIONISIO

(seco)

Traigo gallo. ¿Cómo se le hace pa'que pelee en la grande?

PADRINO I

(irónico)

Antes que le salgan los dientes, quiere rebuznar el burro.

¿Pos cómo en la grande, si luego se ve que no sabe?

Dionisio se encoge de hombros y acaricia a su Gallo. Busca con la mirada a alguno que esté dispuesto a ayudarlo. Un “Padrino” trata de tomar al Gallo y Dionisio se echa para atrás, resguardando al animal.

PADRINO II

Ora tú, ni la mercancía enseñas...

Dionisio, avergonzado, les pasa el Gallo. Uno de los Padrinos lo revisa. Pone gesto de incredulidad. Se lo regresa a Dionisio.

PADRINO I

No se ve malo; pero no pa' la grande. Regresa en la mañana. A ver si entonces encuentras padrino pa' que te responda en apuestas...

Dionisio toma el animal y mientras lo acaricia, sale del patio.

61. INT. FONDA. NOCHE.

En una fonda, con un brillante foco de luz mercurial rodeado de moscos y un enorme brocado del Ixta y el Popo como fondo, Dionisio, sentado con su Gallo en el regazo.

En una de las mesas contiguas, dos BORRACHOS con innumerables botellas de cerveza vacías, se miran en silencio. La DUEÑA de la fonda: Una mujer morena-clara, de busto inmenso y suéter de Banlón raído abajo de su delantal, le lleva a Dionisio un plato de peltre con un bistec y unos rabanitos.

DUEÑA

¿Nomás esto?

DIONISIO

Y agua fresca.

La Mujer se retira y Dionisio corta en diminutos pedazos el bistec. Con una mano se los va metiendo, cariñosa y cuidadosamente en el buche al Gallo. Él come los rábanos y un poco de bistec.

Vemos a los Borrachos, cuyo número de botellas ha aumentado y su gran alcoholización también. Siguen mudos, contemplándose con interés. Regresamos a Dionisio y al Gallo. El plato está limpio. Dionisio toma al Gallo y le pregunta a la Vieja algo. La Vieja, con la cabeza señala una puerta de tela.

62. INT. CUARTO DE LA FONDA. NOCHE.

En un “cuarto” con un catre, con una lona floreada de plástico haciendo de puerta, paredes corrugadas y techo de cartones está Dionisio. Acostado en la cama con el Gallo entre sus piernas y la pata agarrada a la cama con un mecate, Dionisio, inmóvil, no puede dormir. Acaricia al Gallo, habla sin verlo, con los ojos fijos y la cara dura; sin embargo, la voz es muy íntima, llena de una extraña dulzura.

DIONISIO

No te me pongas nervioso... Estate sosiego, que mañana
yo me hago cargo... Mi güero, güerito...

63. EXT. ESCUELA PALENQUE. DÍA.

LUGAREÑOS entran a la escuela. Dionisio también. Una ALUMNA le ve la mano. Él la esconde.

64. INT. PALENQUE ESCUELA. DÍA.

El palenque comienza a llenarse de Lugareños... Son las peleas de la mañana, de apuestas bajas, concurridas por campesinos de la zona, muertos de hambre y curiosos, de pantalones raídos, sombreros de petate. Dos o tres padrinos con elaborados sombreros de norteño con plumita y chamarras nuevecitas están echando el cubilete arriba de una caja de cerveza. Dionisio se les acerca, con expresión taimada. Protegiendo al Gallo con los brazos. Atrás de ellos se está iniciando la primera pelea.

VOZ GRITÓN

(desde el fondo)

Ora pues... que se crezcan las banderas... Atención...
que el pechinegro de Los Altos de Jalisco se encara con el
gallinón de Tulancingo... Chillaron fuerte en el tope...

Un griterío cunde en el palenque, que se cierra con la masa de gente compacta en torno al ruedo. Entre ellos, dos MONJAS y dos ALUMNAS expectantes. Los “padrinos” interrumpen el juego y se van al ruedo. Dionisio interpela a uno de ellos: BONIFAS QUINTERO, un esmirriado y muy acicalado “padrino”, que se limpia constantemente los dientes con un palillo. Cada tanto revisa el contenido de su palillo, se lo lleva a la boca y lo escupe. El Padrino habla con ligero tono amanerado. Lleva un chaleco de peluche de tigre, hablan entre sí unos instantes, no se escucha su diálogo. Nos acercamos a media conversación.

PADRINO (BONIFAS QUINTERO)

No, pos ya te dije que con desconocidos no me gusta entrar a respaldar a sus gallos.

DIONISIO

Es un gallo de confiar. Nació pa' la grande, por ésta, se lo juro...

Dionisio se lleva la cruz a la boca. El Gallero revisa el buche y las patas del Gallo. Dionisio lo sostiene, tenso y nervioso, cambiando el peso de su cuerpo de un lado al otro. La inspección es rápida, casi fugaz.

PADRINO

En caso de gane, pa' mí el ochenta por ciento. Ya sabrás si te cuadra.

Dionisio asiente con la cabeza. Ambos se acercan al ruedo. Los vemos desde atrás. El palenque brama.

Vemos en primer plano el cubilete abandonado.

65. INT. PALENQUE ESCUELA (RUEDO). DÍA.

Dentro del palenque, cubierto por una lona, Dionisio está fijándole las navajas al Gallo, con la yema del dedo palpa el filo y se saca una gota de sangre que chupa con cierto deleite. El Gallo está alebrestado. Su contrincante, un GALLO NEGRO, más grande, está siendo preparado. Pasean a los gallos encapuchados por el ruedo.

GRITÓN

¡El careo... que van a chillar los gallos que ya luego habrán de luchar... ! San Juan del Río contra San Miguel... !

JUEZ VEEDOR I

¡Va la buena, va la buena! ¡Descubran, señores!

Dionisio y el otro SOLTADOR sueltan sus Gallos. El otro le quita la gorra primero a su Gallo. Dionisio, rabioso, musita:

DIONISIO

Ora verá, el muy méndigo... ventajoso...

Los gritos del palenque comienzan a llenarlo.

VOCES

—Ora el de San Juan del Río...

—¡A ochenta, a ochenta!

—¡Voy por San Juan del Río... !

Comienza la batalla. Ambos Gallos se trenzan en combate por unos segundos. Dionisio saca del pecho un escapulario y se lo chupa con la mirada fija, mientras se soba la mano tullida. El Padrino mirando a Dionisio de reojo, se escabulle de la pelea, mientras le hace un guiño cómplice a otro Padrino.

Un súbito desconcierto recorre a los Espectadores: El negro favorito está dando aletazos desesperados, mientras el Dorado ataca certero. Un segundo después, el Negro cae y el Dorado lanza el canto de desafío. Dionisio estruja su escapulario y se lo mete bajo la camisa otra vez. Recoge al Gallo, lleno de cuidados, acariciándolo.

VOCES

—Ora, ganó el Gallo piojero.

—¡Quién diría... !

Un HOMBRE VIEJO, con los dientes comidos y una cachucha calada hasta los ojos, se le acerca a Dionisio.

VIEJO

Trái gallo pa' toparte a cualquiera, amigo...

DIONISIO

(ruborizado)

Sabe responder, así está impuesto.

Dionisio toma al Gallo y lo carga afuera. Busca al Padrino entre el gentío.

65. INT. FONDA. NOCHE.

Dionisio entra a la misma fonda de la noche anterior, ahora más llena y animada por varios grupos de HOMBRES que beben cerveza. En una de las mesas, acompañado de un VIEJO con acordeón, está el "Padrino" muy borracho.

DIONISIO

Desde la mañana lo busco. Hay que cobrar. Hay que ir a cobrar.

PADRINO

(entre risas idiotas)

Pos aquí dándome mi traguito pa' nivelarme la impresión. Creiba seguro que tu gallo no podía y yo la verdá no te voy a cubrir, ¿no?

El Padrino estalla en carcajadas estúpidas.

Dionisio, impávido, acaricia su mano seca.

Dionisio sale furioso, pero contenido.

El Padrino lanza una carcajada.

67. EXT. PATIO ESCUELA-PALENQUE. NOCHE.

Junto a una GORDA que trae una caja de metal, Dionisio y el Padrino recogen el dinero. El patio de escuela está inundado de ambiente de kermesse. En uno de los salones de clase, el Albino baila una redova alrededor de un mechero encendido: Dos ALUMNAS lo ven, sentadas en pupitres. Una MUJER vestida de “egipcia” de película de Cecil B. de Mille, gorda y aburrida, lee las cartas y vende amuletos a un MUCHACHITO campesino, esmirriado y terriblemente asustado. Dionisio viene contando su dinero, trae al Gallo en los brazos. Al fondo vemos al Padrino guardarse el dinero en el pantalón, con gesto despreocupado, alejarse y hacerle señas a alguien en tono eufórico.

Junto a la caja, Dionisio se relame de una felicidad interior, que ni él mismo alcanza a comprender. Ganó la apuesta, pero por sobre todo se siente vengado por su Gallo fuerte y poderoso. No se atreve, sin embargo, a hablar con nadie. Una PUTA, de cintura apretada y muslos inmensos, que se depila pelos arriba de la boca, lo ve y le lanza una amplia sonrisa chimuela, descarnada e invitante. Dionisio, tímido, duda entre acercarse o no. En ese instante, suenan fuertísimos, los acordes de una banda más o menos desafinada. Uno de ellos: un HOMBRE de cara hermosa, cabello cano y de más de 60 años: CARMELO, con un altavoz en la mano y parado en una silla, presenta:

JEFE TAMBORA CARMELO

(tono locutor)

... Y para solaz de todos, la banda del Gallero y Bernarda
Cutíño, La Caponera...

El destartado camión de redilas enciende en su parte posterior un arco de luz neón, de mil colores. Del arco se detienen elaboradas estrellitas. Se abren dos cortinas oscuras y rotas y del camión se ve la figura de BERNARDA: con el pelo suelto en una larga espumarola de rizos negros. Un vestido retinto y ajustado, con listones de muchos colores en el escote, las mangas y la falda. En el pecho tiene bordado en lentejuela el busto de Hidalgo y el de la Corregidora; en la espalda, dos magueyes. Bernarda “La Caponera”, está parada en marras, retadora, con una sonrisa larga que está impregnada de una lujuria perezosa. Le gustan los hombres, se deja tomar y los toma, sin ir más allá de su goce egoísta, inmediato, desmemoriado.

La BANDA empieza a tocar, la luz neón centellea en torno a la cara de Bernarda, que saca del pecho una voz ronca, rasposa, sensual. Los CAMPESINOS la miran con apetencia y Dionisio, que acaricia el lomo del Gallo, no puede retirarle la mirada.

El PÚBLICO ruge en torno a La Caponera. Dionisio, con el deseo apenas contenido, recorre el cuerpo felino y torneado de la Mujer: sus piernas, firmes y duras, bajo los vuelos de la falda; el pecho aprisionado en el vestido escotado; los brazos, que acarician su cintura, envueltos en el rebozo. Dionisio baja el rostro sobre su Gallo y desde ahí contempla a la Cantante. La Banda, con rostros vacíos, sin expresión, toca sin cesar, Carmelo y Dionisio se cruzan la mirada.

68. EXT. CAMPO. DÍA.

Dionisio va caminando en medio de la milpa, con el Gallo en los brazos y la cesta a medio construir en la espalda.

Está vestido de negro riguroso y en el cuello trae apretado un pañuelo negro que tiene pintados unos Gallos amarillos y rojos. Dionisio acaricia al Gallo, le habla entusiasmado; el Gallo lo ve con impavidez.

DIONISIO

(lúbrico y cómplice)

¡Ta sabrosa, ¿no? Buenota, piernudona. Con tranca y pecho, como me gustan... ganas de tenerla aquí...

(pausa)

No te me amuines, güero, que no te den celos. Tú y yo solitos de aquí pa'llá. Esa vieja y las otras, que se ataruguen solas por ahí... A ti y a mí, güero, nadie nos las puede... por ésta. Como campeones del ruedo, ¿no... ?

Dionisio, que estaba contento y despreocupado, de repente se pone serio: se percata de que algo puede pasarle al Gallo. Le revisa las patas, le checa los espolones, aprieta la garra del Gallo.

DIONISIO

¿A ver. ..? No, si estás fuerte. ¡Si hasta carne te doy!
¿Ónde crees que te vayas a chilapaquear, a pasar algo en un combate? ¿No te dije que yo me hago cargo... ?

Dionisio se sienta en una piedra, saca del morral comida: un bolillo, carne molida y chile; los mezcla y se los da a comer en el buche. Dionisio conversa:

DIONISIO

¿Te encorajinas porque a ti te toca salir al ruedo y yo nomás mirando? Pero si no, ¿cómo saco el dinero pa' la comida... ? Si yo también siento feo cuando te van a dar tus navajazos. Yo pienso en ti. ¿Qué creías, que nada más andaba viendo viejas y que tú no me importabas? Güero, ya andas con los celos. Tú y yo estamos solos, juntos, pa' hacernos cercanía... no está bien eso de andar solo. ¿Te gustó la canción de la vieja esa, La Caponera... ?

DIONISIO

(canta la misma canción)

69. INT. PALENQUE-ESTABLO. NOCHE.

La voz de La Caponera cantando la misma canción que Dionisio, llena el establo vacío y abandonado, en el que han pintado un ruedo rudimentario. Por los portones abiertos se ve el camión de La Caponera. Vemos a la Mujer Gorda. En primer plano, el Albino está tratando de componer su armónica, sentado sobre un montón de trancas. El PÚBLICO está arremolinado en torno al ruedo.

Nos acercamos al ruedo. Dionisio suelta a su Gallo dorado que se enfrenta a otro animal desgarrado. Vemos a La Caponera desde su camión cruzar una mirada de entendimiento con Dionisio: un entendimiento solapado, sensual. El Gallo contrario huye.

VOCES

—Se hizo el muerto.

—Va el de San Miguel.

—Ora ya se hizo fuga. Le ganó la dormidera, pinche gallo cocolote.

El Gallo dorado da un último picotazo al gallo contrario, que, desplumado y despanzurrado, muere. El Gallo dorado tiene la cresta herida y un hilo de sangre recorre su cara. Trae ganas de regresar al ruedo, trata de zafarse a la mano de Dionisio, que lo detiene.

VOCES

(continuando)

—La grande... pujen, señores.

—Yo al giro.

Dionisio Pinzón está demudado, pálido.

Lo cruza un presentimiento. Se dobla sobre sí mismo a hablar con el Gallo.

DIONISIO

No oigas a este atajo de cabrones... Yo te cuido, mi güerito, igual que ese día.

El Gallo y Dionisio se cruzan miradas de tristeza. El JUEZ VEEDOR le hace una seña a Dionisio con la mano. Él toma a su Gallo, y, en un segundo, casi a hurtadillas, saca su escapulario y le hace la señal de la cruz en la cara y patas. Cubre el gesto, simulando que se peina con la mano. Le pone la capucha al Gallo.

JUEZ VEEDOR

(tono autoritario y seco)

Comienza el careo, señores...

Al carear a los Gallos y quitarles la capucha, el GALLO GIRO se lanza encima al Dorado y le hiere en la cresta.

Dionisio comienza a temblar, recoge al Gallo, le soba la cresta con tierra que toma del ruedo, le sopla en el pico con cariño casi abnegado. Ha entrado discretamente en un frenesí similar al día en que el Gallo casi muere y lo salva a martillazos. El Dorado contra ataca y gana.

DIONISIO

(musita)

¡Ya, güerito, en un ratito todo pasó y vamos a estar afuera, cálmate, mi güero, cálmate!

El Juez Veedor le indica a Dionisio con la mano que se apure. Dionisio, lívido, se apresta para soltar al Gallo.

JUEZ VEEDOR

Comienza la pelea, señores... Comienza...

Los gritos recorren el palenque. El público se viene encima del gallo Dorado. Gana el Dorado, pero sigue con ánimo de pelear. Dionisio lo pepena.

DIONISIO

Ya, cabrón, ¿no ve que ya terminó?

70. INT. PALENQUE-ESTABLO (CERCA DEL RUEDO). (NOCHE).

Dionisio está metiendo en la jaula al Gallo. Dos GALLEROS comentan entre sí. Sus comentarios, sin embargo, se escuchan.

GALLERO I

Vaya usted a saber. Pero el gallero a luego se ve que no tiene tiempo en esto... Ese gallo dorado debe ser rebueno. No hay quien lo toque. Yo lo vi despanzurrar a santo gallazo, allá, en San Juan del Río.

Dionisio se les acerca, curioso. Los Galleros se alejan. Pasan junto a una ANCIANA que borda un enorme billete de cien pesos en lentejuela, un billete de los de antes.

GALLERO

Ese gallo puede más que muchos bien coludos.

La Viejita, que ha estado sumida en su tarea, interviene, sin levantar la cabeza de su bordado. Escupe a un lado y sigue trabajando.

VIEJITA

Con las bestias, como con la gente, hay que indagar en la mirada... Luego se tantea la suerte que tienen dentro... Yo lo sé... no más los miro y lo sé.

Dionisio escucha a la Vieja y un leve escalofrío lo recorre. Tapa al Gallo con su chamarra, y con paso culpable y sigiloso, sale del palenque. Cerca del ruedo, La Caponera ha comenzado a cantar. Sus ojos, igual que los del Gallo hace un instante, tienen un brillo fugaz y oculto. Está en templete a un lado del ruedo con su arco en torno.

CAPONERA

En la cárcel de Celaya
Estuve preso y sin delito
Por una infeliz pitaya
que picó mi pajarito.
Mentira, no le hice nada,
Ya tenía su agujerito...

La Caponera ve a Dionisio alejarse y con la mirada lo señala a un RANCHERO de 50 años, entrecano, grande, de nariz recta, cara mestiza clara, vestido de enorme jorongo y con bufanda: LORENZO BENAVIDES.

71. EXT. FONDA BURDEL. NOCHE.

En el exterior —que se ve por las puertas abiertas— entra y baja GENTE de un camión Flecha Roja de segunda. Dionisio entra.

72. INT. FONDA BURDEL. NOCHE.

Enorme salón con paredes de “troncos tipo montaña”, llenos de nudos y callosidades de las que cuelgan varios cuadros de sensuales gitanas y anuncios de toros.

Al fondo, hay espejo grandote de pared a pared, con labrados de flores y hojas de parra. Varias MUJERES medio prostitutas, están entreteniéndolo a los CLIENTES.

Hay una sinfonola que toca una canción de Sonia López.

Las Mujeres visten de “diario”. En la parte de adelante de la fonda, dos CAMIONEROS se restriegan los ojos frente a dos inmensos pocillos de café y unos platos de cecina. Terminan de comer, se levantan y salen, persignándose ante una imagen de San Cristóbal. En la barra, una MOCOSA enclenque de unos 15 años dormita, y un HOMBRE más o menos rudo y una MUJER joven están tratando de componer la caja registradora.

Ambos ven con furia a la monigota, quien seguro la descompuso. Entra Dionisio con su Gallo bajo el brazo, ahora ya comienza a tener un paso firme, ligeramente retador. Se sienta abajo del retrato de gitana y frente al espejo.

HOMBRE MOSTRADOR

¡Canija escuincla, siempre traba la caja... !

(y dirigiéndose a la joven mujer)

Atiende al del gallo.

La Mujer, bonitilla, con pantalones y camiseta ajustada, camina cansada hacia Dionisio. Mientras espera la orden de Dionisio, se mira de reojo en el espejo y se endereza.

DEPENDIENTA

Buenas. ¿Con qué lo atiendo?

Dionisio le indica sin que se escuche.

La Mujer se aleja. Dionisio habla quedito con su Gallo.

Entran al local la Caponera y Benavides, quien camina despacio, trae un enorme bastón muy ostentoso con una cabeza de caballo como empuñadura, con él mueve con grácil delicadeza una silla. Se sientan enfrente de Dionisio. Este come pollo con fruición. Levanta la mirada y ve a la Caponera. Cruza miradas con ella y se comienza a excitar al ver a la Mujer, con una excitación contenida que es solapada por Benavides, que pide un mezcal que no toca. La Caponera empina el suyo rápidamente.

Dionisio finge estar concentrado en la tarea de devorar hasta el huesito su pollo. Benavides camina hacia Dionisio, parsimonioso y acompañado por el balanceo de su bastón. Se para junto, sin hablar. Dionisio levanta la cabeza.



Dionisio mirando a la Caponera a través de un espejo

DIONISIO

(seco)

¿Qué... ? ¿Es conmigo... ?

LORENZO BENAVIDES

¿Cuánto por tu gallo?

Dionisio da una mordida a la pierna de pollo que sostiene en la mano y habla con la boca llena, relamiéndose la comida:

DIONISIO

No está en venta.

BENAVIDES

Otra vez, quince de a mil y no le digas a nadie...

DIONISIO

(enmuinado)

No vendo...

Benavides se sienta jurando en otra mesa. Está hincado, abotagado. Se afloja el pantalón. (Dionisio no lo ve).

Le pasa la mano por encima de la mesa, manchándose la manga con la salsa del plato. Le da la mano a Dionisio, que le contesta el saludo.

BENAVIDES

(francote y cómplice)

Otra vez, soy Lorenzo Benavides. LORENZO BENAVIDES.
¿Ya sabes... ? ¿No has oído hablar de mí? Porque ese soy yo. El dueño del gallo Búlique, que toreó al tuyo esta tarde...

(pausa)

Dieciocho, pero no andes por ahí contándolo...

DIONISIO

(seco y comiendo)

Ya le dije: No está a la venta.

BENAVIDES

(risueño, sin darse por enterado)

Otra vez... Mira, además de los pesotes, te doy dos gallos... amarillos así nomás como el tuyo. Chulos los méndigos animales.

Dionisio no se altera por la perorata. Con la mano ordena más. La Mujer llega arrastrando los pies, con una cazuela en la mano y le sirve un ala más o menos escuálida. Deja mientras tanto la cazuela en la mesa de junto. Con una mano saca dos pasadores del delantal y se medio arma un chongo. Se ensaliva la punta de dos dedos y se hace un chinito en la frente. En ese momento descubrimos a La Caponera —a través del espejo— con cierto aire de superioridad. Está repantigada en el asiento; con la cabeza recargada contra uno de los cuadros. Ve la escena fumando, con chupadas largas y con un nuevo vaso de mezcal que le bailotea entre las manos.

Mientras tanto, Benavides acerca su silla de la mesa de enfrente a la de Dionisio. Ve con una ligera repugnancia el plato. Trata de no inmutarse y seguir hablando (Benavides fuma).

BENAVIDES

(dicharachero)

Traes buena mano, se te ve a distancia. Puro Capote van a andar regando por los palenques... Otra vez te ofrezco comprarlo.

Dionisio toma la pata y la ofrece primero a Benavides y luego a La Caponera, pero a través del espejo, por el que ha estado espiándola, sin que Benavides se inmute. Benavides sabe de la atracción que le ejerce La Caponera, y sonríe con satisfacción y seguridad. De cualquier modo, en ese momento lo domina una náusea ante el pollo, por sobre cualquier sentimiento.

DIONISIO

(saleroso)

No estoy pa' tratos... ¿No gustan cenar? Pollito en salsa
cuaresmeña... ¡Rico... !

Benavides, volteando la vista al salón semivacío, niega con la mano. La Caponera desde el espejo lanza una mirada vidriosa, mitad lujuria y mitad alcohol.

DIONISIO

¿Gustan? Pedimos más, pollo nunca falta.

BENAVIDES

Nunca como pollo, y menos en época de tapadas.

Benavides se levanta sosteniéndose el pantalón. Su actitud ha cambiado ligeramente; el incidente del pollo lo ha hartado y humillado. Habla secamente, con la vista clavada en un par de MUJERZUELAS que acarician a un CAMIONERO en la penumbra del salón. Una se le ha sentado arriba de las piernas. Los tres ríen.

BENAVIDES

(duro y con autoridad)

Mire, gallero: a ese animalito no lo va a poder carear
más de una vez. Ya se le conoce su pinta y su juego. Le
van a mandar uno que le dé un golpe de gracia... Ya
sabes, gallero: sólo una pelea más.

Dionisio sigue comiendo imperturbable. Moja un poquito de pan en el caldo y se lo da al gallo que tiene en su regazo.

BENAVIDES

(irónico)

¿Pos qué crees que todos somos majes o qué?

(pausa)

Claro que yo, yo podría arreglarle dos o tres peleas a tu
gallito. Ahí dices...

Dionisio arranca un poco del pollo y le da al Gallo. En ese momento cruza la mirada por el espejo con la Caponera. Ella se relame el mezcal de los labios.

CAPONERA

Acepte el trato, gallero. ¿No entiende lo que le propone
aquí don Lorenzo? ¿Cree que todo es legalidá? Hay que
aprender a ser gato de casa grande pa' no acabarse los
ratones...

Dionisio, muy parsimonioso, se levanta y limpia los bigotes. Toma a su Gallo, al que no deja de acariciar con la mano vendada, hace un ademán de saludo con la cabeza. Benavides queda frío de rabia, la Caponera ríe queda y largamente.

DIONISIO

Aí nos vemos...

Dionisio sale del salón. Benavides da un bastonazo contra una mesa, sacando de su modorra a la escuincla y logrando que los Dueños que siguen luchando con la caja registradora le lancen una mirada recelosa. Medio cojeando, regresa a la mesa de la Caponera.

La Caponera señala la pierna de Benavides con la copa, mientras sonríe con sorna:

CAPONERA

(irónica)

¿No que no... ? Otra vez con la renguera...

BENAVIDES

Vieja pendeja, ni sé por qué te tengo.

Ambos lanzan una carcajada y se sientan. La Camarera se les acerca. Benavides le mete a Bernarda la mano por el escote.

Ambos ríen.

73. EXT. CALLE PUEBLO (MÁS O MENOS GRANDE). DÍA.

Dionisio camina por una calle de un pueblo tipo Atlixco, polvoso y ardiente, entre comercios baratos y abigarrados. Al fondo un tembelequeante Flecha Blanca se aleja sacudiéndose como barco en tormenta. Pasa enfrente a Dionisio un camión materialista con un escape humeante. Dionisio, muy limpio y planchado, le habla a su Gallo, sin que se escuche el diálogo. Pasa frente de un SASTRE y se mira de reojo, se arregla el pelo y pasa derecho.

Prosigue su camino...

74. EXT. IGLESIA. ATARDECER

A las afueras del pueblo encontramos una iglesia semiabandonada. Una enorme estructura mitad colonial, mitad Siglo Veinte, con sólo una torre construida y la otra a la mitad. LUGAREÑOS, sonrientes y excitados, así como tensos APOSTADORES profesionales, se acercan a la iglesia y merodean por el atrio, que hoy, al igual que otras tantas veces, está rodeado de MUJERES que hacen memelas, puestos de cervezas y pulque. Hay un tiro al blanco. Dionisio, casi sin fijarse en el abigarrado espectáculo que lo rodea, entra a la iglesia.

75. INT. IGLESIA. ATARDECER.

El interior de la iglesia está irreconocible: han quitado las bancas y las han acomodado en un semicírculo alrededor del ruedo. En el altar han instalado un bar y dos mesas para apostar. De un Cristo en mortaja pende un letrero que dice: "Bernabé Tonantes y sus víboras milagrosas". Y en la piletta del agua bendita, un HOMBRE flacucho está metiendo a las serpientes.

La tambora de la Caponera está colocando el arco luminoso arriba del púlpito. De los santos y ángeles que pueblan la iglesia, cuelgan los cables de luz y los reflectores.

Don Isabel reaparece. Está hablando con la Caponera, que se está pintando enfrente de un espejo roto que sostiene el Albino.

DON ISABEL

... Pos sí, Bernarda, sigues sabrosa. Bien dicen que donde hubo fuego, quedan brasas. También a ti te gustaba. Bien que se notaba.

La Caponera ríe de buena gana. Con una mano se estira una media, y con un poco de saliva se detiene un hoyito.

DON ISABEL

Esta noche me das otra visitadita, Caponera, que ya viene haciendo falta nuestro ratito a solas.

La Caponera lo mira desdeñosa, mientras toma el espejo del Albino y lo mete en una bolsa de plástico. Sigue riendo.

CAPONERA

Eso vaya Usté a decírselo a Don Lorenzo Benavides, que ahora es él que me lleva el cálculo. Ya ve que es bien bravo, Don Isabel; mejor cálmese...

La Caponera se dirige al rincón en donde Benavides está con sus SOLTADORES, dos o tres hombres de mediana edad, vestidos de campesinos, con mirada astuta y sumisa. Al cruzarse la Caponera con Dionisio, le dirige una mirada lóbrega, con un halo de tristeza, una tristeza que corta su carcajada. Mueve ligeramente la cabeza con reproche. Dionisio la ve alejarse con la vista clavada en las frondosas caderas de la Caponera.

DIONISIO

O'verá, o'verá... la tal caponera y su pinche viejo... .
Hoy ganó. Tú no te amilanas. Ya verán a mi güero. A mí no me amenazan.

Dionisio sube la mirada y ve un cuadro o estampa religiosa del fin del mundo con las ánimas del purgatorio sufriendo tormento. Un escalofrío lo recorre, abraza al Gallo y se acerca al ruedo.

76. EXT. IGLESIA. NOCHE.

El atrio parece una kermesse, rebozando GENTE.

Casi todos comen.

77. INT. IGLESIA. NOCHE.

La iglesia-palенque está a reventar de gente excitada que juega cartas y observa a los gallos que están careándose. El Dorado de Dionisio es uno de ellos. Dionisio rodea el ruedo y mira a La Caponera. El recinto está inundado por la voz de La Caponera que canta (la luz neón la rodea):

CAPONERA

(canta)

Si te quise no fue que te quise
 Si te amé, fue por pasar el rato
 Aí te mando tu pinche retrato
 Para no acordarme de ti...

EL GRITÓN está parado en un taburete. Arriba del confesonario, un MOCOSO detiene un potente reflector, clavado en el ruedo, griterío confuso llena el local.

VOCES

—Doy cien a cincuenta.
 —Voy al giro...

GRITÓN

¡Cien a cincuenta, señores... ! ¡Ya lo oyeron: es la grande... ! ¡Es la grande! ¡Pujen, señores... ! ¡Cien a cincuenta... ! ¿Quién da más al giro... ?

VOCES

—¡El Grito de Tianquistengo!
 —Pago a cuarenta...
 —¡Voy cien a cuarenta!

Las voces de los Parroquianos truenan ensordecedores. Dionisio está tenso. Cruza una mirada con el Gallo, y la baja avergonzado. Junto con el otro GALLERO llevan a los gallos a carearse. Al quitarles la capucha, el GIRO acomete con una andanada de picotazos que dejan sangrante al Dorado. El Público se enardece y arremolina. Dionisio se frota la mano por debajo del ruedo. Toma a su Gallo y le soba con lodo la cresta. Lo invade angustia mezclada con ternura: le limpia la sangre que corre por los ojos y le sopla en el buche. Dionisio en ese momento ya sabe que el gallo va a morir y nada puede remediarlo.

VOCES

(gritos enardecidos)

—¡¿No que el muy muy de San Miguel!?
 —¡Al Dorado no se le hace esta noche!
 —¡Cuarenta por el Giro!
 —¡Ándele, Grito, usted es mi gallo!

DIONISIO

(murmura al gallo con ternura y frenesí)

No importa, mi güerito... Ya verás... Si eres el más valiente de toditos... ya verás que no te va a doler... nadita... Orita te lo quebras... mi güero... ¡Ah, qué mi güero!

Dionisio y el otro SOLTADOR se aprestan para soltar sus gallos nuevamente. Dionisio cruza una mirada lóbrega con el otro Soltador. Aprieta su escapulario y se lo mete a la boca. Comienza la pelea.

GRITÓN

¡¡Levanten gallos... !!

¡¡Comienza la pelea... !!

Dionisio lanza al Giro a su gallo Dorado, que lo mira con obscura gravedad. El Giro, un gallo enardecido, se lanza contra el gallo Dorado y acomete con una retahíla de espuelazos. El Dorado queda herido a los pocos segundos y sangra profusamente.

Dionisio sigue la pelea con mirada fija e inexpresiva, mientras chupa su escapulario y se soba la mano enteca. El gallo Dorado trata de contestar, pero está mal herido, lanza dos o tres golpes ciegos, pero es atacado aún con mayor saña por el Giro. El Dorado trata de incorporarse, pero cae desplomado, lanzando un grueso estertor. Dionisio no mueve un solo músculo.

VOCES

—Miren nomás al Giro.

—A ese milagrero que le hagan su milagrito.

—Así, mi Giro... ¡Así!

EL JUEZ VEEDOR, con cara imperturbable da por terminada la pelea.

JUEZ VEEDOR

¡Levanten gallos, señores... !

Dionisio, con gran pesadumbre y la quijada rígida, se acerca al ruedo y toma a su gallo Dorado destrozado. Lo acerca al Giro, quien todavía lanza una última andanada de navajazos que dejan al Dorado despechugado.

VOZ

¿Pos qué no está bien muerto... ?

Dionisio, con ademán tierno, envuelve al Gallo en su camisa y sale del palenque.

78. EXT. ATRIO. NOCHE.

El atrio tiene aún un ambiente de kermesse; empero, la cantidad de gente ha disminuido, y lo que priva son grupos de HOMBRES, de voces gruesas, que beben. Dionisio y su Gallo, la mirada anegada en lágrimas, cruza el atrio y en el fondo encuentra el basural. Le echa una bendición y lo avienta a la basura, con rabia y culpa. En ésta, se distinguen las patas tías de otros gallos muertos. Se aleja y se sienta en la orilla de la fuente del atrio.

DIONISIO

(para sí)

Ya te me moriste, güerito, ¿qué le voy a hacer?

Mientras Dionisio está sentado, a su espalda se ve a un GRUPO DE VIEJAS enrebozadas y andrajosas, escurrirse por el atrio, hacia los basureros. Son cinco, acompañadas de 2 NIÑOS que no levantan un palmo del piso.

Al cabo de unos segundos, se escucha un rumor sordo, bajo que en cierto sentido podría confundirse con animales merodeando.

Dionisio, al percatarse del rumor, se levanta sigiloso. En la penumbra distingue a las Mujeres arrebatándose entre sí los cuerpos ensangrentados de los gallos y escondiéndolos bajo los rebozos. Se empujan, sin gran violencia. Los Niños están asomados en los enormes tambos rodeados de restos de comida. Dionisio se detiene a unos metros y con un puño golpea —así de pie, casi sin moverse— una lámina medio caída (de esas corrugadas que seguramente formaba parte de un techo). El ruido sordo sobresalta a las Mujeres; voltean a verlo con los ojos desorbitados y sonrisas estúpidas en sus bocas desdentadas. Le da algunos golpes ciegos y torpes a una vieja aterrorizada.

DIONISIO

(íracundo, ira divina)

¡Pinches viejas güilas! ¿A poco no saben cómo murieron... ?

El despanzurrado cuerpo dorado del Gallo de Dionisio sale por los pliegues del rebozo ensangrentado de una de ellas. Dionisio la avienta y se lo arrebatata. La Vieja se aleja chillando, medio a gatas, las otras salen huyendo rápidas y sigilosas. Dionisio toma a su Gallo con cuidado, se lo aprieta contra el pecho. Los ojos están vidriosos de lágrimas, de dolor y de rabia.

DIONISIO

(entre dientes)

Faltaba más, mi güero, ni crean que aquí te dejo...

Dionisio se aleja con el Gallo.

79. EXT. CEMENTERIO (PUEBLO CON IGLESIA). NOCHE.

Afuera del cementerio, pegado a la barda, Dionisio en el piso cava un hoyo, ayudándose con una lata vacía. Ha terminado de hacer el hoyo; mete a su Gallo y le arranca dos plumas largas del lomo y las moja en las entrañas del animal. Las amarra del escapulario, y cubre al animal con tierra, que apisona con los pies.

DIONISIO

(fervoroso y murmurando)

Ora sí, güerito, dicen que así es esta cosa.

Dionisio se recarga de la barda y espía al cementerio.

80. INT. IGLESIA-PALENQUE. NOCHE.

El palenque está abarrotado: corren apuestas de albures. Dos MUJERES cantan, una está vestida con un traje satinado y entallado “tipo María Victoria” y otra de blusa blanca escotada y falda de leopardo, amplísima. Están en el púlpito y a un lado del altar. Varios HOMBRES sentados en el suelo apuestan al cubilete. Don Isabel pasea ceñudo entre los JUGADORES. Al fondo, de una mesa se levanta Benavides acompañado por La Caponera. Dionisio los ve, con la cara congestionada de rabia y tristeza. Al fondo se escucha el pregón de la lotería.

VOCEADOR LOTERÍA

El Tunante... La Calaca... El Lorito Parlanchín, que
hace todo el tiempo chin-chin-chín... El Gallito que
canta por la mañana, sin habla, ni maña...

Benavides va contando el dinero que ha ganado.

Habla sin mirar a la Caponera.

BENAVIDES

(satisfecho)

Otra vez, Bernarda... ¿Y qué, tú te quedas... ? Yo te voy
a estar esperando.

LA CAPONERA

Ya luego te alcanzo, le prometí a Don Isabel que le
animaba bonito su palenque. Dizque le importa la plaza.
Al ratito nos damos una calentadita de las que te gustan.

Benavides sale y la Caponera se pierde entre la abigarrada concurrencia del palenque.
Dionisio, sin saber qué hacer, se para atrás de una mesa forrada de paño verde. Está
indeciso, la potente voz del MONTERO lo atrae:



La Caponera cantando en una iglesia

MONTERO

¡En la otra está su suerte! ¡Plántese onde quiera! ¡Corre el albur...! ¡Vámonos!

Dionisio saca el dinero del anverso de su cinturón. Lo cuenta varias veces, con el monedero en la boca; se sienta, incómodo, entre un GORDO y una MUJER cuajada de años y de collares de cuentitas como china poblana. Ella es calva y tiene la mirada burlona, en realidad su único gesto posible: no tiene dientes y sufre parálisis facial.

MONTERO

Para el que llegó. ¿Cuál le servimos, caballero?

DIONISIO

(ceremonioso)

Los oros, que me gustan.

Dionisio se repantiga en la mesa, mientras va colocando una a una las monedas y los billetes que desarruga con cuidado; está nervioso. El TALLADOR: un hombre maduro, de un diente de oro y cara recurtida, vestido con un enorme saco (comprado seguramente de segunda mano) y una camisa escocesa sobre la cual lleva corbata de moño, pasa las cartas con gesto grandilocuente, mostrándoselas a todos y arrastrando la voz, mientras un hilo de baba se reseca en sus comisuras.

TALLADOR

Ahora vamos. Sale la suerte... Siete de copas... Dos de oros... Cinco de bastos... Cuatro de espadas... Caballo de oro... y... As de bastos...

(ahora de prisa y por trámite)

Dos, cinco, tres, sota, sota.

(a Dionisio)

Por merito y toca a la suerte, señor...

Dionisio se queda sentado mientras el Montero recoge con una vara su dinero. La Vieja Enjoyada se guarda las escasas monedas que le tocaron dentro de la blusa y de allí saca un capulín que se va chupando. Dionisio se va a retirar cuando, de F. de C., se escucha la voz clara y fuerte de la Caponera. Dionisio se sobresalta.

CAPONERA

Gallero, juégame estos centavos al rey de bastos.

Dionisio, primero se va a sentar a cumplir la orden de la Caponera, luego se arrepiente y se para. La Caponera aparece sacándose un pañuelo de por el escote, se lo pone en la mano a Dionisio.

CAPONERA

Yo sé a qué me atengo. ¡Juégamelos! No te aflijas.

DIONISIO

No acostumbro jugar ajeno.

CAPONERA

No te pongas tantos moños, que esta lana es mía, ¿no... ?

Dionisio toma el pañuelo cargado de dinero y lo coloca sobre el rey de bastos.

TALLADOR

Y vuelve a correr el albur: sota, siete de copas, caballo de
oros, rey de bastos... y gana el seis con vieja...

El Montero, muy en su papel, desamarra el pañuelo, cuenta —silabeando— el dinero y le pone otro tanto de más sobre la mesa. La Caponera le indica a Pinzón con el brazo que recoja el dinero. Pinzón está azorado, comienza a juntar el dinero, pero tiene una imperiosa necesidad de sobarse la mano. Al hacerlo, tira el dinero. Lo recoge con aire “arrastrado”, de cuando era pregón. Lo junta nerviosamente y lo mete en el pañuelo. Mientras ve los llamativos zapatos de la Caponera: de charol rojo y con moños negro y rojo, un poco gastados de la punta y marcando el son de la música. Dionisio se siente excitado, excitado y humillado. Cuando se levanta, Bernarda se pasa la lengua por la boca, con una expresión irónica.

CAPONERA

(jovial y maternal)

Ora pa'los gallos, a ver si así te me repones... Así es la
vida de los galleros, mano. Todos tienen sus noches, y
pos tú también...

Dionisio, súbitamente puerilizado, sigue a Bernarda. Se acercan al ruedo. Ella le pasa, cariñosa, la mano por el pelo y el pecho a UNO DE LOS TAHÚRES que andan por ahí.

TAHÚR

(insinuante)

¿Y tú, pa' cuándo?

CAPONERA

Cuando sea, no va a ser contigo, cuate.

Dionisio se acerca a Bernarda, está sumamente excitado, sexualmente, y por darse cuenta de la suerte de Bernarda, que lo inquietó. Dionisio de pronto se acaricia el brazo como si aún cargara al Gallo de Oro. Se da cuenta de golpe y se frena en seco, deteniéndose la mano.

DIONISIO

¿Cómo le hizo, doña Bernarda? ¿Está enjuagada con el
de los albuces... ?

Bernarda toma un vaso de cerveza de un PARROQUIANO, que le da una ligera nalgadita. La Caponera ríe de buena gana.

CAPONERA

Si no andarás de maje, pos vi clarito cuando cortó las
cartas...

La Caponera se va.

Dionisio se acerca al ruedo. Sale un gallo. Va a comenzar una pelea. Desde el atrio,
Bernarda canta:

CAPONERA

Hermosa flor de pitaya
Blanca flor de garambullo
A mí me cabe el orgullo
Que onde yo rayo ¿quién raya?
Aunque veas que yo me vaya
Tu corazón es retuyo.

En el ruedo están levantando de una pata un gallo —no el mismo que soltaron—
todo sangrante y desplumado. Dionisio cruza una mirada con la Caponera, que desde
el atrio y con mucha sutileza le indica a un gallo blanco que van a soltar. Mientras
le están quitando la capucha, Dionisio pasa el pañuelito, notablemente abultado al
TAHÚR que se hace cargo de la pelea.

DIONISIO

Todo el enredado por aquel blanquito, que se ve
sosiego...

La voz de Bernarda vuelve a quebrar el palenque, canta bajo su arco.

CAPONERA

(canta, al son de la tambora)

Azul pintado
de azul
Volando entre nubes
de tul
Y volando, volando
Muy cerca del cielo...

JUEZ VEEDOR (O.S.)

Empieza la pelea entre el blanco de Chalpihuic y el
colorado de Tlaquepaque...

81. EXT. IGLESIA-ATRIO. NOCHE.

Dionisio cuenta el dinero que guarda escrupulosamente en su cinturón.

Voltea a ver el camposanto y una tristeza le enturbia el pensamiento. Pronto vuelve
a sumirse en sus ganancias. Palpa su cinturón. En el atrio el ambiente de feria ha

terminado; hay un montón de papeles en el piso, la rueda de la fortuna está parada y varios puestos levantados; sólo una MUJER sigue junto con su comal de quesadillas, sentada en el piso y dándole de mamar a su NIÑO. Dionisio se para enfrente.

DIONISIO

Una de queso.

La Mujer se pone manos a la obra. En ese instante, a su espalda, se escucha la voz de la Caponera. Unos pasos atrás han quedado, soñolientos y andrajosos, sus MÚSICOS: una tambora de 6 TIPOS, 4 MEDIO VIEJOS, un HOMBRE JOVEN y GORDO que toca una trompeta desafinada y un ADOLESCENTE imberbe sentado en la tambora. La Caponera se ha terciado un violento rebozo rojo en el pecho.

CAPONERA

A ti te andaba buscando.

Dionisio se sobresalta, mientras le pasan su quesadilla.

CAPONERA

(riendo provocativamente, con doble sentido)

No quería que te me fueras que traigo un asunto contigo... Yo y otro señor. Alcánzanos al rato.

82. EXT. TERMINAL DE CAMIONES. AMANECER.

La ciudad despierta, unas MUJERES se dirigen por la leche. Un MUCHACHO en bicicleta trae la canasta de pan. Por una calle, que apenas se ilumina con el día, se ve acercarse al camión a la terminal: un baldío con banquetas de madera a los lados, en las que dormitan grupos de MUJERES, NIÑOS, maletas, cajas, animales domésticos: gallinas, guajolotes, cabritas, perros.

Dionisio camina con rumbo a la estación; al llegar le pregunta algo a un CAMIONERO, que le indica un lugar con la mano.

83. INT. TERMINAL DE CAMIONES. DÍA.

Dionisio entra al lugar de la estación. Está lleno de GENTE, un poco más despabilada, que habla, da indicaciones, etc. Invade el lugar llanto de NIÑOS.

Una SEÑORA JOVEN está cuereando a un NIÑO, que brama como cabra herida.

SEÑORA

O'vérás, chamaco... O'vérás...

Dionisio se sienta y se amodorra, con la cara tapada con periódicos.

BENAVIDES (OFF)

Aquí estamos, gallero.

84. INT. CAFÉ-TERMINAL DE CAMIONES. DÍA.

Están en el ruidoso café de la estación. Benavides y la Caponera siguen con las mismas ropas de la noche anterior. Benavides se ha pedido un menudo que humea en un

plato de grandes flores rojas y una cerveza Tecate. La Caponera tiene enfrente un vaso de mescal vacío. El restaurante —adornado con fotografías de mujeres luchadoras: gordas y fofas, embadurnadas de grasa y lodo— está pletórico de GENTE: CAMPESINOS cargados de objetos que cruzan de una ciudad a otra.

Están sentados en una mesa pequeña, de madera pintada de azul y verde, sobre la cual hay una Virgen de Guadalupe, flanqueada por dos luchadores recortados de un periódico y con un ramo de flores de papel. El marco de la Virgen de Guadalupe que está a la altura de las caras de ellos, es de espejo labrado, que quiebra la imagen en tres o cuatro reflejos.

BENAVIDES

Mira, Pinzón, así son los gallos: hoy te dan, mañana te arrebatán. Te lo advertí; pero no quisiste escuchar, te le rajaste al destino.

DIONISIO

(oscuro y sentencioso)

Será que a mi gallo le tocaba.

BENAVIDES

(se carcajea corrosivo)

Qué le tocaba ni qué ocho cuartos. Estaba chinampeado... pos, ¿qué creíbas, que en esto de los gallos no había su intríngulis? Otra vez, yo luegoito lo alerté.

DIONISIO

(en guardia)

¿Chinampeado? ¿Quién me iba a hacer perjuicio?

BENAVIDES

Otra vez... Cualquiera. El que lo pesó. De a seguro le quebró el costillar, por andar de acomedido.

DIONISIO

Pero estuvo bravo mi güero, hasta el final dio pelea...

BENAVIDES

Aí tú sabrás. Yo te propongo, otra vez, que te vengas de mi soltador, necesito que me ayudes con mis animales. Pago bien, tengo buenos tratos. Así es en estas cosas, te acomides o te sacan de la lucha, como te pasó hoy a ti.

Dionisio come, muy hosco, un plato de pozole en el que casi maniáticamente le pone cebolla y orégano. Tiene la vista clavada en el plato. Benavides casi no come. Prende un cigarro y habla entre fumada y fumada, de cuando en cuando se pone limón en los dedos y los lame. La Caponera sigue bebiendo. Descubre el cuadro, ve a la Virgen de Guadalupe con interés, mientras pasa el dedo por el marco y luego por el escote

palpándose los senos furtivamente y, poco a poco, con más descaro. Se palpa las comisuras de los labios, sonríe a sí misma en el espejo. Enciende un cigarro. Al fondo, los dos Hombres siguen la conversación.

BENAVIDES

Era tu único animal, ¿qué vas a hacer? ¿Vender enchiladas?
Lueguito se ve andabas muerto de hambre, que te cerrabas
la barriga con chile. Ahora comes bien, ¿no?... Trabajar,
luego se adivina que no sirves.

Benavides lanza una mirada socarrona a la mano seca de Dionisio. Dionisio se da cuenta y, nervioso, la baja de la mesa.

BENAVIDES

Sí, yo también tengo mis cosas...

(se carcajea)

¿No ves? Nomás empiezan las aguas y me da el rengueo.
Así es esto. No estamos pa' la trabajada.

Dionisio, molesto por la alusión a su mano, se pone serio y rejego. Se levanta de la mesa, mientras se limpia con la manga los bigotes. Vuelve a descubrir a la Caponera —en realidad a sus tres o cuatro reflejos en el espejo. La Caponera le lanza una mirada flamígera. Apura su cerveza y la boca le queda llena de espuma.

CAPONERA

(a Benavides)

Ya no la chingues. Déjame a este mamón.

(a Pinzón)

Él necesita alguien que les meta “viruta” a sus gallos
pactados. Que les quiebre las costillas antes de lanzarlos,
que los amodore antes de descapucharlos, ¿no... ?
Tú le sirves al patrón. Sabes de animales, tienes buena
mano, nadie te conoce. Ponte mansito y no cierres las
piernas. Tú andas de soltador y nosotros te damos tu
feria, ¿no... ?

Dionisio ve a la Caponera a través de su vaso de mezcal y lo apura de un trago. La Caponera y Benavides se cruzan miradas, dando a entender que están satisfechos pues lo tienen atrapado. En ese instante, en la sinfonola, suenan fuertes y violentos los primeros acordes de una canción.

85. EXT. GALLINERO. JACALÓN. DÍA.

Dionisio y Benavides se acercan a un gallinero para gallos de pelea; por fuera es un jacalón más o menos grande, con varias gallinas que pasean y toman sol. Sobre un huacal dormita un VIEJITO, en chamarra de mezclilla y sombrero de palma. Sobre el regazo tiene un poco de arroz seco que se le desparrama por el suelo, al despertar, sobresaltado al grito de Benavides. Don Gil, el Viejito, los sigue un poco atarantado. Entran...

85. INT. GALLINERO. DÍA.

En un gallinero más o menos grande y bien puesto, con grandes jaulas en las que se encuentran —uno en cada una— gallos de pelea, y varias celdas comunes para las gallinas. Dionisio lo observa todo, curioso. Benavides tiene el gesto orondo. Don Gil está todavía medio atarantado. Benavides saca de una jaula a uno de los gallos: un giro grande y hermoso, se lo muestra a Dionisio como un padre feliz. Con la otra mano le pasa —con gesto de autoridad, cariñosa y despótica— un saco de yute a don Gil.

BENAVIDES

Estos son mis gallos, Pinzón, ¿qué tal... ?

(pausa y a don Gil)

¿No te he dicho que hay que tener limpio esto?

87. EXT. GALLINERO. DÍA.

Dionisio y don Gil están parados afuera. El segundo, con un gallo en brazos. Ven alejarse a Benavides, en silencio.

88. INT. GALLINERO. DÍA.

Dionisio y don Gil, ambos vestidos distintos que en la secuencia anterior, están parados a la mitad del gallinero. Dionisio tiene un gallo en las manos. Don Gil le ayuda gestualmente, apretando imaginariamente el costillar de un ave. Pone gesto pícaro. Don Gil habla ligeramente gangoso, como si tuviera mucha saliva.

DON GIL

No'mbre, ¿cómo de atrás pa'delante? Con las palmas, suavecito, así ni el animal nota cuando le quiebras las costillas. Total, tu mano seca ayuda; ni se ve.

Dionisio escupe al suelo y vuelve a intentar. Don Gil le pasa un trago de cerveza.

89. EXT. PALENQUE EN PLAZA. PUEBLO. DÍA.

En un triste pueblo está un palenque. Un ruedo al aire libre está rodeado por varios CAMPESINOS y algunos TAHÚRES, que visten ostentosos sombreros nortños de pluma, botín, chaleco de cuero y chamarrota. Dionisio está llegando. Trae a tres gallos metidos en jaulas y uno en la mano. Habla con un TIPO, que evidentemente es de los ORGANIZADORES.

90. EXT. PALENQUE EN PLAZA. PUEBLO. ANOCHECER.

Junto al ruedo está Dionisio y otro SOLTADOR quitándoles la capucha a los gallos para carearlos. Dionisio, con una sonrisa casi imperceptible, le rompe el costillar al gallo. El animal se retuerce suavemente. Dionisio escupe de lado, en un gesto idéntico a la escena del gallinero.

Él y el otro GALLERO cruzan tensas miradas de entendimiento. Los gallos cacarean.

GRITÓN (OFF)

Elijan banderas. Corren apuestas, que... ¡comienza la pelea... !

91. EXT. ESTACIÓN FLECHA ROJA DE OTRO PUEBLO. DÍA.

En otro pueblo, chico y más o menos pobretón del Bajío, hay una estación de Flecha Roja: dos bancas bajo un tejaván de plástico corrugado, el catre del cobrador y un santo con veladoras. Está junto al mercadito local; se acerca un camión destartado. Entre los pasajeros: CAMPESINOS miserables cargados de animales, cosechas y similares. Baja Dionisio, ahora usa un elaborado y llamativo sombrero de nortño con dos plumas. Del cuello le cuelga el escapulario con sus plumas del gallo dorado. Dionisio trae a cuatro gallos en las jaulas y otro en brazos. Dionisio se le acerca al cobrador y habla con él y éste le indica algo con la mano.

92. INT. PALENQUE-BODEGA. NOCHE.

Ruedo tumultuoso, lleno de BORRACHOS y alcohol, en un palenque instalado en una bodega grande. Dionisio está recogiendo el cuerpo ensangrentado y desparramado de un gallo que perdió. Benavides, que platica con un GRUPO DE APOSTADORES, y Dionisio se cruzan una amable sonrisita de entendimiento.

93. EXT. FERIA. DÍA.

La Caponera está terminando una canción en su camión de redilas, donde está instalado su arco. Viste un escotado vestido de amapolas negras y bordadas en lentejuelas multicolores. Su tambora está también en el camión de redilas. Es la fiesta del pueblo: unos caballitos pobretones, una rueda de la fortuna y un látigo; tiro al blanco y muchos puestos de comida. Alrededor del camión hay un grupo de PERSONAS que escuchan atentos y entusiastas a la Caponera. Entre ellos, varios NIÑOS y una NIÑITA piojosa, sucia y con los mocos colgando, que imita los gestos de la Caponera.

Al terminar la canción, siguen aplausos. La Caponera se mete dentro del camión y le jala los cachetes cariñosamente a uno de los Músicos: Carmelo.

La Niñita sigue extasiada, parada en el mismo lugar, el resto de la gente se dispersa. En otro lado de la feria, se escucha una redova nortña, entonada por dos JOVENCITAS chillonas.

CAPONERA

Ora a comer, que hace hambre...

94. EXT. PUESTO DE ANTOJITOS, FERIA. DÍA.

Un puesto de antojitos típico de feria. Tiene dos mesas de cervecería con manteles de plástico y sus botellas de salsa "Búfalo" llenas de palillos. Benavides está sentado en una de ellas con una cerveza y un tequila enfrente. Llega la Caponera seguida de sus Músicos. Benavides, sonriente, le mueve una silla con el pie, invitándola a sentarse. La Caponera lo ve condescendiente y regresa la silla a su lugar.

CAPONERA

'Pérate... Me gusta ir primero con mis muchachos, pa'
que se sirvan su mezcalito. Luego vuelvo.

Benavides no se perturba y le da un trago largo a su cerveza, cordialmente, mientras se limpia los dientes con un palillo que saca trabajosamente, habla con ella.

BENAVIDES

Te espero en un rato. Mira que traigo ganas. Mordidas te voy a dar, pa'quitarme lo jareoso...

La Caponera suelta una carcajada amplia, abierta y se acaricia los brazos y se ve reflejada en el cristal de una alacena de la fondita ambulante. Le sonríe al reflejo.

CAPONERA

(riendo)

Yo también me traigo ganas.

La Caponera se va a sentar con sus Músicos. Le hace cariños a Carmelo —el Músico Viejo— casi como a un animalito doméstico. Luego coloca la cabeza maternalmente sobre su regazo. El Viejito puerilizado, sonríe satisfecho.

CAPONERA

(a voces y cordial)

¿Quién cabrones nos va a traer el traguito pa' la sed a mis muchachos y a mí?

La Caponera repara en que el MUCHACHITO que sirve está jugando “volados”. Casi sin fijarse y con un guiño, le habla:

CAPONERA

(al niño dependiente)

Sol...

NIÑO

(obediente)

Sol.

El Niño y su COMPAÑERO lanzan la moneda y se agachan a recogerla al suelo. Salió sol; vemos cómo se está guardando la moneda en la bolsa del pantalón:

NIÑO

Ora, salió sol, ya lo sabía... ¡Te gané!

Ha ganado, se va al mostrador y toma la botella y algunos vasitos, que le pasa la MADRE, una gorda, bigotona y enmandilada, que limpia los vasos con la punta del delantal. Les lleva el mezcal. La Caponera vacía de un trago su mezcal y se relame los labios, mientras se acaricia la nuca y los hombros.

Los Músicos se están sirviendo sus tragos. Al fondo, Benavides la observa sonriente. El Niño que jugaba volados la mira con respetuosa admiración, mientras va al mostrador por más vasos.

CAPONERA

No se echen todo el mezcal, guárdenme pa'otro trago...

95. INT. PALENQUE-PALACIO MUNICIPAL. NOCHE.

Un palenque se ha instalado en un patio de una casa colonial, medio caída a menos; probablemente es el propio palacio municipal. En medio del patio han pintado e instalado el ruedo; cubierto por una lona, e iluminado por lámparas de gas y foquitos de colores. Los ESPECTADORES están frenéticos. Un gallo: opaco, flacuchento y con una carnosidad que le cae sobre los ojos, está rematando a picotazos y golpes de navaja a un hermoso gallo blanco, fuerte, que no sabe por dónde responder. El PÚBLICO está encabronado. Dionisio cruza, inquieto, miradas con el público, tanteando sus reacciones.

VOCES

—¡Mugre gallo cegato!
 —¡'Tá acordada... !
 —¡El ciego era pa'l rastro... !
 —¡Cabrones... !

Dionisio tímidamente va a tomar al gallo cegatón, mientras el gallo blanco, todavía vivo, se arrastra y gime por el ruedo. Está por tomar al ciego, cuando un HOMBRE enorme y gordo, de sombrero texano, salta al ruedo, le arrebató al gallo y, furioso, comienza a retorcerle el pescuezo.

GORDO

¡Ora me la pagas, ciego mierdero!

Gira al cadáver del gallo ciego por encima de su cabeza. La MULTITUD ríe y brama, aprobando la reacción del Gordo.

VOCES

—Pa'que encuentres el camino.
 —¡Órale!
 —Bien hecho. ¡Por farfulleros!
 —¡Ese es mi gordo... !

El Gordo coge el cadáver del gallo y le da tremenda mordida en el lomo. Dionisio se retira sigiloso del ruedo. Le hace un comentario al GALLERO TAHÚR de junto. Casi imperceptible, se escucha la respuesta:

GALLERO TAHÚR

'Ta cabrón, mejor escóndete un tiempito...

96. EXT. CASA BENAVIDES. ANOCHECER.

La casa de Benavides es un caserón fin de siglo, estilo inglés o bretón. Montada en un páramo yermo; se llega por un camino franqueado por enormes álamos añosos. Alrededor hay un campo de magueyes, más o menos retorcidos por los años y el sol; entre los magueyes y los álamos se ven de tanto en tanto, alguna que otra banca de piedra tipo Paseo de la Reforma (más maltratadas por el tiempo y el descuido) y algunas estatuas de diosas griegas con cántaros de agua, montadas sobre pilares.

Por el camino de álamos transita un taxi-carcacha, con el radio prendido a todo volumen, tocando baladas. La carcacha trae las luces prendidas, aunque aún no es de noche.

97. INT. COCINA, CASA BENAVIDES. ANOCHECER.

En una enorme y vieja cocina, con ollas en las paredes y cazuelas por todas partes, con estufa moderna y pequeñita anexada junto al fogón, está una MUJER VIEJA limpiando frijoles, mientras escucha una radionovela...

Entran Benavides palmeando a Dionisio como compañeros de andares y viejos compinches. Benavides tiene un dejo autoritario y despectivo con Dionisio. Dionisio pone sonrisa servil. La Vieja no se inmuta con su entrada, sólo se acerca al radio para escuchar. Benavides toma una pitaya del frutero, mientras habla (USA BASTÓN).

BENAVIDES

(riendo)

Pos sí, ni modo. Hiciste bien de venirte pa'cá unos días otra vez... ¿Así que el cegatón resultó todo un gallo pero ciego... ?!

DIONISIO

(riendo con menos entusiasmo)

De tan ciego que en lugar de huir, le encajaba chicos navajazos al otro animal. Se puso rebravo un gordo y que despescueza a mi ciego, ahí mejor me fui...

98. INT. PASILLOS, CASA BENAVIDES. ANOCHECER.

Dionisio y Benavides recorren un larguísimo pasillo, iluminado a medias por la escasa luz de la tarde. En el pasillo hay una enorme cantidad de estatuas de yeso, toscas y mal hechas, que reproducen estatuas clásicas. Múltiples puertas se encuentran a lo largo de un lado del pasillo, que tiene las paredes de la mitad para abajo forradas de madera oscura, tallada en estilo inglés y los techos capitoneados de yeso. Dionisio recorre con la mirada el enorme caserón. Benavides le quita una telaraña a una de las estatuas, la hace bolita y se la guarda en el saco.

BENAVIDES

(jovial)

Así que se te armó.

(pausa)

No'mbre, no faltaba más. Hiciste bien en caerte pa'cá, si trabajas conmigo, ¿no... ? Sobra espacio, ¿no ves que esto fue escuela... ? Escuela de ricos y toda la cosa. Internado.

99. INT. SALA, CASA BENAVIDES. NOCHE.

Han instalado una sala en lo que era el antiguo salón de actos: todavía tiene el escenario donde está la mesa de juego mezclada entre los entretelones y junto a una columna de la Independencia de yeso y cartón: chiquita, tosca y grotesca. De los entretelones cuelgan dos ángeles, que sostienen en las manos una rígida bandera mexicana.

Un arco pintado sobre el escenario —el arco del Triunfo, por supuesto— tiene escrito con letra palmer: “Centenario de la Independencia”.

En lo que eran las gradas del salón, han malacomodado una multitud de viejos, confortables —y rotos— sillones de cuero, sillitas vienesas, una bandera en una urna arrumbada al fondo. Benavides le ha agregado al lugar un bar de “tronquitos” y una iluminación de lamparitas de vidrio rojas, medio burdelera.

Sobre la mesa de juego, una vieja y pomposa lámpara Tiffany escupe la luz que predomina en el salón. Al fondo, y junto a la ventana, hay dos jaulas de canarios y un enorme espejo —fin del siglo— con víboras aladas mordiéndose la cola. El espejo está en el suelo, no colgado. Y de frente a la ventana y a espaldas al salón, un viejo sofá: el hueco de la Caponera.

La Caponera está sentada en posición de loto sobre la cama, leyendo una revista de artistas. Entran Benavides y Dionisio, qua se sobresalta al verla.

BENAVIDES

Ora te friegas. Nos vamos a echar mis partiditas de compeán y siete y medio...

DIONISIO

Usté nomás diga cómo se le hace, don Lorenzo.

Benavides se ha percatado perfectamente de la forma como Dionisio ve las piernas al aire de Bernarda, quien viste un vestido negro con rojo, muy escotado, con dibujos como de pagodas chinas pegado y sutil. A diferencia de las otras veces, no usa brassiere ni calzones y tampoco medias o zapatos. Tiene el cierre medio bajado y el vestido se le escurre sensual.

BENAVIDES

(con un ligero tono burlón)

Ven, Caponera. Me gusta traérmela para acá... pa'que alegre la mirada. ¿No, Pinzón?

DIONISIO

(hipócritamente comedido)

Buenas, doña Bernardita, ya se le extrañaba en los palenques.

CAPONERA

Por aquí, Dionisio, acompañando a mi señor. Ora les mando sus tragos...

BENAVIDES

Mira, Pinzón. Esta es mi mesa pa' la jugada.

Dionisio se queda viendo la enorme lámpara de vidrio. La cámara detalla la lámpara.

FADE OUT:

FADE IN:

La enorme mesa, cubierta por una franela verde, se va poblando de botellas de cerveza y tiene una botella de tequila casi terminada y otra cerrada. Pilas de ceniza en el cenicero que Benavides tiene junto a él... Benavides juega muy concentrado. Dionisio ve y come con la mirada todo el ambiente. El rincón de La Caponera está vacío. Todos fuman.

BENAVIDES

Va contra el monte.

Benavides pone una carta en el centro de la mesa. Dionisio enseña una sota negra, tímida y malignamente.

DIONISIO

Otra vez me tocó la buena, don Lorenzo.

BENAVIDES

... ¿Otra vez? Aprendes pronto, Pinzón... aprendes.

Benavides, riendo, toma —largamente— un trago de tequila de la botella.

Entra la Caponera, seguida de la Viejita. Traen una pila de quesadillas en una charola y una cazuela con frijoles refritos.

CAPONERA

Párenle pa' comer algo. Ya en un ratito amanece. Ya hasta la vieja se levantó...

La Vieja refunfuña, pero como es desdentada, no se le entiende. Ambas dejan las charolas a un lado de la mesa. Benavides le pasa unas quesadillas a Dionisio, que las come sin quitarle la vista a Bernarda. Benavides se despereza, caminando por el cuarto a zancadas y estirando los brazos. La Caponera se sienta en la cama, con las piernas recogidas sobre el regazo y comienza a cortarse las uñas, mientras come una fruta. Dionisio la ve y ella se da cuenta. La lámpara iluminando el cuarto.

FADE OUT:

FADE IN:

Los dos Hombres siguen jugando, tienen los ojos enrojecidos. Por la ventana comienza a colarse la claridad del día. De un radio portátil sale música. Bernarda semi-recostada en el diván con las piernas al aire. Se levanta y ensaya frente al espejo. Ve a Dionisio y le sonríe. Dionisio, medio de reajo, la espía por el reflejo del espejo. Los Hombres están tensos y supuestamente concentrados. Bernarda se acaricia sensualmente las piernas.

CAPONERA

Oye tú, Benavides, ¿que no empezaba por estos días la feria de San Juan del Río?

BENAVIDES

(sin mirar)

Ya hace tres días que comenzó.

CAPONERA

(con cierto halo de melancolía)

Se pone muy bonita... Me gusta.

Los Hombres siguen jugando, sin escucharla y ella vuelve a mirarse en el espejo y a acariciarse las piernas, mientras tararea en voz baja y aguardentosa una canción. Entra el primer rayo del día por la ventana.

100. EXT. CASA BENAVIDES (PUERTA PRINCIPAL). DÍA.

Bernarda está sentada en uno de los escalones de la casa tomando el sol. Salen Benavides y Dionisio por la puerta. Benavides palmea en el hombro a Dionisio con satisfacción.

BENAVIDES

Aprendiste pronto, cabrón...

(a Bernarda)

Bernarda, llama a Diego pa' que saque la camioneta y despídete de mi amigo.

BERNARDA

(con cierta ironía)

¡Suerte, Dionisio, que le saque provecho!

Dionisio va a agradecer y a contestar el saludo; pero Bernarda se levanta y camina con calma hacia otro lado de la casa...

101. EXT. CAMINO DE ÁLAMOS. DÍA.

Un enorme coche años 40's se desplaza por la salida de la casa: Dionisio y un MUCHACHITO que maneja, van muy serios. Un NIÑO de un jacal sale a decirles adiós.

102. INT. CANTINA VERDE. NOCHE.

Hay cinco TIPOS con estilo Tahúres, en una cantina de paredes pintadas de violento verde estanquillo y una sinfonola como único decorado junto a unos cuernos de venado. Son tres TAHÚRES y dos PISTOLEROS ayudantes. Dionisio juega con ellos. Ahora viste más ostentoso, siempre de negro: usa un chaleco de cuero, con miles de estoperoles y con unas sobrebolsas de peluche con "leopardo", un bigotito chiquito y recortado. Termina la jugada y Dionisio recoge el monte: lo cuenta cuidadosamente, mientras se pone en pie y habla con ellos, distraído.

DIONISIO

Hoy me tocó la de buenas.

TAHÚR

(incoherente)

Usté la tiene consigo, Pinzón. ¿Se acuerda hace 3 meses cuando desplumó a aquel fulano en Nachostoc... ? ¡Ah, qué don Dionisio... ! El gran truchón... La trae con usté... Seguro.

DIONISIO

Así es el negocio... Ya es tarde, vámonos a echarnos
nuestro pistito.

Los Tahúres se levantan, restregándose los ojos. Uno le pasa el brazo a Dionisio con gesto cómplice.

TAHÚR II

¿Qué... ? Nos acompañas con las viejas que te dije... ?

DIONISIO

(súbitamente serio y protocolario)

No puedo... Hoy ando de encargo. Ya luego nos vemos.

103. EXT. CALLE CIUDAD TIPO CELAYA. TIENDA DE ARTÍCULOS FUNERARIOS. DÍA.

Calle de negocios de ciudad intermedia de provincia...

GENTE que camina y compra. Un MENDIGO en carrito está platicando con el HOMBRE de los helados. Dionisio camina por abajo de la banqueta frente a una tienda. Luego de mirar unos segundos los ataúdes que se asoman por la calle, medio bloqueando la banqueta, entra.

104. INT. FUNERARIA. DÍA.

Un ESPAÑOL, calvo y con dientes de oro, le enseña a Dionisio un ataúd de metal y raso rojo, con grandes remaches plateados. Dionisio lo ve sin que se le mueva un sólo músculo. El Español muestra los remaches del raso.

ESPAÑOL

Este es el mejor. Mire nomás qué terminación. Esto no
se rompe, ni a jalones... pruebe. Es de San Luis.

Invita a Dionisio con un gesto a que jale el raso. Dionisio, con desprecio, niega con la cabeza.

DIONISIO

(seco)

Este.

105. EXT. PLAZA SAN MIGUEL DE LOS MILAGROS. DÍA.

Un camión de redilas de "pasajeros" hace parada en la plaza de San Miguel de los Milagros. Baja Dionisio y entre él y el MACHETERO, bajan el ataúd. La plaza está casi vacía. Sólo una MENDIGA que vende tomates y chiles junto al camión, espanta las moscas mientras adormila a un bebé de mirada fija y vientre hinchado. Dionisio le habla con autoridad, su nuevo tono:

DIONISIO

Ahí le encargo que le eche un ojito, no lo vayan a maltratar.

Ella no responde y prosigue con su rítmico abaniqueo.

106. INT. IGLESIA SAN MIGUEL. DÍA.

El Cura y dos o tres MUCHACHITOS arreglan el altar para alguna festividad.

Dos de ellos están encaramados en los extremos del altar. El Cura en un banco de madera, del cual brinca al momento de hablar:

CURA

No'mbre, faltaba más... ¿Cómo crees que la vas a desenterrar así nomás? Te juro que no es cosa mía: hay leyes, reglamentos. El alcalde municipal lo sabría y no han pasado los siete años necesarios para exhumar.

Dionisio, visiblemente enojado, se extraña ante la palabra "exhumar". El Cura se limpia el polvo de las manos con un periódico que toma de una banca.

CURA

... Pa' desenterrar,

(pausa)

Si quieres, ve a hablar con la municipalidad; ya verás lo que te dicen. Pero no te apures, a la pobre hace un rato que le da lo mismo donde está descansando...

Dionisio está rígido, trata inútilmente de esbozar alguna frase. Se despide con dos o tres ronquidos sordos. El Cura le sonríe bonachón. Dionisio camina a zancadas fuera de la iglesia. El Cura habla con él, ignorando su enojo.

DIONISIO

(atragantándose, casi inteligible)

Pos si es así, con permiso.

CURA

Luego date una vueltecita... Se ve que te va bien, ¿eh?

Dionisio... .

Al salir Dionisio, el Cura se voltea para seguir en lo suyo, dando indicaciones a los Escuinclitos:

CURA

(a voces)

Así no, si serán tarugos, así hace corto...

107. EXT. PLAZA SAN MIGUEL DE LOS MILAGROS. DÍA.

Dionisio regresa a la plaza en donde la Mendiga se ha quedado con la caja.

En realidad la Mujer no le pone atención a la caja y distraída y mirando al infinito se rasca la cabeza. El Bebé que estaba en su regazo, ahora juguetea, entre babas y mocos, arriba del ataúd. Dionisio llega donde está ella. Está furioso.

DIONISIO

(rabioso)

Quítese a su méndigo monigote de mi caja. ¿No ve que la está llenando de mocos?

(refunfuña)

Aquí nadie respeta a los muertos.

La Mujer, sin alterarse ante los aspavientos de Dionisio, toma al Niño con el fatalismo inmutable que dan los siglos. Dionisio arrastra el ataúd a lomo a través de la plaza...

108. EXT. CALLE SAN MIGUEL. DÍA.

Dionisio carga la caja por una calle del pueblo. Le pesa y va medio doblado. Al fondo se ve un estanquillo armado en la ventana de una casa, con un letrero de cerveza arriba. Tres HOMBRES lo rodean.

109. EXT. ESTANQUILLO SAN MIGUEL. DÍA.

Dionisio llega al estanquillo. Los Hombres lo ven, curiosos e intimidados, saludan con la cabeza. Son campesinos de la zona que beben su cerveza a media tarde. Dionisio tiene la cara encendida de la ira. Una MUJER desdentada lo atiende. Mira a Dionisio con desconfianza.

DIONISIO

(retador)

Órale, doña Iris, mi cerveza, igual que a los señores, que yo también las puedo, aunque se sorprendan. Así que mi cerveza y más.

Da un trago muy largo y se limpia la espuma de la cerveza con la manga. Clava la mirada en uno de ellos.

DIONISIO

¿Y tú, Damián, qué me ves, cabrón? Ya quisieras la ropita, ¿no?... Buena, costó sus pesotes. Ora yo soy platudo, por eso le traje a mi mamacita su ataúd. Mírenlo todos; raso rojo, remaches de plata, así como l'oyen... Plata pa' la mamá de Dionisio, pa' que nadie diga que la enterró como a un perro. Nomás pa' eso regresé a este pueblo de muertos de hambre. Cómanse su rabia, punta de pendejos, la lana la tengo yo.

Doña Iris, la desdentada, tratando de calmar la bronca, interrumpe y abre el mostrador del estanquillo.

DOÑA IRIS

¿Va a querer otra cervecita, don Dionisio?

Dionisio avienta la botella al suelo y deja un dinero en el mostrador, evidentemente más de lo que esperaban. Se aleja con su ataúd a cuestas.

DIONISIO

(rabioso e irónico)

Don Dionisio... Seguro... Don Dionisio...

DAMIÁN

(admiración y sorpresa)

¡Ah, jíjole!

110. EXT. CASA DONDE VIVÍA DIONISIO. ANOCHECER.

Dionisio llega a la casa y deja el ataúd recargado sobre uno de los muros. La casa no se ve abandonada, pero sí ligeramente cambiada. Una MUJER JOVEN, embarazada y con un NIÑO en brazos, sale al oírlo llegar. Lo mira con cordialidad.

DIONISIO

Aquí era mi casa...

MUJER

¡Ah... es de usted... válgame!

Dionisio se sienta sobre un montón de ladrillos; está exhausto por haber cargado el ataúd tan largo trecho, se limpia el sudor con la mano sana; la Mujer trata de apaciguar al Niño que llora.

MUJER

Como 'staba vacía, creíamos... Ah, era de usted... usted sabrá disponer.

DIONISIO

Pos sí.

Dionisio comienza a buscar el lugar donde enterró a la Madre. Toma una pala que saca de detrás del jacal y comienza a cavar. Las gallinas salen corriendo y lo rodean.

111. EXT. CASA DIONISIO. NOCHE.

La casa de Dionisio está sumida en la oscuridad. Sólo una lámpara de petróleo ilumina el trabajo de Dionisio. Desde el jacal, la Mujer espía su quehacer. Por el camino se ve acercarse al MARIDO DE LA MUJER; al llegar ve extrañado a Dionisio. La Mujer le cuchichea algo. Alrededor de Dionisio se descubren varios hoyos. Él está fuera de sí y lanza a la pareja una mirada desaforada, le duele la mano y se la chupa, pues cavando se la ha lastimado. Desde la ventana tenuemente iluminada, se ve la cabeza despeinada de la Mujer espiando.

FADE OUT:

FADE IN:

La luz de la ventana se ha apagado. Está por amanecer, en torno de la casa hay un montón de hoyos. Junto a la milpa, Dionisio cavando enardecido, sorbiéndose los mocos.

DIONISIO

(desesperado)

¿¡Malditos, seguro se la sacaron de donde la dejé; pos cómo no va' estar?!

(pausa)

Yo te encuentro. ¡Ya verás que te encuentro y te entierro en sagrado... !

Sigue cavando unos instantes. Toca algo que parece duro, se tira al piso y empieza a escarbar con las manos y uñas; saca unas raíces, con ellas se restrega la cara y comienza a sollozar.

DIONISIO

Si hasta te compré tu ataúd...

112. EXT. AFUERAS DEL PUEBLO. DÍA.

Dionisio entra al pueblo, arrastra su ataúd. Va con la cara seria, dura y dolida.

A pesar de sí mismo, no pudo enterrar a su Madre. Lleva el ataúd colgado de la frente con un mecate. En la mano su sombrero texano arrugado. Se para frente de un jacal muy amolado, que en su origen fue chiquero.

113. INT. JACAL SECUNDINO. DÍA.

SECUNDINO COLMENEROS: un hombre flaco, esmirriado, de frente amplia y pelo negro e hirsuto, de cerca de 45 años, vestido de manta, hambriento y sucio; está dando un largo trago al pulque que tiene en su calabaza, mientras remoja en él unos trozos de tortilla seca. El jacal es particularmente miserable, sin más luz que la que entra por la puerta, techo de cartón y ramas, piso de tierra, un petate y dos troncos de árbol.

Secundino se sobresalta al entrar Dionisio, se arregla el pelo y esconde los pies bajo sus piernas. Dionisio le hace un gesto de saludo con la cabeza.

DIONISIO

¿Así que le fue mal, don Secundino?

Secundino está a punto de responder, contando su larga y triste historia. Pero calculado su efecto, se frena en seco y da otro trago a su pulque. Habla con la cara oculta por la calabaza.

SECUNDINO

Así son las cosas. A veces las viejas lo arruinan a uno. Así es la vida. ¿En qué te sirvo?

DIONISIO

A mí me va bien y me hace falta alguien que se ocupe de mis gallos. Un soltador. Usté sabe de eso, véngase conmigo.

SECUNDINO

¿Por qué yo? No me debes nada, nunca fuimos amigos.

DIONISIO

Pos alguien tenía que ser. Venga, tome sus cosas.

Secundino se ríe largamente y se incorpora, mientras se carcajea, acomodándose los pantalones de manta:

SECUNDINO

¿Mis cosas... ? ¿Pos cuáles... ? ¡Ah, qué caray! ¡Mis cosas... !

114. EXT. CALLE DEL PUEBLO DE SAN MIGUEL. DÍA.

Dionisio camina por una calle del pueblo. Dos pasos atrás, lo sigue Secundino, que carga el ataúd. Dionisio se ha puesto el texano. La sombra de los Hombres se alarga sobre el pavimento, polvoso y reseco de la calle. Una turba de gallinas revolotea, estruendosa a su paso.

115. EXT. FONDA NOCHISTÁN. DÍA.

Dionisio y Secundino caminan por una calle de Nochistán, un pueblo más grande que San Miguel: polvoso, sucio, con algunas casas “modernas”, ventanas de vidrio y aluminio dorado, una miscelánea, etc... La calle es a su vez carretera; a cada tanto, un estruendoso camión de carga la estremece; hay vulcanizadoras y mecánicos. Al fondo se ve un restaurante de CAMIONEROS. Ambos jalan el ataúd. Llegan al restaurante. Secundino se sienta en el ataúd, está cansado. Dionisio saca dinero de la cartera.

DIONISIO

Yo entro acá un rato, a ver a los apostadores. No conviene que ahorita te vean conmigo. Vete a echar tus tacos por allá.

Secundino se guarda el dinero, mientras con la mirada busca algún otro lugar para tomar sus tacos; pero todo se ve desierto. No dice nada. Dionisio entra a la fonda, sin prestarle atención.

116. INT. FONDA, NOCHISTÁN. DÍA.

Una fonda más o menos grande: dos mesas ocupadas por CUATRO CAMIONEROS adormecidos, frente a vasos de aluminio y un Nescafé. Una mesa con TAHÚRES vestidos como rancheros ricos y jugando un dominó. La fonda es una típica de camino: dibujos de platos de comida en las paredes, unos paisajes suizos, mesas con mantelitos de plástico y moscas revoloteando sobre las salsas. Dionisio se para detrás de los que juegan dominó y mira la jugada. Intercambia con ellos un saludo silencioso, que da a entender que ya es uno de ellos.

JUGADOR I

¿Una manita... ?

Dionisio niega con la cabeza. En ese momento se ve entrar una tambora al restaurante. Dionisio siente un sobresalto. Los mira fijamente: es la tambora de la Caponera. De entre ellos se escucha la voz de la Mujer, aun cuando ella queda oculta a los ojos de

Dionisio. Los Músicos van encaminándose a una de las mesas y se sienta, dejando los instrumentos a un lado.

CAPONERA

Apúrense a echarse el taco, muchachos, que tenemos
que preparar la función.

La Caponera aparece con su vestido de tulipanes rebordados que queda totalmente fuera de lugar en la fonda, con el pelo muy esponjado y un montón de chinitos sobre la frente. Se sienta y hace señas al DUEÑO de la fonda. Habla a sus Músicos.

CAPONERA

¿Pucherito, chamacos? Píquele,
(*al Dueño del lugar*)
que los muchachos y yo andamos apurados...

Dionisio se levanta y, lentamente y con la mirada fija, se dirige a la Caponera. Ella lo descubre y le devuelve la mirada, junto con una sonrisa ancha y sensual; sabe que él la desea y le encanta. Él se detiene junto a la mesa. No le quita la mirada, mientras hablan:

DIONISIO

¿Qui'hubo, doña Bernarda, qué milagro encontrarla
palenqueando otra vuelta? Y... ¿qué dice don Lorenzo?
Mándele mis saludos.

CAPONERA

(*ligeramente burlona*)

Ay, Pinzón, pos va a estar difícil. Ya me le fui, me regresé
a mis caminos.

DIONISIO

(*semi-insinuante*)

¿Y por qué, doña Bernarda? Benavides le daba vida de
reina en su casota... ¿Pa' qué palenquear de nuevo?

CAPONERA

Su casa tenía paredes, Dionisio, cuatro paredes y un
techo. Yo no nací para encierro. Pájaro sin jaula. Desde
chiquita ando de acá pa'llá con mis muchachos...

(*a los Músicos*)

... ¿Verdá que sí... ?

Los Músicos asienten con la cabeza, mientras comen silenciosos, seguros de su papel de comparsas; muchas veces han visto a la Caponera iniciar sus coqueteos frente a ellos y lo soportan a medias.

CAPONERA

Benavides me quería. ¡Pobre! Pero yo no me pudro en
el encierro.

(pausa y a voces)

Oye, tráime un trago pa' aclararme la garganta, que al rato canto...

DIONISIO

¿Por qué andaba con el viejo? ¿A poco lo quería?

Bernarda se encoge de hombros y suelta una franca carcajada, abierta, mientras toma una punta de tortilla que remoja en el agua:

CAPONERA

(riendo)

Pos le tenía aprecio al Lorenzo. ¿Acaso soy una bruja?
Pero no iba a andar loquita por él, ¿no?

Una ESCUINCLA en delantal floreado y mirada tímida que mira fijamente a la Caponera, le lleva un tequila en vaso largo. La Caponera se lo empina de un solo trago.

CAPONERA

(riendo suavemente)

Méndigos, si es pura agua.

(insinuante)

¿Y tú vas a andar también por los caminos... ? Porque
nos vamos a seguir encontrando...

DIONISIO

Tal parece, doña Bernarda.

Bernarda se levanta y hace un guiño a sus Músicos, los cuales siguen comiendo serios, sin subir la cabeza. Carmelo reprueba con un gesto.

CAPONERA

Oye, Dionisio, ¿vamos a echarnos un trago como Dios
manda?

(a los Músicos)

Orita regreso, verán que no dilato. Cuídamelos,
Carmelo.

Dionisio la sigue, un tanto intimidado; al llegar a la caja, Bernarda hace un gesto sutil, indicando que le toca actuar a él, que medio amedrentado, habla;

DIONISIO

Una botella de mezcal pa' la señora y dos vasos...

(pasa y recapacitando)

del, bueno... La botella cerrada...

Bernarda le lanza una mirada, forzándolo a seguir. (Dionisio está intimidado.) Chupa un limón del mostrador, está excitada; la mirada se le ha humedecido.

DIONISIO

(tímido)

Y, ¿no tiene un lugar donde tomarla tranquilos?

La Escuincla se hace la loca y no contesta, mientras pasa la botella de mezcal cerrada. Del fondo, cubierta por una cortina de plástico que oculta la cocina, aparece una MUJER ROBUSTA y seria, que se seca las manos con la punta del delantal:

MUJER (DUEÑA)

No, no hay ningún rincón.

Bernarda tercia, mientras sigue chupando su limón; cruza miradas de entendimiento con la Señora y saca del escote unos billetes —envueltos en una servilleta—, le pasa dos y se guarda el resto. La Mujer, sin inmutarse, los mete en un frasco de Nescafé lleno de sal o azúcar; los billetes se pierden dentro del contenido.

CAPONERA

Seguro hay por ahí algún rinconcito, cualquiera, señora,
no vamos a andar con exigencias.

DUEÑA

... Pos la bodega, ahí digan si les acomoda.

La Dueña habla mientras camina.

117. INT. BODEGA. DÍA.

Detrás de la cocina se encuentra una bodega con cajas y cartones de cerveza. La separa de la cocina una puerta de metal y vidrio. El vidrio pintado de azul añil, rayado con dibujos, corazones, fechas y nombres. Hay un sinnúmero de cascos de cerveza. De la pared cuelgan unos petates y, en un rincón, hay un viejo colchón, sin cubierta alguna. La Mujer les enseña el cuarto, mientras se escarba el oído y evita el mirarlos. Le molesta tener que usar su fonda para eso, pero la vida está cara.

La Caponera le lanza una risa infantil, de complicidad a Dionisio. Él está nervioso: si es que no es virgen todavía, debe haber tenido una vida sexual escasa, más centrada en la masturbación que en las mujeres. Dionisio evita la cara de la Caponera y contempla con nerviosismo un calendario de la “Mujer Dormida”.

La luz de la bodega es azulada y el polvo que se mueve a su paso, impregna el aire y se ilumina con la luz. La Mujer sale rápidamente. La Caponera ríe feliz, con una felicidad sin mácula, mientras se desabrocha la parte superior del vestido y el brassiere. Dionisio, mudo y con los ojos clavados en la Caponera, se sienta sobre una pila de cajas de cerveza. La Caponera, con una sonrisa ancha, se desnuda de la cintura para arriba, se chupa las yemas de los dedos. Dionisio trata de esconder su mano enteca, ruborizado. La Caponera se percata y se hinca a su lado, le desabrocha el pantalón, mientras le lame la mano vendada.

CAPONERA

(murmullo cómplice, muy suave)

No importa... dámela...

La Caponera se desnuda torpemente. Dionisio, presa de timidez y deseo, tira una pila de cervezas al tratar de besarla. Los cascos ruedan por el suelo. La Caponera ríe y le desabrocha la camisa.

CAPONERA

(dulce y autoritaria)

Así no, encuérate todito...

Hacen el amor. Dionisio, dejando atrás su rubor, besa y abraza a la Mujer de manera frenética.

Van cayendo al piso, lejos del colchón, entre cascos y vidrios. Ella tiene la mirada húmeda de quien llegó al éxtasis. Es una mujer gozadora, con el pulso firme de quienes usan su cuerpo sin preguntas y resquemores. Hace gozar, porque sabe gozar y es feliz por ello. Sonríe. Dionisio en cambio, es presa de un deseo salvaje, casi doloroso.

Al culminar, Dionisio está exhausto. La Caponera lo abraza y acaricia juguetona.

CAPONERA

Ora, síguele... síguele...

Dionisio la ve a los ojos, febril, asumiendo un reto que acepta. Recomienza las caricias. La Caponera lame la mano enteca, con deleite sensual...

FADE OUT:

FADE IN:

La bodega está literalmente destrozada, regada de cascos y vidrios. La Caponera está recostada sobre el pecho de Dionisio, que se trata de volver a acomodar el vendaje de la mano, sin que la Caponera lo advierta. Ella lo ha visto y se sonríe. Ella se acaricia al hablar.

CAPONERA

Me gusta hacerlo de día, con esta luz...

(pausa)

Cuando yo era niña, pensaba que el cielo era como el salón de fiestas de allá en Zapopan, que cuando estaba vacío era así calladito y con una luz rara... así.

La Caponera se adormita y se calla. Dionisio se incorpora y se empieza a vestir. Ahora él tiene una súbita determinación de la que carecía. Sabe que la Caponera está satisfecha y él está en su papel de macho. Esta certeza lo seguirá siempre.

DIONISIO

Desde hoy te vienes conmigo, Caponera, y palenquearemos juntos. Tú vas a ser mi piedra imán. Me traes suerte, nomás de andar por ahí, cerquita.

La Caponera, con los ojos cerrados y jugueteando con su cuerpo, sumida en una calma morosa:

CAPONERA

Ya lo sé. Traigo suerte, ya otros me lo han dicho. Yo ni sé por qué, pero la he de traer.

FADE OUT:

FADE IN:

118. EXT. PALENQUE AL AIRE LIBRE. NOCHE.

Palenque armado a las afueras del pueblo. Hay el mismo ambiente de feria. El Albino, ahora disfrazado de bebé, mama de la Mujer Gorda sobre una tarima de madera con foquitos de colores. Hay, también sobre una mesa, un borrego con seis patas y moño azul cielo. La Caponera canta en su camión. Su voz se escucha lejana. Entre la multitud vemos a Dionisio jugar en la mesa “siete y medio”, muy concentrado. Se le acerca Colmenares con un gallo giro en la mano. Dionisio se secretea con él mientras acaricia el lomo del gallo y ve a la Caponera que canta. La Caponera está vestida con un esponjado vestido rojo de tules, muy distinto al de tulipanes —para indicar paso del tiempo. Dionisio usa un bigotito recortado y su chaleco de peluche atigrado.

FADE OUT:

FADE IN:

119. EXT. IGLESIA, PUEBLO DEL BAJÍO. DÍA.

La Caponera, con un vestido de novia, vulgar, escotado y lleno de encajes, collares al cuello y pelo recogido (con mil y un chinitos sobre la cara) y Dionisio cruzan, sonrientes, el atrio de la iglesia. Ella está con un embarazo avanzado, que no trata de ocultar. Dionisio trae a uno de los gallos en los brazos y le tararea una de las canciones de la Caponera.

Unos pasos atrás, Secundino, muy peripuesto y con un traje brillantón y mal cortado —con su sombrero de nortño— está rodeado de gallos. Bernarda, Dionisio y Secundino entran a la iglesia.

120. INT. IGLESIA PUEBLO DEL BAJÍO. DÍA.

En la iglesia vacía, de no ser por dos VIEJITAS BEATAS, sentadas al fondo, entran Bernarda y Dionisio, los sigue Secundino cargando a los gallos. Un CURA VIEJO entra por detrás del altar.

CURA II

Pero saquen a los gallos, hombre. ¿Cómo se les ocurre... ?

Dionisio hace un gesto autoritario a Secundino para que se salga con los animales. Bernarda se va acomodando constantemente el velo.

BERNARDA

(murmura para sí)

¡Ay, qué bonito... !

Secundino sale discretamente de la iglesia. Bernarda y Dionisio llegan al altar. El órgano calla y el Cura se acerca.

121. EXT. ATRIO IGLESIA. DÍA.

Bernarda y Dionisio salen de la iglesia. Secundino saca arroz a puños de sus bolsas y los baña. Dionisio está muy serio y se soba la mano seca. Bernarda le mete la mano en el saco a Secundino y se baña a sí misma de arroz, está contenta. Los gallos que los rodean comen el arroz que cae en el piso. Al fondo, unos NIÑOS observan divertidos y arrobados la escena; están trepados en la banda del atrio. Una de las BEATAS que sale de la iglesia ve la escena, intrigada.

CAPONERA

Ora sí, como en las revistas...

DIONISIO

Hay que apurarnos para tomar el camión pa' San Juan del Río.

Los tres, cargando gallos, caminan rápidamente fuera del atrio.

122. EXT. PALENQUE EN PLAZA PUEBLO. ATARDECER.

En un pueblo más o menos chico, se está armando un palenque tristón. Secundino les da de comer a unos gallos. La Caponera está sentada a su lado, amamanta a su bebé; junto a ella, uno de sus Músicos, con su trompetón, dormita. Dionisio llega con paso autoritario y empresarial. Se le acerca a Colmenares.

DIONISIO

Ya está arreglado pa' la tercera, prepárate al blanco, que total ya está muy cuilo.

123. EXT. CASA BENAVIDES. DÍA.

Una camioneta Ford años cincuenta avanza por la avenida de olmos que lleva a la casa de Benavides. En ella van: la Caponera, con su sempiterno vestido de tulipanes, ligeramente gorda y avejentada. Está arreglada para la función. En sus piernas va sentada una NIÑA flacuchienta, pálida, de ojeras profundas y cutis cenizo: BERNARDA PINZÓN, su hija, que debe tener unos cinco años e inequívocamente, la expresión del Padre.

La Caponera ve por la ventana y con la mano le enseña a la Hija la casa. Sus comentarios no se escuchan, son opacados por la canción del radio del coche, el ruido de su escape abierto y el cacareo de los gallos que pueblan la camioneta.

A su lado va Dionisio Pinzón, con la mano poblada de anillos y unos enormes anteojos negros de espejo. Maneja el coche Secundino, que canta a pelo en pecho la canción del radio. Llegan a la entrada de la casa, que está más abandonada que cuando la conoció Dionisio: faltan vidrios en algunas ventanas, la puerta de la entrada está cancelada con vigas y la yerba invade algunas ventanas. Baján del coche con ánimo más o menos festivo: la Caponera se pone a espiar por alguna de las pocas ventanas sin tapiar con la Niña sobre los hombros. Secundino baja a las aves y Dionisio llama a voces al Dueño de la casa.

DIONISIO

(a voces)

¡Benavides... ! ¡¡Benavides... !! ¡¡Don Lorenzo!!

¡¡Buenas!! ¡Buenas, don Lorenzo!!

124. INT. PASILLO, CASA BENAVIDES. DÍA.

Benavides avanza por el largo pasillo de la casa, va en una silla de ruedas: está decadente y envejecido. La casa es un chiquero: basura, ratones y polvo invaden el pasillo. Sin embargo, la sensación es más mágica que repelente, como si la casa viviera en un eterno crepúsculo de luces natosas. Benavides mueve con destreza su silla de ruedas, que rechina fuertemente. Benavides va mascullando. Lleva una pestilente bata de toalla.

BENAVIDES

Ora, ¿quién chingaos arma la gritería?

Llega a la orilla del pasillo.

125. INT. COCINA CASA BENAVIDES. DÍA.

Entran a la cocina, que está invadida de pilas de trastes sin lavar, comida podrida, puertas caídas. La Caponera mira todo con aire incrédulo; para ella esa casa fue siempre una jaula de oro, opulenta y aburrida. La Niña se esconde agazapada entre sus faldas. Dionisio está muy plantado frente a Benavides, que lo ve con mezcla de rencor y alegría: finalmente, el Viejo está aburrido y no le cae mal un antiguo compinche.

Secundino carga adentro las maletas:

BENAVIDES

¿Y, cómo fue que se te ocurrió darte tu vueltecita?

DIONISIO

Pos andábamos por ahí, y en esta época se acaban los palenques, con eso de las lluvias y... hace años que debimos presentarle a nuestra niña: Bernarda Pinzón. A usted más que a nadie.

Benavides mueve su silla hasta quedar de espaldas a la Niña, y con falsa sonrisa, comenta:

BENAVIDES

Por entonces alguien me comentó de ustedes. Ya ves que no falta por ahí algún hijo del maíz... Pero, ¿qué? ¿Nos echamos una partidita... ?

DIONISIO

(hipocritón)

No, don Lorenzo, no estaría bien. Usted es mi maestro. Además, ora yo traigo el talismán...

126. INT. PASILLO CASA BENAVIDES. DÍA.

Benavides avanza por el pasillo, mientras Dionisio lo sigue. Bernarda lleva la expresión tensa y aburrida. La Niña se cuelga de la falda tratando vanamente de llamar su atención.

BENAVIDES

Pura verga.

PINZONA

Mamá, ¿vamos a quedarnos mucho rato?

127. INT. CUARTO DE JUEGO. SALÓN ACTOS CASA BENAVIDES. DÍA.

Benavides en su silla de ruedas, se mueve con mucha destreza por la sala buscando los instrumentos de juego: cubilete, barajas, fichas. Dionisio revisa la sala, con mirada curiosa e hipócrita. La Pinzona sale por el pasillo y la Caponera se estremece. Se pone el suéter, sobándose los brazos. Benavides trata de sacudir el mantel de juego y para poder hacerlo cómodamente se medio pone en pie y sacude. Bernarda le lanza un mohín de “ya lo sabía, viejo farsante”, meneando la cabeza.

DIONISIO

¿Y la pierna? ¿Ya no le va?

BENAVIDES

A ratos jode, a ratos no...

(mira la silla)

Y medio huevón que es uno... Déjame de este lado, acá frente a la puerta, así no me descubro.

Bernarda se sienta en el marco de la ventana. La Pinzona entra corriendo y, al ver el juego, se frena de golpe, intimidada. Le habla a la Madre, bajito, murmurando:

PINZONA

¿Cuándo nos vamos?

BERNARDA

(premonitoria)

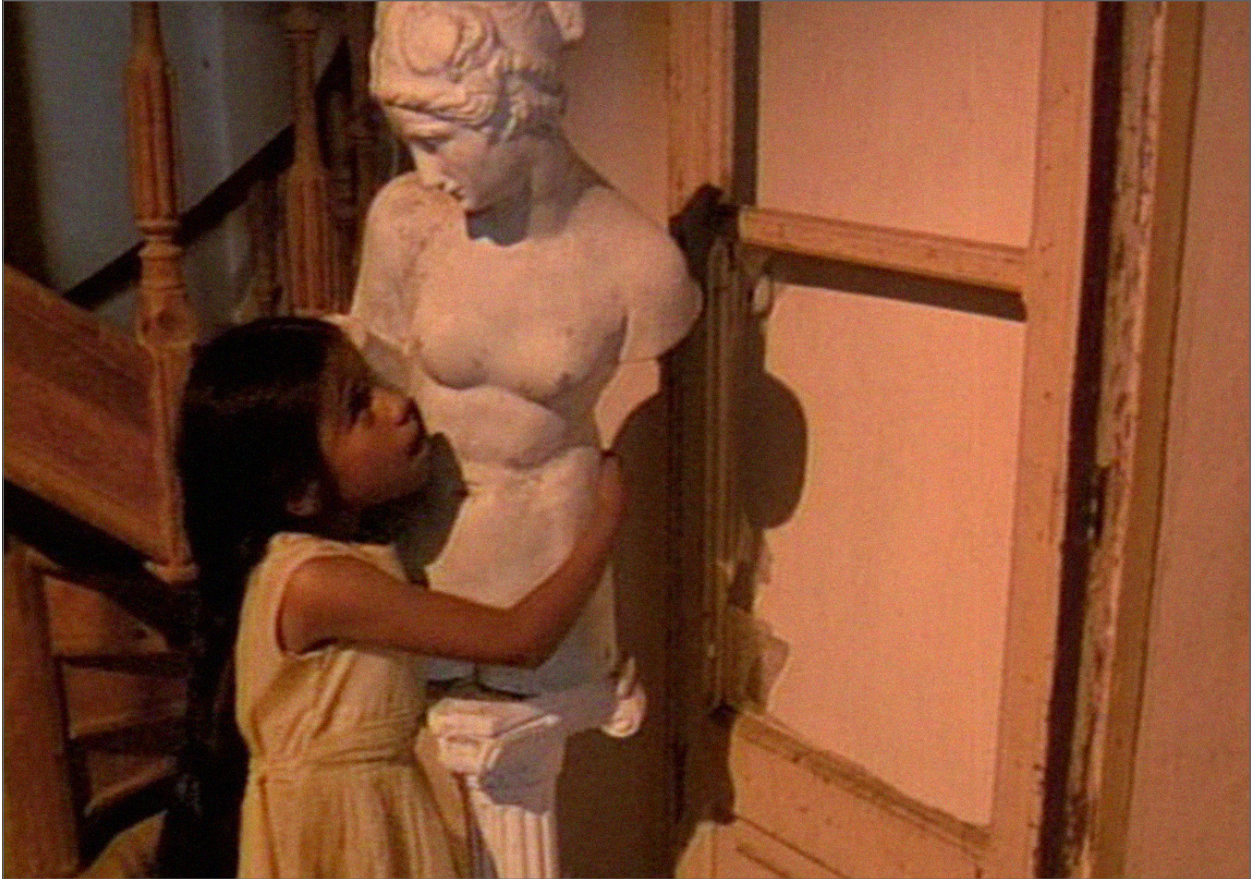
Nos vamos a quedar un buen rato, mi'ja...

128. INT. PASILLO, CASA BENAVIDES. ANOCHECER.

La Pinzoncita vaga errabunda, por el pasillo casi a oscuras. Las viejas estatuas lo siguen poblando. La Niña las toca y se encarama en una de ellas, mientras le acaricia el pelo de yeso.

129. INTERIOR, SALA DE JUEGO, CASA BENAVIDES. NOCHE.

La sala está sumida en la más profunda oscuridad. Los dos Hombres juegan silenciosos. Bernarda está en un sillón, se harta. Se levanta y bostezando, va a salir del cuarto. Dionisio, con voz áspera y sin levantar la cabeza de las cartas, la frena.



La Pinzoncita y una estatua en la casa de Benavides

Bernarda, con sumisión y terror, regresa al sillón sin decir nada. La Pinzona está dormida entre varios almohadones en el piso.

DIONISIO

¿Adónde te vas? Quédate a'i.

La Caponera se sienta en el sillón y trenza los flecos de la cortina.

FADE OUT:

FADE IN:

130. INT. SALA DE JUEGO, CASA BENAVIDES. DÍA.

La cortina tapa escasamente la luz del sol, que está entrando a raudales por los vidrios polvosos. La Caponera duerme pesadamente con la boca abierta y un hilo de baba cae dulcemente de su boca. Tiene las manos entre los muslos. La Niña, acostada aún entre los almohadones, recorre con la mirada el cuarto. Hace un intento de levantarse; pero no se atreve y vuelve a ovillarse. Los dos Hombres juegan.

BENAVIDES

(tenso)

Me abro.

Benavides enseña sus cartas: un par de reyes. Dionisio, sonriente y triunfal, saca trío de reinas y se lleva la banca.

DIONISIO

(guardando apariencias)

A mí me agarró la suerte. Será de Dios... Mire, don Lorenzo, ya no apostemos, ya ve que le salí buen aprendiz.

131. EXT. CASA BENAVIDES. ANOCHECER.

Comienza a llover. La casa de Benavides se ilumina bajo dos o tres relámpagos. La luz del salón de juego se enciende. Se vislumbran las siluetas de los dos Hombres en la mesa. Bernarda ve por la ventana triste y melancólica mientras come un taco.

BERNARDA

(para sí)

Esta casa da encierro... Puro olor a polvo.

132. INT. SALA DE JUEGO, CASA BENAVIDES. NOCHE.

Los dos Hombres siguen jugando. Benavides pone un montón de fichas en el monte. Está lívido.

Dionisio se ha invadido por una grata suavidad: casi no trata de ocultar la suave felicidad que le da destrozar a pesar suyo, a Don Lorenzo.

BENAVIDES

(rabioso)

No me rajo... Va mi resto.

La Caponera canturrea en el sillón, mientras se observa en el espejo. En el regazo tiene una botella de cerveza. A sus pies, como un cachorro: la Pinzona.

FADE OUT:

FADE IN:

133. INT. SALA DE JUEGO, CASA BENAVIDES. AMANECER.

Bernarda ronca suavemente. Una tenue luz de día comienza a entrar; los dos Hombres juegan: Lorenzo está despeinado, angustiado; pero tratando de guardar compostura.

BENAVIDES

(con risita aguda)

Bueno, ya lo que queda y nada más me queda esta casa.
Va la casa.

DIONISIO

(hipócrita)

¡No'mbre, la casa no! Mire que si la pierde, ¿qué va a ser de usted?

BENAVIDES

No me vas a dar tú a mí lecciones, mano. El que enseñó fui yo, aunque tú traigas la suerte. ¿Albur?

DIONISIO

Sale. Va albur.

Benavides, con la cara gélida tose y se limpia con un pañuelo.

BENAVIDES

Seis de espadas y sota de copas.

Dionisio separa una carta: el seis de espadas. Abre el monte y aparece un seis de oros. Benavides se enciende un cigarro, la mano le tiembla ligeramente, aunque trata inútilmente de mantener una sonrisa cínica y triunfante.

Dionisio cierra el monte otra vez.

BENAVIDES

La casa es tuya.

DIONISIO

¿Cómo cree, don Lorenzo? Si nomás era de diversión. Mire, le doy la revancha, pa' que vea.

BENAVIDES

¿Y si pierdes? ¿Cómo me pagas esta casa? Otra vez, acuérdate que ni a un padre se le perdonan las deudas de juego.

DIONISIO

Pero si era por diversión, para pasar el rato. ¿No ve que yo a usted le debo todo?

Benavides comienza a movilizar la silla. La Pinzona se despierta y lo ve moverse, chocar con furia contra sillas, sillones y entre cortinas del escenario. La Niña se escabulle por el pasillo. La Caponera despierta sobresaltada, sin entender qué sucede. Lorenzo ha acercado la silla de ruedas hasta el sillón donde está Bernarda. Ella le lanza una sonrisa boba, complaciente y le hace una caricia maternal en los pelos hirsutos y despeinados. Más bien intenta hacerlo, la interrumpe un rudo manotazo de Benavides.

BENAVIDES

A mí no me debes nada. ¿Deberme a mí?

(grita)

Si todo se lo debes a esta bruja... Ella y tú lo saben: a ella le debes todo...

Benavides agarra del pelo a Bernarda, está fuera de sí, duda unos instantes; parecería que va a arañarla o a estrangularla. Tartamudea. Bernarda está rígida, sin emitir

ningún sonido. Benavides le descarga una fuerte bofetada mientras gorgorea palabras ininteligibles y entrecortadas. Benavides sale en su silla.

134. INT. PASILLO, CASA BENAVIDES. AMANECER.

La Pinzona se ha encaramado a una estatua; mira fijamente a sus ojos vacíos y ciegos, casi pegada a ella. La Pinzona mira con una gravedad extraña a su edad.

En ese momento aparece Benavides por el pasillo:

Va maldiciendo y sin control, chocando contra estatuas y paredes. La Niña lo ve aterrada y curiosa. Benavides choca contra una estatua de yeso, que se cae rompiéndose en mil pedazos.

BENAVIDES

¡Otra vez! ¡Se lo debes a la vaca cabrona... a la muy puta!

Al chocar contra la pared, Benavides se levanta y comienza a empujar su silla chirriante y cruza una rápida mirada con la Niña. Sigue por el pasillo. La Niña tiene un mudo azoro, terror.

135. INT. SALÓN-JUEGO, CASA BENAVIDES. AMANECER.

Bernarda se soba el cachete, no entiende bien lo que pasa. Pinzón se sienta a barajar las cartas con la expresión en blanco. La Caponera se deja caer sobre una silla.

CAPONERA

Pos, ¿qué pasó?

DIONISIO

¿Pos qué iba a pasar? Si serás pendeja. La casa es nuestra. Aquí nos quedamos.

136. INT. RECÁMARA DE LA CAPONERA, CASA BENAVIDES. DÍA.

En un antiguo cuarto del director del internado, con una gran cama alta, abajo de la cual se ve la bacinica, un enorme ropero con lunas de espejo en las puertas —una de las cuales está rota— y un calendario colgado de la pared con una niña de ojos azules gigantescos abrazando a un borreguito.

La Caponera entra cargando un espejo que deja en el piso. El cuarto era hasta ese momento de Benavides y por ello aún carece del montón de espejos, perfumes y chácharas con las que lo llenará La Caponera.

La Caponera deja el espejo en el suelo a un lado de la cama. De su bolsa comienza a sacar todo tipo de objetos; finalmente encuentra un vibrador, chiquito. La Caponera trae puesto el chaleco de tigre de Dionisio sobre su torso desnudo y nada más. Pone a funcionar el vibrador y se recuesta en la cama. Se acaricia con él, la mirada de la Caponera se abrillanta y se pone húmeda.

Toma una cerveza “Victoria” del ropero y le da un trago, el líquido se le resbala por el cuerpo. La Caponera sonríe, sensual, mientras se embarra el líquido por el pecho y el vientre. Se acaricia el cuerpo, con dulzura y suavidad, con complicidad. Su imagen se refleja en el espejo a medias. La Caponera se va excitando suave y constantemente.

CAPONERA

(murmullo, bajo)

Así... así... con la puntita, como si sólo rozara...
así, ¿ves?

Por el espejo roto poco a poco se aclara la imagen de Dionisio, que la observa intenso, poderoso y gratificado, con la certidumbre de tenerla.

Dionisio toma una cerveza. Con su mano enteca se limpia la espuma de la boca y desde la silla donde está sentado, le acerca la mano a La Caponera.

Dionisio le acaricia suavemente el dorso del brazo con la punta de los dedos, mientras la ve con gran intensidad. Ella le sonríe desde el éxtasis.

FADE OUT:

FADE IN:

137. INT. RECÁMARA LA CAPONERA, CASA BENAVIDES. DÍA.

En un cuarto abandonado, con una cama con mosquitero de tul (roto y sucio). Un tocador con perfumes, fotos y polvo de años. Los pisos tienen los restos raídos de una vieja alfombra persa (no muy fina y ya deshilachada). Hay muchos espejos: chicos, grandes, con marco rococó, de cuerpo entero; rotos, muchos de ellos y colocados en el piso o arriba de sillas y de muebles. La Caponera está colocando uno, arriba de la mecedora de mimbre. Bernarda está vestida con una bata satinada como de actriz de Hollywood de los años 30's, calcetines de hombre y un suéter Banlón arriba, arrugado y viejo. La Pinzona la mira azorada (9 años).

CAPONERA

Así, pa' que parezca que hay harta gente. ¿Ves? Ora, tú te subías al camión y dale que dale, te soltabas cantando.

PINZONA

¿Y luego qué?

CAPONERA

Pos que sentías bien bonito. Tenías a tus señores que cantaban contigo...

(cambio: comienza a narrar un cuento)

... Eras chula, la muchacha era muy chula, con su vestido de princesa, cuando cantaba le ponían luces de colores que parecían estrellas. Así de bonito... Y la muchacha tenía a sus músicos: Ella los quería y ellos la cuidaban, que si para allá no te vayas, que si ten cuidado. La muchacha entonces se ponía cante que cante...

PINZONA

¿Y eso la ponía contenta?

CAPONERA

¡¡Claro!! La señora hada le había dicho que cantando iba a encontrar el secreto de la cueva mágica, esa que estaba al final del lago. La princesa tenía que cruzarlo en un barco. Mira, súbete aquí, que es la lancha.

La Caponera, que ha estado sentada en el suelo, se sube a la cama al igual que a la Niña. La coloca en posición muy teatral, con su brazo en alto, el pecho adelante. La Niña se bambolea, cayéndose. Carece de gracia y fantasía. La Caponera la ve complacida. Le acomoda el pelo: dos largas trenzas.

CAPONERA

No, 'pérate. Mejor te suelto el pelo, como de princesa... Vamos a arreglarte.

La Caponera saca del armario uno de sus vestidos: negro de tules, le arranca una de las enaguas.

La Pinzona está menos entretenida que la Caponera. La Madre envuelve a la Niña en mil y un tules y le suelta el pelito, más bien ralo y opaco, que deja que le cuelgue por los hombros. La Niña se ve en uno de los mil espejos, se gusta. Voltea a ver a la Madre. La Caponera está jugando con todas las fibras.

CAPONERA

Así... mejor te suelto el pelo. ¡Mírate qué linda! ¡Como una princesa!

PINZONA

(alelada de sí misma)

Ah, sí...

La Caponera se levanta de un salto: en el tocador busca en varios cajones; saca sus collares de pedrería y unas flores ya marchitas, que mueren en una botella de Coca. Las desparrama en la cabeza de la Niña, colocándole —después— los collares en el delgado cuello. Lleva a la Pinzona de la mano a uno de los espejos. Toma un tubo de labios.

CAPONERA

Mira, te pongo tu bilé...
(duda y se detiene)

No, mejor no, así estás linda.

La Caponera se retracta y no la pinta. La Niña lanza su primera sonrisa, mientras la Caponera le arregla el vestido de tules.

CAPONERA

Ahora, nos íbamos al país de los rosales...

138. INT. PASILLO, CASA BENAVIDES. DÍA.

La Pinzona y la Caponera transitan por el pasillo. La Niña camina mayéctica. Uno de los tules se le atora en una estatua y con dignidad real lo desengancha. La Caponera se levanta la melena, armándose un chongo y colgándose un collar dentro del pelo.

139. INT. SALA DE JUEGO, CASA BENAVIDES. DÍA.

Dionisio, con gesto duro, bigote pintado de negro y recortado como cantante de trío, y con la bata de toalla que usara Benavides en la escena anterior, juega con varios HOMBRES: tres de tipo ranchero, prósperos, de edad mediana; uno de ellos de largas PATILLAS, se sirve un tequila y hace gárgaras; otro, un GORDO chimuelo, se soba la panza.

GORDO

¿Pos, qué pasó, compadre? ¿Qué le agarró la de malas?

DIONISIO

Pos será...

GORDO

No será su señora, doña Bernarda, no anda por acá... Ya ve que cuando la suerte se aleja...

PATILLUDO

(entre gárgaras)

Hasta las barajas cambian... .

140. EXT. PATIO, CASA BENAVIDES. DÍA.

En el patio, entre muchos gallos que vagan de un lado a otro, Bernarda está sentada en el quicio del corredor. Tiene una botella de tequila a un lado. Le da un sorbo largo. La Pinzona baila en medio del patio, una especie de ballet clásico —muy dramatizado. Bernarda, la Caponera, le da indicaciones.

CAPONERA

... Agáchate, pero levanta los brazos... Así... Ahora te parabas en la fuente y cantabas esta:

(canturrea)

Las rosas de mis rosales

De los colores del mar

No las encuentra ninguno

No las van a destrozar.

La Caponera canta y la Niña bailotea por unos segundos. Por la puerta de la cocina aparece Dionisio rígido. La Niña lo ve y se para de golpe, quedándose quieta, con la vista clavada al piso.

DIONISIO

Tú, a tu sillón. Hace rato que faltas. ¿Crees que no me doy cuenta que me haces tarugo? ¡Al sillón!

CAPONERA

(sin mirarlo)

¿Como vaca?

DIONISIO

Sí, nomás faltaba. Al sillón.

PINZONA

¿Y yo, papá?

DIONISIO

Tú vete por a'i a dar tus vueltas, mi'ja. Nomás con que no hagas ruido.

141. INT. PASILLO, CASA BENAVIDES. DÍA.

Bernarda la Caponera camina detrás de Dionisio; aun trae los collares en el pelo y los pétalos. Uno de los collares se le cae al caminar; pero ella no lo recoge. La Caponera va tarareando la canción de las rosas, muy quedito.

142. INT. SALÓN JUEGO, CASA BENAVIDES. NOCHE.

Dionisio juega en la mesa con cinco TIPOS: el Patilludo y el Gordo, vestidos distinto a la escena anterior. Dionisio está vestido de negro, con su chaleco de tigre de peluche, su escapulario, las plumas del gallo de oro colgando del pecho. La Caponera está sentada en su sillón, entre las penumbras, vestida de fiesta, muy pintada, con su vestido negro de tules, al que evidentemente le falta un olán. La Caponera tiene un gallo en las piernas y lo acaricia, le habla:

CAPONERA

¿Te acuerdas de'sta... ?

(tararea con voz ronca y aguardentosa)

El pájaro carpintero

Para trabajar se agacha

De que encuentra el agujero

Hasta el pico le retacha...

Vemos ahora a Dionisio levantar la banca, orondo y satisfecho.

DIONISIO

Va por mí. Que a la suerte no se le hace mala cara.

143. EXT. PATIO, CASA BENAVIDES. DÍA.

Bernarda está sentada al sol, con uno de sus vestidos, las piernas al aire y los muslos semiabiertos. Acaricia a un gallo que tiene en el regazo. Alrededor de ella vagan tres gallos. La Pinzona, que ahora tiene cerca de trece años, pasa enfrente de ella con cara de mortal aburrimiento. La Caponera sonríe al sentir sus pasos.

CAPONERA

¿Jugamos, mi'jita?

PINZONA

No; me da flojera. Además, ya van a llegar y mi papá te va a llevar...

Se escucha el ruido de dos coches acercarse a la casa.

PINZONA

(con tono burlón)

Mira, ya llegaron: te lo dije, te lo dije.

La Niña se mete a la casa. En ese momento se cruza con Pinzón, que sale arreglándose la bata. Le habla a la Caponera sin verla. Ella tiene un odio cansado en la mirada.

PINZÓN

(duro y seco)

Ya llegaron, pícale.

CAPONERA

(harta)

Ya voy, ya voy...

DIONISIO

(a Bernarda)

Ya le di a la niña pa'l vestido. Pregúntale si quiere algo más.

La Caponera cruza arrastrando los pies, se le embarra a Pinzón al topárselo en el marco de la puerta. Ella le lanza una sonrisa tímida y Pinzón contraataca con un gesto de asco y cansancio no disimulado. Ella lo acaricia.

DIONISIO

No empieces, chingao. Me choca cuando andas de arrastrada; borracha y lame culos, faltaba más.

CAPONERA

(suplicante)

Nomás tantito apapache del bueno. Hace falta, Pinzón, hace falta. Si a ti también te gusta hartito...

(con tono supuestamente conciliador, tratando de convencerlo)

¿A la noche, cuando se vayan los del juego, me despiertas? Verás qué rico, como a ti te gusta...

DIONISIO

(riendo)

Órale, pero ya no jodas.

Pinzón le acaricia la cintura por debajo de la blusa.

A la distancia se escucha un ruido de coche que se acerca. Dionisio y la Caponera se ven en silencio. Risas masculinas y el estruendo final del coche que ahora apaga el

motor. Pinzón se adelanta a saludarlos, sonriendo. La Caponera, en cambio, tiene un gesto de hartazgo y resignación.

DIONISIO

(a voces)

¿Qui'hubo, muchachos? ¡Ya se les hacía tarde!

(a la Caponera)

¡Los tragos, que traen sed... ! ¡Pélate!

144. INT. SALÓN DE JUEGO CASA BENAVIDES. NOCHE.

En el salón hay seis JUGADORES: Tres de ellos ya conocidos: El Patilludo, otro Gordo y Solón, otros dos son desconocidos, y al fondo, el DOCTOR con su maletín. Han terminado el juego. Se levantan bostezando. Pinzón, muy serio, permanece sentado. Uno de ellos con una cuchara, toma directo de una olla de peltre arroz y frijoles ya fríos que se le escurren por las comisuras.

DIONISIO

Si serás maje, mejor recalientalos.

JUGADOR

Ya es retarde. Mejor nos dormimos. Mañana hay que terminar la jugada antes de que caiga el aguacero.

JUGADOR II

(adormilado)

Hasta mañana...

Todos van saliendo de la sala de juego. Pinzón, mientras, da un largo trago a su botella de tequila que saca de la bolsa del pantalón, a pesar de que en la mesa hay varias botellas. La limpia con cuidado. Cuando el cuarto queda a solas, va al rincón donde está Bernarda durmiendo. Él la observa deseoso unos segundos y le acomoda un rizo. Ella despierta ligeramente sobresaltada. Dionisio está junto a ella.

DIONISIO

Vine por ti. Despiértate, que no me gusta que me lo hagas amodorrada... Pa' que nos salga bonito, como tú sabes.

Dionisio camina, ella lo sigue tratando de despertarse. Él trepa a la parte del salón que era escenario, donde está la mesa de juego. Detrás de ella —entre los entretelones— hay un sofá grande, viejo y destartalado. Dionisio se echa en el sofá, mientras se desabrocha el pantalón, la Caponera de pie y torpemente, se desviste.

FADE OUT:

FADE IN:

145. INT. SALA DE JUEGOS, CASA BENAVIDES. AMANECER.

Hacen el amor. Es evidente que ella goza con más intensidad que él, quien en el fondo la observa frío, con la intensidad del amor-odio. Al terminar, ella está

echada sobre el sofá, con el pelo enmarañado y semidesnuda: todavía tiene puestos parte de la falda de tules, el collar de bisutería, etc. Pinzón se está poniendo el pantalón; él tiene la mirada dura, ella suplicante, una súplica que se desprende de su sensualidad redespertada. Al hacer el amor, su sensualidad y erotismo se evidencian nuevamente. Con la fuerza de antes, de cuando Bernarda, libre, andaba en palenques; ríe.

CAPONERA

(cariñosa y risueña)

¿Te gustó? ¿Te gustó? Vente, otro ratito. Aquí cerquita.

DIONISIO

(despectivo y frío)

Ora, cúplete solita y ya no friegues. ¿Qué crees que's por puro gusto?

Pinzón sale del cuarto y Bernarda se queda con la mirada vacía viendo los angelotes que cuelgan del escenario.

146. INT. CUARTO BERNARDA, CASA BENAVIDES. DÍA.

En el desordenado y mágico cuarto de Bernarda, se encuentran la Caponera y la Pinzona... La primera mete frenéticamente unos vestidos en una maleta de fierro. La Niña mira la escena, escéptica y asustada. La Caponera está contenta, se ha atrevido a romper su prisión.

PINZONA

¿Y, si nos cacha? Se va a poner re'nojado... ¡Quién sabe qué nos haga!

CAPONERA

(irresponsable)

¡Ya! No nos va a pasar nada...

(pausa)

Te va a gustar. Ya viene el cuate del camión, apúrate... .

147. EXT. PATIO, CASA BENAVIDES. DÍA.

En el patio de la casa, siempre lleno de gallinas y gallos de combate, se ve llegar una destartalada pick-up; la maneja uno de los jugadores de la otra noche: Solón. La Caponera y la Pinzona están subiendo varias maletas viejas dentro de la camioneta. La Caponera está vestida con uno de sus vestidos de tules de representación, con una chamarra de cuero encima y un rebozo terciado arriba. La Pinzona trae un sombrero que le queda grande de texano. El Jugador de la Pick-up se baja a ayudarlas:

JUGADOR SOLÓN

(asustado)

No vaya a ser que regrese.

CAPONERA

¿Ónde cree, don Solón? Si se acaba de ir y siempre se toma su tiempo.

Meten las cosas en la camioneta. La Caponera y la Pinzona se suben. El camión sale del patio.

148. EXT. PLACITA DEL PUEBLO. NOCHE.

La camioneta, vista muy de lejos, llega a un pueblo donde hay una feria diminuta y casi despoblada. El cielo está tronando. Vemos a la Caponera y a la Pinzona bajarse de la camioneta. La Caponera dice adiós con la mano. La camioneta arranca.

149. EXT. PORTALES DE LA PLACITA. NOCHE.

Llueve a cántaros. En los portales, se han refugiado los puestos de garnachas y tacos; iluminados por lámparas de gas, vemos un puesto de tiro al blanco y un HOMBRE, güero de rancho, que grita la lotería ante una adusta MUJER de tipo indígena: su única cliente. Los portales —bastante chicos— están abarrotados de gente. En el borde, recargados contra los pilares de los portales, hacia afuera y resguardándose a medias de la lluvia, están los Músicos de la tambora de la Caponera.

Con ellos vemos a una MUJER FLACA, de cara de canario, vestida de manera similar a la de la Caponera.

La Caponera y su Hija, se acercan arrastrando maletas. Están ensopadas. La Caponera ve a los Músicos, sus músicos, le sonríen y saludan con la mano. Le da una gran felicidad encontrarlos. Uno de ellos le hace un saludo tímido con la mano. Bernarda se les acerca. Está tan mojada, que no hace esfuerzo alguno por resguardarse. Carmelo cruza una mirada ansiosa con la nueva Cantante. La Mujer se le arrima simuladamente al puesto donde Carmelo —que ya está muy borracho— bebe pulque, le da un pellizquito.

CARA DE CANARIO

Ya verás, ya luego hablamos.

Carmelo la mira con terror. La Mujer se aleja y desde un puesto cercano lo vigila.

CAPONERA

(contenta, ansiosa y sin darse cuenta de nada)

¿Pos por dónde se habían metido, Carmelo? No te imaginas el pueblerío que hemos recorrido para encontrarlos.

Carmelo la escucha sin que se le mueva un ápice alguno de los músculos de la cara. La Caponera retoma sin el menor desánimo:

CAPONERA

Pos ya regresé, a juntarme con mis muchachos.

Carmelo y el resto de los Músicos siguen impávidos. La Caponera pierde la seguridad en su aceptación. Se desconcierta.

CAPONERA

Como antes, como siempre. Ustedes son mis chamacos,
¿no... ?

CARMELO

(hierático)

Eso sí no se va a poder, Caponera...

(gesto indicando dirección)

Esa es nuestra cantante ahora.

CAPONERA

(incrédula)

¿A poco? Si está refea... Pero yo soy su Caponera.
Gustábamos mucho, cante que cante. Siempre tuvimos
buena entraña y dicen que a los afectos buenos, ni el
tiempo mata.

(pausa tensa)

Si me arreglo todavía aguanto, me veo bonita con mi
bilé... No todas las cantantes son jovencitas y, canto...
sigo cantando...

Carmelo voltea la vista a otro lado, turbado por la embarazosa situación. Se prepara un cigarrito de hoja. La Caponera recorre vanamente, a los Músicos con la mirada en busca de algún gesto de simpatía. Los Hombres se hacen los disimulados. Cruza miradas con la Cara de Canario, la cual la ve con rabia y desdén. La Caponera toma del suelo un pedazo de cartón ensopado y trata, inútilmente, de protegerse de la lluvia.

CAPONERA

(a Carmelo)

Ya verás. Orita regreso y chica sorprendida...

(pausas y pensando rememorativa)

Los años pasaron también pa' ti, Carmelo. No veo por
qué conmigo van a ser peores. Orita vuelvo...

La Caponera y la Pinzona, que va azorada y malhumorada, se alejan de la plaza. Sus dos figuras diminutas se pierden en la obscuridad de una de las calles que desembocan en la plaza. La Cara de Canario se para en el centro de los portales y con la mano llama a sus Músicos:

CARA DE CANARIO

¡Vénganse, muchachos! ¡¡A darle!!

La tambora se acerca y comienzan a tocar, con poquísimo brío, una canción ranchera. La nueva Cantante se entona.

150. INT. JACALÓN. NOCHE.

Dentro de un jacalón abandonado, con varias paredes faltantes y en medio de un montón de forraje vemos, en las sombras, a la Caponera buscar dentro de su maleta

algún vestido. La Pinzona, de fondo, con su cuerpo flacuchiento temblando de frío, la ve con ira y reproche. La Caponera habla, entusiasmada, sin ver a la Muchachita, con su candor y frenesí clásicos.

CAPONERA

Nomás ese cuento me faltaba. Si yo no les cuadro por vieja, de ti no van a decir nada: estás bien fresquita, mira éste, con sus tulipanes y sus lentejuelas. Ese era bien bonito pa' cantar con brío, se sentía en el cuerpo.

La Caponera va temblando de frío a su Hija y le pasa un suéter viejo que saca de la maleta.

CAPONERA

Tápate en lo que salimos... Mira el rebozo éste te va a quedar bonito... Tu bilé para que quedes chula, ya verás los chiflidazos que te echan.

La Caponera amontona la ropa al lado de la Pinzona. Comienza a pintarle los labios y le pone un lunar en un lado.

CAPONERA

(casi jugando)

Detente el pelo... Órale, así merito: como una reina...

La Niña, malhumorada, se detiene el pelo en alto, como formando un chongo. La Caponera mueve la cabeza, sin dar crédito a tanta belleza.

151. EXT. PLACITA PUEBLO. NOCHE.

En medio de los charcos (ya casi no llueve, nada más chispea), la Caponera que jalonea a la Pinzona con rumbo al portal. La Niña quiere escapar, avergonzada y enojada ante la falta de ubicación de la Madre. La Caponera, que la ve linda, no se da cuenta de lo inútil de su empresa: el vestido le queda a todas luces grande, el escote se le resbala por todos lados y los brazos flacos parecen alas de pollo entre la enorme bisutería que le cuelga.

Los Músicos están tocando y no interrumpen hasta que las tienen frente a ellos. Cara de Canario la ve con rabia infinita y se va a tomar un taco a un puesto de junto, sin dejar de vigilarlos. Los Músicos se hacen los desentendidos, uno se pone a revisar el interior de la trompeta, con supuesta curiosidad. Carmelo es el único que se queda junto a la Caponera. Uno de los Músicos, el más escuinclito, ve con cariño y compasión a la Caponera; sin atreverse a acercárseles, habla:

CAPONERA

Vean nomás a quien les traje: mi sucesora. Chula, ¿no?
Cántales, mi'ja. Oye nomás, Carmelo. Mi misma escuela.

La Pinzona sigue muda. La Caponera se destantea, cruza miradas con Carmelo, que ha caído en un mutismo cerrado y con los otros Músicos, que la rehúyen; se acerca a la Pinzona y comienza a arreglarle el vestido, hablándole muy quedito, con gran ternura.

CAPONERA

Ya verán esta bola de cabrones... Cántales, mi'ja, estás muy chulita, más chulita de lo que yo nunca fui.

PINZONA

(masculla entre dientes)

No sé canciones.

CAPONERA

*(primero dulce y
progresivamente irritada)*

¡¡Cómo no!! La de los rosales... la que cantábamos, esa de los rosales... ¡Acuérdate! Acuérdate...

(pausa)

Aquí no se vale rajarse...

PINZONA

(aterrada y a punto de quebrarse)

No sé...

La Caponera la zarandea de los hombros y la jala del pelo, manteniéndole la cara hacia atrás. La Niña está aterrada.

CAPONERA

¡¡Canta!!

PINZONA

(canta entrecortado, bajito y llorando)

Las rosas de mis rosales,

De los colores del mar...

La Caponera se une cantando, bajito, casi llorando:

AMBAS

No las encuentra ninguno,

No las vaya a destrozar.

El Escuinclito destanteado y otro Músico tratan de seguirlas. Ven a Carmelo y callan. Carmelo tira con descuido su cigarro al piso y lo apaga. Los otros Músicos se alejan aún más. La Caponera y la Pinzona van callándose poco a poco.

CARMELO

(sin ver a la Caponera)

No sirve pa'l negocio, Caponera, no sirve.

El Músico Jovencito pasa cerca de la Caponera y le extiende su anforita. La Caponera le da un trago largo y sonrío comprensiva.

CAPONERA

Ni modo, muchachos, ni modo.

Los Músicos y la Cantante se van a comer tacos. La Caponera y la Pinzona se quedan solas, desconcertadas en medio del portal, ante la indiferencia del resto. Se van caminando despacio. La Pinzona se frota los brazos.

DIONISIO (OFF)

Además de puta, pendeja, Caponera. ¿Ónde crees que la vida se va pa'trás?

Sumido atrás de un puesto de tacos y adelante del puesto de lotería, Dionisio Pinzón veía la escena, enfundado en sus anteojos negros de espejo y su chamarra de cuero cargada de estoperoles. Ellas se detienen rígidas.

DIONISIO

(con seca autoridad)

Aquí las espero.

152. EXT. CALLE PUEBLO. NOCHE.

La Caponera y la Pinzona caminan entre los charcos de una desolada calle del pueblo, ambas van mudas y cabizbajas.

153. INT. TEJAVÁN. NOCHE.

La Pinzona se está quitando el vestido, que da en un fondo grande y desangelado, sobre el cual se pone su ropa del diario.

La Caponera guarda sus cosas, muda. La Niña de pronto cambia de actitud, con determinación le arrebató a la madre su vestido que va a guardar.

PINZONA

¡Pa' qué guardas tanto trapo pulgoso... ? ¡Mugres trapos!!

La Caponera, muda y sombría, sigue guardando sus vestidos mecánicamente. La Pinzona los arrebató y les avienta un cerillo, que saca de una bolsita de plástico. Los vestidos no prenden y la Niña les avienta otro. Esta vez sí prenden: un fuego pequeño, timorato. La Caponera, que había visto sorprendida e inmóvil, al verlos arder, se lanza con desesperación a apagar el fuego con su suéter y su pie.

CAPONERA

(muy desesperada, sollozante)

¡Nooo, mis cosas no!! ¡¡Mis cosas!!

La Pinzona la ve con dureza desde el rincón, con los brazos cruzados en el pecho, torva y obscura, como un mal agüero.

CAPONERA

¿Pa' qué me los quemas? ¿Qué ganas? Por lo menos que tenga mis trapitos, ¿no?

(*pausa*)

Ya no nos pudimos ir, no nos vamos a poder ir nunca, como en una jaula. ¿No ves que soy su piedra-imán? ¿No le viste en la cara que soy su piedra-imán... ? Uno necesita ser el talismán de alguien, ¿no? Importa, ¿no? ¿Cómo crees que nos vamos a poder ir? Siempre nos va a encontrar... Soy su piedra... Piedrita... Su pinche piedra.

La Caponera se calma un poco y recomienza a guardar sus objetos. Su Hija la mira con odio infinito, por el valor que le falta. Ella también quisiera escapar, está harta de vivir —y haberse criado— en un mundo cerrado y lejano, entre gallos y estatuas de yeso, en una jaula. En ese instante, odia a la Madre por el coraje que le falta para escapar.

PINZONA

(*rabiosa*)

¡Qué escaparte ni qué nada! Ni quieres irte. Si te gusta que te haga tus cositas. Ya los he visto... ¡Que te encierre!

La Caponera la ve, incrédula ante el rencor de la Hija. No puede explicarlo, imaginarlo o contenerlo. Retoma su tarea de cerrar la maleta y amarrarle un mecate; se recompone, como si no hubiera escuchado. Le pasa un bulto y sale arrastrando su equipaje. La Niña la ve con rencor.

CAPONERA

Apúrate, no vaya a encharcarse más...

(*pausa y reconsiderando*)

¿Y a ti qué? ¿Por qué te embroncas?

Sale. La Niña la sigue, mientras patea una piedra, con rencor.

154. EXT. PLAZA, PUEBLO CON PORTALES. NOCHE.

Dionisio camina fumando uno de sus “Carmencitas”, que ha desarrugado con esmero. Cuida de no embarrarse los pantalones con los charcos. A unos metros la Caponera y la Pinzona se apresuran arrastrando, penosamente, sus maletas.

PINZONA

(*masculando*)

Vieja rajona...

155. EXT. PATIO, CASA BENAVIDES. AMANECER.

Cuando el enorme coche de Dionisio entra al patio, los gallos cantan al amanecer. Bajan del coche. Dionisio, la Caponera y la Pinzona, quien cruza una sonrisa cómplice y lambiscona con el padre, mientras entra a la casa. Pinzón voltea a ver a la Caponera con rabia y curiosidad. La Mujer se ha quedado sentada en el quicio del patio, con una gallina en los brazos, sumida en la tristeza y melancolía que le da su frustración.

PINZÓN

(duro)

¿Qué, no entras?

CAPONERA

(triste)

Orita...

155. INT. PASILLO, CASA BENAVIDES. DÍA.

La Niña va muy seria, caminando por el pasillo, le saca la lengua a una estatua.

Dionisio la alcanza y le pasa una caja. La Pinzona lo ve, no sin cierto recelo, y la abre, saca unos zapatos rojos de charol.

PINZONA

¿Y quién me los va a ver?

Dionisio se encoge de hombros.

157. INT. CUARTO DE LA PINZONA, CASA BENAVIDES. DÍA.

La Pinzona, ahora una jovencita de 17 años, se pone unos zapatos rojos de charol, de tacón muy alto.

LA CÁMARA recorre el cuarto: en el cuarto la Pinonza ha acumulado muchas de las estatuas de yeso que había en la casa. Hay un tocador viejo y muy sucio en que se refleja la imagen de la Pinzona, han pasado dos o tres años: está embarnecida, se ha convertido en una mujer de mirada dura y que, sin ser bonita, tiene indudablemente un fuerte atractivo: no es el de la sensualidad plena e intuitiva de la Madre. Es, como el Padre, un animal de dos caras, de dos miradas, tendiente a la introspección. La Pinzona se ha puesto las medias con mucho cuidado y luego los zapatos rojos. Al cuello se coloca un gallito de oro. Todo su arreglo es de “la noviecita santa”: vestido más o menos vaporoso y suelto y el pelo recogido con un listón. Digamos que es la antítesis formal de la Madre. Sentada en la cama, la Pinzona se mira las piernas, catándoselas. En ese momento se mira en el espejo y sonrío. Se escuchan pasos. La Pinzona se pone rígida. Dionisio entra y la ve con disimulado arrobamiento.

DIONISIO

(ruborizado)

Mira, te lo mandé hacer a San Luis; nomás pa’ ti. Ahí hacen estas cosas.

PINZONA

Está bien bonito.

Le pasa un gallo de bisutería de piedras de colores. Ella se lo pone y se mira en el espejo.

Con un ademán seco y ligeramente autoritario, la Pinzona se levanta y se para junto a la puerta, indicándole al Padre que ya se vaya. Dionisio le ve los zapatos rojos en el espejo. Se ríe complacido.

DIONISIO

Te gustan reharto los rojos, ¿verdad?

Dionisio sale del cuarto y la Pinzona se ve los zapatos y luego clava la mirada en una de las estatuas, la que veía de niña, aunque ahora ya no le acerca la cabeza. La acaricia.

158. INT. PASILLOS, CASA BENAVIDES. DÍA.

La Pinzona va por el pasillo, presurosa, tocándose el pelo maniáticamente y limpiándose el charol de los zapatos contra el dorso de la pierna. Se cruza con la Caponera, que está convertida en un fantasma de sí misma, el pelo alborotado aunque aún se hace los chinitos sobre la frente. Abotagada y pálida, con profundas ojeras y andar incierto. Tiene su bata china arriba del vestido de lentejuela y del suéter de Banlón. La Caponera ve a su Hija con admiración. La Pinzona, molesta con la admiración de la Madre, apura el paso para acortar el momento. La Caponera tiene un gallo en brazos y la siguen dos gallos más.

CAPONERA

¡Qué chula! ¡Qué rechula!

PINZONA

Ya párale... Regreso tarde.

159. EXT. PATIO, CASA BENAVIDES. DÍA.

La Pinzona cruza el patio caminando apresuradamente, en dos ocasiones voltea a ver que no la sigan. El Padre, Dionisio, en su espantosa bata de toalla y con sus sempiternos anteojos de espejo, sonríe. Podría pensarse que es a la Hija; pero pronto vemos que está rodeado de sus gallos y es a ellos a los que les habla:

DIONISIO

(gran ternura)

Véngase pa'cá... ¿Acaso no quiere que lo chiquée un poquito? Sus cariñitos en el lomo, para que no se quede mal, mi gallito, gallito giro, copetón, el muy cabrón.

160. EXT. PATIO, CASA BENAVIDES. ATARDECER.

La Caponera está en el patio, sentada en el piso, con las piernas entreabiertas. El cielo se ha encapotado y una leve brisa hace revolotear las hojas secas y el pelo de la Caponera, que se hace chinitos con limón sobre la frente. Dos gallos vagan a su alrededor.

Ella agarra a uno de la pata —con gesto brusco que contrasta con sus palabras.

CAPONERA

(rememorativa)

Vamos a platicar. ¿No ves que esta es la hora del pan? Es pa' platicar. Yo de chiquita allá en Zapopan, luegoito caía el sol y empezaban conque fuera por el pan y yo, cante y cante, que me iba.

La Caponera primero recita la canción; pero poco a poco la va cantando con voz aguardentosa. La canción no tiene melodía alguna.

LA CAPONERA

Soy gavián del monte,
Con las alas coloradas,
Con las alas coloradas.
A mí no me asusta el sueño
Ni me hacen las desveladas

La Caponera sube la vista. Pinzón la vigila, acariciándose la mano desde una de las ventanas, mientras chupa su escapulario. Se cruzan miradas de odio. La Caponera recomienza a cantar con más brío, retadora.

DIONISIO

(interrumpiendo)

Ya es hora de la jugada. Te quiero acá...

(con un cierto dejo de ternura)

¿No ves que te necesito, mujer? Deja de estar
calentando a esos gallos, nomás enseñándoles la pierna.

La Caponera baja el canto, hasta convertirlo en un susurro y, tarareando y arrastrando los pies, va hacia la casa. En el friso, saca la anforita y le da un largo trago, se limpia la boca con la mano y se seca restregándola con la puerta. Entra.

161. EXT. CAMINO, CASA BENAVIDES. ANOCHECER.

Un taxi, repleto de JUGADORES, se aproxima a la casa de Dionisio. Lo sigue otro coche viejo y polvoso, de un antiguo y gigante modelo americano, también trae JUGADORES. Entran a la casa de Dionisio.

162. EXT. PATIO CASA BENAVIDES. ANOCHECER.

Los Jugadores descienden de los coches, estirando las piernas y bromeando entre ellos. Uno le pasa un billete al TAXISTA. En ese instante sale de la cocina la Pinzona, corriendo, vestida y peripuesta. El pelo flotando y una bolsa en la mano.

PINZONA

(a voces)

¡péreme... espérese, que voy a salir...

TAXISTA

(haciéndose del rogar)

Soy de ruta, así que si le queda en camino. Usté sabe si le acomoda, seño. Yo tomo pasaje.

La Pinzona entra al taxi. Uno de los Jugadores la mira con cierta lascivia las piernas calzadas con zapatos rojos.

JUGADOR PATILLUDO II

Que te diviertas, Pinzoncita.

El taxi se aleja, levantando una nube de polvo azulado y fino. Los Jugadores entran en la casa. La luz del salón de juego se enciende.

163. INT. SALÓN DE JUEGO, CASA BENAVIDES. NOCHE.

Los Jugadores se están sentando. Son cinco. El Doctor se sienta a la espalda del Gordo. Dionisio saca las barajas. La Caponera extiende el mantel verde sobre la mesa. El Patilludo hace un gesto con la mano y se menea las monedas que trae en el pantalón.

PATILLUDO

Ojo, muchachos, vine preparado.

Dionisio se sienta a la mesa sobándose la mano seca. Sonríe, con una risa muy desagradable: agorera y segura de sí. Busca a la Caponera con la mirada y le lanza una orden muda.

La Caponera se sienta.

DIONISIO

¡Qué bueno, paisano. Yo siempre estoy preparado. ¿No es cierto, señores... ? ¿Quién empieza hoy... ?

JUGADOR I

Corta, Solón...

La cámara se va alejando de los Jugadores y se detiene en la Caponera: ella bebe, rodeada de sus gallos predilectos, uno de ellos en el regazo y los otros rodeándola. En el rincón de la Caponera vemos muchas botellas de tequila vacías. La Caponera, evidentemente borracha, habla con uno de sus gallos. Con voz cálida; está siempre melancólica. Rememora. Con las manos juega con su collar de perlas.

CAPONERA

(incoherente)

Me querían... mucho me querían mis muchachos, mis músicos. Éramos... , éramos uno solo. Yo les daba sus tragos, de los buenos, yo siempre fui muy de a veras, bien bragadora, o la bebida es buena o mejor que no haya nada. ¿No? pos mejor nada.

(da un largo trago)

Yo nomás les decía, ora muchachos, y a darle. ... canta que te canta... Yo tenía mis luces. ... ¡Ah, qué mis luces! Mi camión adornado: ¡Aquí está la Caponera!

Levanta la voz, grita estertórea.

Los Jugadores se voltean a verla, molestos con la interrupción. Dionisio, sin levantar la vista de las cartas, befa:

DIONISIO

Cállate, Caponera, ya no muelas.

CAPONERA

(otra vez para sí)

... Y la gente, dale que dale, aplaudiendo... Había un pueblo rebonito... Nochistán, creo que era... Era bonito, bien bonito.

La Caponera da otro largo trago al tequila. El líquido se le resbala por las comisuras de los labios. Se abraza del gallo, y sumiendo la cabeza en el lomo del animal. Los otros dos gallos dan vueltas en torno suyo. A la distancia, y desde la mesa de juego, la Caponera no es sino una silueta oscura, ovillada, que apenas se distingue entre relámpago y relámpago.

164. EXT. CARRETERA. NOCHE.

El taxi se detiene en medio de la lluvia y recoge a una FAMILIA campesina cargada de HIJOS.

La Pinzona pasa para adelante. Junto a ella se sienta el MARIDO, un campesino joven, indígena y con sombrero de palma. Atrás se apretujan la MUJER, HIJOS, una ANCIANA, cajas, etc. El Campesino va intimidado.

En el taxi —que está lleno de lucecitas de colores, colgajos y un altar a la Virgen del Pilar— se escucha el monitoreo de una pelea de box. La Pinzona hace el gesto de arreglarse algo en los zapatos, se levanta la falda y abre las piernas. Disimuladamente comienza a acariciar los muslos del Campesino. El Hombre está desconcertado.

165. EXT. CARRETERA. NOCHE.

El coche se pierde en medio de la lluvia.

166. EXT. CASA BENAVIDES. NOCHE.

Llueve enormemente, la casa, casi toda a oscuras menos el salón de juego, se ve imponente en medio de los relámpagos.

167. INT. SALÓN DE JUEGO, CASA BENAVIDES. NOCHE.

La Caponera sigue amodorrada en su lugar, inmóvil, sumida en un sueño profundo —que puede ser un ronquido o un estertor bajo. Los Hombres juegan sin percatarse. Dionisio, serio, se soba la mano; el Patilludo se palmea y mueve las monedas de la bolsa del pantalón, como un “tic”. Dionisio no está de humor. Solón pone una carta en la mesa.

SOLÓN

Voy...

PATILLUDO

Su turno, compadre.

Dionisio pone la carta en la mesa. El Patilludo no puede negar la satisfacción en el rostro. Casi inmediatamente pone otra carta y recoge el monte.

PATILLUDO

No es su noche, compadre, ¿pos qué le pasa... ? Hoy
que es de apuesta alta... Mire nomás...

El Patilludo vuelve a agitarse las monedas en el pantalón. Dionisio respinga.

DIONISIO

(*furioso*)

Ya deje de estar chingando con los pinches veintes.

Dionisio busca con la mirada a la Caponera y se tranquiliza cuando la ve al fondo.

168. EXT. CARRETERA — TAXI. NOCHE.

La lluvia está amainando. El taxi sigue comiendo el largo chorizo azulado que es la carretera, levantando cortinas de agua. Se escucha la pelea de box.

169. INT. TAXI. NOCHE.

Continúa la pelea de box, ahora son los comentarios finales. El Taxista cambia la estación: en la otra se escucha un bolero de Agustín Lara, la deja y con la mirada descubre a La Pinzona acariciando al Campesino, quien a su vez, le ha metido la mano debajo de la falda a la Muchacha. Por el retrovisor, el Taxista descubre a la Mujer, hinchada de ira, roja y contenida. El Taxista se muerde el labio y vuelve a poner la pelea de box. Sonríe, pícaro.

170. EXT. CASA BENAVIDES. NOCHE.

Frente a la casa de Dionisio se estaciona un camión de redilas, destartelado y viejo. Bajan, a empujones, una MUJER ROBUSTA de mediana edad, un HOMBRE JOVEN, dos HERMANOS de la mujer, una NIÑA de 8 años que llora a moco tendido.

Sigue lloviendo. Están empapados.

171. INT. SALÓN DE JUEGO, CASA BENAVIDES. NOCHE.

En el interior del salón los Jugadores están muy concentrados. El Patilludo pone una baraja y se lleva el monte. Dionisio se acaricia la mano con rabia y busca con la mirada a La Caponera. Ella sigue en el mismo lugar.

PATILLUDO

Hoy la traigo conmigo, don Dionisio. ¡Qué le vamos a
hacer... !

En ese momento, y muy lejanos, se escuchan los golpes de la puerta y una ligera, confusa, gritería. Los Jugadores se percatan del ruido.

SOLÓN

¿Qui'hubo? ¿A poco espera a alguien a esta hora?

Dionisio se levanta de la mesa. Toma un bastón y se pone los anteojos oscuros. El bastón es el mismo de Benavides. Los otros Jugadores se levantan tras él y lo siguen a distancia. Uno toma una pistola de su chamarra y la mete en su cinturón.

172. INT. PASILLO, CASA BENAVIDES. NOCHE.

Dionisio camina por el pasillo, lívido de rabia y de poder. Los otros Jugadores le siguen, curiosos, a distancia.

173. EXT. PUERTA, CASA BENAVIDES. NOCHE.

Dionisio sale a la puerta. Se está empapando junto con los Campesinos que han llegado. Es evidente que no tienen nada que ver con los del taxi, no hay confusión posible: estos son más urbanos y de mayor edad. La Mujer está furiosa; el Tipo aterrado. Dionisio se levanta ante ellos, pétreo. Los otros Jugadores quedan en la puerta. La Mujer se adelanta y se para en marras ante Dionisio.

CAMPESINA

Aquí con la molestia... Andamos buscando a su hija,
La Pinzona.

DIONISIO

(duro)

Pos no está.

MARIDO CAMPESINO

(intimidado y aliviado)

Te lo dije. Perdóneme usted la molestia... Ya no le damos
más lata.

Se van a retirar. Los Hermanos se están subiendo al camión. Escuchamos a la Mujer mascullar algunas palabras no inteligibles al Marido. De pronto, y fuera de sí, la Mujer se desprende del grupo y se encara a Dionisio, que sigue sobándose la mano. La Niña jala a la madre de la falda como para detenerla. La Mujer toma a la Niña en brazos.

CAMPESINA

No, pus no nos vamos porque yo se lo digo a usted, que
es el padre, ¿no?

(sube a primer plano el llanto de la niña)

Ya cállese, chamaca...

(a la Niña)

... Se trata de su hija, la Pinzona esa.

DIONISIO

(seco y poderoso)

¿Y, qué con mi hija?

CAMPESINA

Yo venía a aclararle con ella, porque dicen por ahí que se
metió con mi señor... y pos eso no vale... ¿No quesque
es una señorita...? Y anda por ahí de furcia y de ofrecida...
y pos quiero encararme con ella y que usted...

DIONISIO

(tonante, interrumpiendo)

¿Que yo qué? ¿A ver, yo qué? ¿Que se anda cogiendo a tu señor? Pos qué bueno, que se lo coja hasta que se le hinchen.

CAMPESINA

Pero es una furcia... anda nomás arrimándose a cualquiera.

DIONISIO

Y lo va a seguir haciendo si quiere, pa'lgo es mi hija, vieja pendeja.

MARIDO

(con mínima dignidad recuperada a fuerzas)

No trate así a la señora... La verdá: su hija anda metiendo barullo a cuanto hombre se le enfrenta.

DIONISIO

Miren, cabrones: mi hija lo hace con quien quiera y le acomode... pa' eso estoy yo detrás de ella: y si a ti te vio algo, o nomás porque sí, pos muy su gusto... y yo me encargo de que nadie le haga chingaderas... y se me largan de aquí por donde vinieron, o los agujero como coladeras.

La cara de Dionisio se cruza con la mirada aterrada de la Niña, que llora, y que lanza un berrido casi animal.

DIONISIO

Y también a la escuincla esta me la quiebro... Aquí es la casa de Pinzón y su hija la Pinzona ... la han de respetar.

Le da un empujón a la Mujer y da un portazo. Los Campesinos se quedan desconcertados. La Mujer va a entrar al coche rezongando. El Marido está unos metros atrás.

CAMPESINA

Pos el pinche manco será muy lo que quiera, pero a su hija le voy a acomodar una que...

El Marido se adelanta y le pega un cachetadón, que la deja en el suelo, sobándose la cara. La Niña llora.

MARIDO CAMPESINO

Jija de la malahora, ya deja de fregar y cállate de una redomada vez.

La Mujer se sube gimoteante a la camioneta, el Marido y los Hermanos la siguen. La Niña no se quiere subir al coche y aterrada solloza junto a la puerta abierta. El Padre se baja y la sube a rastras. El coche arranca y se aleja...

174. INT. SALÓN DE JUEGO, CASA BENAVIDES. NOCHE.

Los Jugadores, cruzándose miraditas cargadas de dobles intenciones, a espaldas de Dionisio, se están sentando. Este se apoltrona ruidosamente en la silla.

DIONISIO

(mientras prende un cigarro, incoherente)

Y ustedes déjense ya de golpes de santidad. No son más que puro hipócrita, pendejo. Na'más se hacen... ni qué nada... Golpe de pecho. Yo tengo lana pa' mi Pinzona. Bola de méndigos muertos de hambre. ¿No ven que yo tengo harta lana? Ora, a jugar...

Los Jugadores se sientan un tanto desconcertados. Uno de ellos sirve los vasos de tequila. Otro de ellos comienza a barajar las cartas.

DIONISIO

Ora, baraja y da...

Por algún lado se escucha el lejano tararear de la Caponera con su voz aguardentosa, muy bajito, casi inaudible. Dionisio la busca con la mirada.

175. EXT. HOTEL DE PUEBLO. NOCHE.

La calle está solitaria y encharcada. La Pinzona la camina con cuidado para no mancharse los zapatos: sus sempiternos zapatos rojos. Al fondo se distingue un letrero que dice: "HOTEL". Su figura va disminuyendo casi hasta desaparecer, al entrar al hotel...

176. EXT. CASA BENAVIDES. NOCHE.

La casa de Dionisio resplandece en la madrugada. Se ve la luz del cuarto de juego encendida.

177. INT. SALÓN DE JUEGOS, CASA BENAVIDES. NOCHE.

Dos de los Jugadores se están levantando. El Patilludo, sonriente y relajado, está satisfecho, pues va ganando. Dionisio se chupa el escapulario y se soba la mano por debajo de la mesa. Uno de los dos Hombres que se levantaron está poniéndose la chamarra.

PATILLUDO

Debían esperarse otro poquito. ¿Cómo está eso de irse tan temprano? ¿No, don Dionisio? Sobre todo hoy que el señor Dionisio anda con la suerte en contra.

HOMBRE

Ya será pa' otra, ora mejor nos retiramos...

(a Dionisio)

¿Usté entiende, compadre... ?

Dionisio, rígido por la derrota, difícilmente puede hacer algo más que un rictus, con cara avinagrada y un movimiento de cabeza por toda despedida.

HOMBRE II

Ai nos despide de doña Bernarda, creo que está dormida.

PINZÓN

(mascullando)

Dormida ni qué ocho cuartos... Borracha.

Dionisio voltea a ver a Bernarda la Caponera: está en el sofá, ovillada. Al irse acercando la CÁMARA, su inmovilidad delata un débil canturreo: la Caponera tararea algo. A su alrededor, los gallos vagan sin oficio ni beneficio, uno de los gallos sale por una puerta. La Caponera mueve los pies lentamente, como si bailara.

178. INT. PASILLO, CASA BENAVIDES. NOCHE.

El gallo camina por el solitario pasillo de la casa de Dionisio, su figura contrasta hondamente con los repujados de las paredes, la caoba y las estatuas de yeso.

179. INT. CUARTO DE HOTEL. NOCHE.

La Pinzona llega al cuarto de hotel: un cuarto miserable con un catre colocado en el centro de la habitación, varios cuadros altísimos, casi cerca del techo, colcha de toalla. Un aguamanil, un excusado y un lavabo en una orilla.

LA MUJER VIEJA le entrega una toalla y la revisa, curiosa, de arriba a abajo.

La Vieja prende una luz de techo.

MUJER DE HOTEL

Acuérdate que la paga es por horas.

PINZONA

¡Mjjjjjjj!

La Pinzona se sienta en una orilla del catre y se quita las medias y los zapatos con mucha lentitud. Se desabrocha el vestido y se da cuenta de que sus zapatos tienen lodo. Toma una punta de la colcha, la chupa y se pone a limpiarlos. Está enfrascada en su labor cuando tocan la puerta. La Pinzona está de espaldas y no levanta la cabeza, sigue limpiando sus zapatos.

PINZONA

Pasa nomás.

La puerta se abre a medias y el Campesino que venía en el taxi se escurre dentro, muy intimidado. La ve desconcertado, esperaba una recepción más cálida por parte de la Pinzona.

CAMPESINO DEL TAXI

Se me hizo tarde por...

PINZONA

(interrumpe enérgica)

Apúrate. Tienes poco tiempo.

Ella se quita el brassiere mientras él, sin saber qué actitud tomar, se quita la chamarra y la dobla con gran pulcritud sobre el dorso de la silla.

180. INT. SALA DE JUEGOS, CASA BENAVIDES. NOCHE.

En la sala de juego quedan el Patilludo, Solón: su hermano (de dientes abiertos y cara ligeramente bufonesca; nariz muy respingada y pelo entrecano y ondulado espojándose a los lados de las orejas) y el Gordo que toma medicinas continuamente, entre trago y trago.

A un lado de la mesa está sentado un HOMBRECILLO FLACO, de cara macilenta y cutis cetrino: su Médico, que tiene el maletín al lado; el Patilludo, muy retador, sigue meneando sus veintes en la bolsa. Suenan las campanadas de un viejo reloj: un Atlas que sostiene al mundo —la carátula del reloj marca las cuatro de la mañana, el Gordo checa su reloj y mueve el brazo del Médico, que pierde ligeramente el equilibrio y se despierta atontado.

DOCTOR

(tartamudea asustado y atarantado)

¿Qué... qué... ?

GORDO

(sonriente)

Que ya me toca... ya es hora.

El Gordo se levanta la manga del saco y de la camisa.

El Doctor saca instrumentos y le toma la presión, un poco ruborizado. El Patilludo se estira, mientras tanto, en el asiento.

PATILLUDO

(bostezando)

¿Qué, le seguimos?

DIONISIO

(seco)

Claro.

El Patilludo lo ve con un tono de felicidad mal contenida.

PATILLUDO

Usté ordena, Pinzón, usté ordena... Baraje y da.

Le pasa el monte a Dionisio Pinzón, quien lo ve fijamente. La baraja, suda frío. Las cartas se le revuelven y desmoronan en las manos. Dionisio, avergonzado e intimidado, con el mismo gesto del Dionisio pregonero, se agacha a recogerlas.

DIONISIO
(*avergonzado*)

... Un descuido, traigo como fiebre.

181. EXT. CASA BENAVIDES (PATIO). NOCHE.

La Pinzona entra al patio, camina rápido, con el gesto serio, reconcentrado, al pasar junto a los rosales (un arco de rosas de las casas de antes). Descuidadamente toma una rosa en una mano y la deshace. Se clava una espina y trata de sacársela con los dientes.

182. INT. PASILLO, CASA BENAVIDES. NOCHE.

La Pinzona camina por el pasillo de la casa. La única luminosidad es la de la luz que se filtra por las ventanas colocadas a espacios regulares. Camina despacio, melancólica; pasa junto a una estatua tipo griego y descuidada y maternalmente le acaricia la cabeza.

La puerta del salón de juego está entreabierta. Al pasar, la Pinzona se asoma con curiosidad, una curiosidad un tanto infantil: de puntitas, escondida, como niña que escucha la conversación de los mayores. Ellos juegan en silencio. Finalmente, la Pinzona entra en su recámara.

183. INT. SALÓN DE JUEGOS, CASA BENAVIDES. NOCHE.

Dionisio, rígido, busca con la mirada por arriba de las cartas a la Caponera.

Ella está en su sillón: ha ido ovillándose y tiene al gallo en su regazo. El gallo está atontado por el fuerte abrazo de la Caponera. Su pose recuerda —vagamente— la de la madre el día de su muerte. Sin embargo, desde donde está Dionisio no se ve nada distinto al solito dormir de la Caponera. El Doctor cabecea junto al Hombre Gordo; el Patilludo y Solón están gozando con el nerviosismo de Dionisio: es una revancha. El Gordo saca sus píldoras de la bolsa y traga varias, sin agua. Checa en su reloj. Aún no es hora. El Patilludo tiene la mirada clavada en Dionisio, que se ha quedado un poco reconcentrado, perdido.

PATILLUDO
(*ligeramente retador*)

¿Qué?

DIONISIO
(*sobresaltado y retador*)

¿Qué de qué?

PATILLUDO
(*clavando la mirada en Dionisio*)

Le toca repartir.

Dionisio, pasándose el dedo por el pelo y sobándose la mano compulsivamente por debajo de la mesa, apocado y distraído, responde:

DIONISIO

No voy.

PATILLUDO

(hipócritamente conciliador y comprensivo)

Si está cansado, lo dejamos pa' otro día, por algo
jugamos en su casa, si esto no es por dinero.

DIONISIO

(molesto por la falacia)

Nomás faltaba, de ninguna manera. Sigamos...

Los tres Jugadores se cruzan miradas de inteligencia entre sí. Dionisio se percata: lo embriaga un sentimiento de rabia e impotencia.

DIONISIO

Dije que sigamos.

El Patilludo vuelve a lanzar miraditas a los Contrincantes.

El Gordo saca sus medicinas nerviosamente, con la cara sumida en la mesa; finalmente vacía varios frascos y hace montoncitos de distintas pastillas. Solón se aclara la garganta.

PATILLUDO

¿Tiene usted con qué ir?

DIONISIO

(sin entender la pregunta cabalmente)

¿Qué?

PATILLUDO

¿Que si tiene usted con qué ir?

Se escuchan en ese momento los cantos lejanos y suaves de una MUJER JOVEN.

Es alguna de las canciones de la Caponera. Dionisio y el otro Jugador parecen escuchar la canción. Dionisio se sobresalta y voltea a la puerta:

DIONISIO

¿Qué?

PATILLUDO

(ya exasperado)

Nomás le preguntaba si tiene usted con qué ir, porque ya sabe usted cómo son estas cosas...

Dionisio recupera ligeramente la dignidad, se repatinga en el asiento, saca de la bolsa de su bata una cajetilla de "Carmencitas" arrugada y casi vacía. Toma uno de los cigarros, lo desarruga y enciende; lentamente echa una larga bocanada. Sus movimientos lentos están orientados a desconcertar, a sacar de quicio al Patilludo, quien tiene la mirada vidriosa clavada en los ojos de Dionisio.

Pinzón, que con la cabeza señala a un enorme cristo que cuelga de una pared. Detrás del cristo y sin quedar totalmente cubierta, vemos una caja fuerte. Dionisio escupe al piso virutas de cigarro que se tragó. Todos fuman, el cuarto está lleno de humo, de encierro y tensión, una tensión que casi se mastica.

PINZÓN

Allá en ese cajón tengo algún dinero, suficiente para cubrir el monte y algo más.

PATILLUDO

Va pues...

Le da a Dionisio las cartas; el juego es bajísimo: se ve en cámara. Están jugando póker y lo único que tiene es un par de doses. Dionisio, con el gesto contraído, toma su escapulario y lo chupa y busca a la Caponera con la mirada. Incluso, medio se incorpora de la silla y avanza el cuerpo un poco para ver mejor a su Mujer. Se escucha el canto. A ella la vemos dormida, sumida en una palidez terrible, respirando con la boca abierta. Dionisio va a la caja fuerte y saca billetes y papeles. Los pone junto a él en la mesa.

184. INT. RECÁMARA CAPONERA, CASA BENAVIDES. NOCHE.

El cuarto de la Caponera está vacío, a oscuras, abandonado; sus vestidos apretados desordenadamente en un armario, enfrente de un espejo varias fotos de periódicos recortadas: son de bandas, tamboras y peleas de gallos. La Pinzona entra, se sienta en la cama y lo contempla unos segundos. Se suelta el pelo y se ve en el espejo. Varios gallos entran vagando erráticos. La Pinzona los contempla y mueve la cabeza expresando desacuerdo. Le da una patadita a uno. Los gallos cantan. Por la ventana se puede ver —aún muy tenue— el primer resplandor de la mañana. La Pinzona se acuesta en la cama, tapándose los pies con una orilla de la sábana. Lejanamente se escucha cantar a La Caponera.

185. INT. SALÓN DE JUEGO, CASA BENAVIDES. DÍA.

Dionisio reparte las barajas, ve un juego que no aparece en cámara. Cierra las cartas y niega con la cabeza. El Patilludo se lleva el monte. Pinzón suda frío. El Doctor, medio dormido y con el pelo despeinado, le toma el pulso al Gordo.

FADE OUT:

FADE IN:

186. INT. SALÓN DE JUEGOS, CASA BENAVIDES. DÍA.

Es de día. El Doctor dormita con los codos recargados sobre la mesa. El Gordo se sirve café. El Patilludo enseña las cartas: tiene flor. Pinzón se estremece, suda y pone sus cartas en el centro —boca abajo. Trata de escoger cuál de los documentos o títulos de propiedad que tiene al lado va a entregar. Los revuelve apresurado sin verlos realmente. Los va tirando nerviosamente.

SOLÓN

(sentencioso)

Don Dionisio, se está jugando mucho, no tiene caso que juegue así.

DIONISIO

(fuera de sí y sin escuchar)

Pos no, no puedo perder. Seguro aquí hay suficiente.
Yo tengo hartó, harta lana, seguro... No puedo perder.
Tengo mi piedra-imán... No puedo perder... Orita
verán... Mi talismán... pa'lgo tengo a la Caponera.

Se escucha suave y distante la canción de la Caponera. Es una canción fresca, matutina, cantada con la voz clara de la Caponera de antes.

DIONISIO

¿Oyeron...?

Los Tipos se cruzan miradas.

DIONISIO

¿Pos que no oyeron? La canción... Seguro es mi hija. Mi
hija, ella regresa a estas horas. ... A lo mejor ya le dio por
la cantada...

(para sí)

Pos nomás no pierdo... No puedo.

(en voz alta y pretendidamente firme)

Todo lo que queda. Aquí: la casa y estos dos documentos.

PATILLUDO

Nadie lo fuerza, compadre, allá muy su decisión.

El Patilludo reparte las cartas muy serio. Dionisio trata de ver su decisión.

La Caponera sigue arrebujaada en su sillón. Le da barajas a Dionisio, este las toma con el rictus descompuesto, no se atreve a abrirlas. Toma la punta de su escapulario y se lo pasa por la frente marcando una señal de la cruz, luego se persigna mecánica y locamente. Abre su juego, no hay ni un par. Dionisio se queda rígido y no enseña las cartas. El Patilludo, con los ojos fijos en Dionisio y sin intentar ver sus cartas, toma los documentos del monte. Dionisio se para acariciándose la mano.

187. EXT. PATIO, CASA BENAVIDES. AMANECER.

Un gallo solitario en el patio se desamodorra y canta. Es el amanecer. La imagen es muy rápida, fugaz.

188. INT. SALA DE JUEGO, CASA BENAVIDES. AMANECER.

Dionisio se acaricia la mano, petrificado en el asiento. El Patilludo se ha parado y meneas sus monedas en la bolsa del pantalón. El otro Jugador y el Gordo están tensos, rígidos, sin saber qué hacer. Dionisio pierde la compostura.

DIONISIO

(grita histérico)

¡Chingao, le dije que dejara de menearse sus veintes!
Ganas de... y... tú, despierta, Caponera!

Se levanta, derribando la silla y a su paso se bambolea la columna de la Independencia, que domina el escenario. Llega por la parte de atrás del sofá donde está Bernarda. Ha perdido totalmente el control e incluso el equilibrio. Tira una mesa y espanta a los gallos que están alrededor de la Caponera. Toma la cara de Bernarda en sus manos. Es evidente para todos, menos para él, que la Caponera está muerta.

DIONISIO

Despiértate, cabrona... Caponera, no seas cabrona.
Despiértate. Lo perdimos todo, todito. Ni un centavo
nos queda.

Toma un collar largo, muy tipo años 20s que tiene la Caponera enrollado en el cuello. Dionisio la zarandea del collar con violencia y el collar se rompe. El cuerpo de ella y las perlas caen a medias por el piso. Los gallos alborozados la persiguen, picándolas.

DIONISIO

(fuera de sus cabales)

¡Hasta esto perdimos! ¡Chingada madre! No te lo digo,
despierta, Caponera... Aunque sea de favor.

Los tres Jugadores y el Doctor lo rodean. El Gordo detiene a Dionisio de un brazo, sin violencia ni presión, con simpatía y compasión. Dionisio suelta el cuerpo de la Caponera, que se desploma ahora totalmente.

El Doctor se hinca y le revisa los ojos y le ausculta el corazón. Se encoge de hombros y se levanta. Toma un mantón que está arriba de un piano cercano y le cubre la cara. El cuerpo queda despatarrado. Dionisio se suelta desesperado y comienza a patear furiosamente el cuerpo de su Mujer.

DIONISIO

(estertóreo)

¿Por qué no me avisaste que estabas muerta? ¿Por qué
carajos no me avisaste? No me avisaste, cabrona. ¡Ya te
me muriste! ¿Qué voy a hacer... ?

Dionisio se suelta fuera de sí y se lanza por el pasillo.

189. INT. CUARTO CAPONERA, CASA BENAVIDES. DÍA.

La Pinzona duerme en el cuarto, entra Dionisio y la Muchacha se sobresalta. Hace un esfuerzo por coordinar la mirada y los pensamientos. Dionisio, fuera de sí, la jala fuera de la cama, arrastrándola de un brazo.

DIONISIO

Se murió... La cabrona de tu madre se murió y yo seguí
jugando. Ven a verla... nomás ven a verla.

En el fondo, y levemente, se sigue escuchando la canción de la Caponera.

A jalones, Dionisio saca a la Hija del cuarto.

190. INT. SALA DE JUEGOS, CASA BENAVIDES. DÍA.

Dionisio avienta a La Pinzona junto al cadáver de la Madre. Está fuera de sí, sollozando. La Muchacha está totalmente desconcertada.

DIONISIO

Ora sí: despídete de tu madre...

PATILLUDO

Sosiéguese, don Dionisio. Son cosas de la vida; deje a la muchacha en paz.

Dionisio se refriega la cara con las dos manos. Se va a la casa, se sienta y da un trago. Queda un instante con el rostro hundido entre sus manos. Se calma, en esa posición habla:

DIONISIO

Pos así tenía que ser... Espérenme un momentito, señores. La casa es suya, todo, todo menos un ataúd. Un ataúd bonito, forrado de raso.

La Pinzona tiene el cadáver de su Madre sobre el regazo.

La cara de la Caponera, rígida, descansa en el pecho de la Pinzona: parece un bebé a punto de ser amamantado.

La Pinzona la abraza, en un gesto muy maternal, tierno.

PINZONA

(quedito, murmurando para sí un tono de madre)

Ya... ya... ya.

Dionisio sale del cuarto de juego. Los Jugadores lo ven irse, saber qué actitud tomar.

El Gordo se sienta en la mesa.

Los otros lo imitan.

Ven a la Pinzona, que sigue arrullando a su Madre, con un balanceo suavecito.

GORDO

Ya termina, vamos a esperar un rato.

191. EXT. CUARTO DE LA CAPONERA, CASA BENAVIDES. DÍA.

EL SONIDO del revólver sobresalta a los Hombres; el Patilludo y el Gordo salen rápidamente del salón. Solón, con pereza y desgano, le hace un gesto al Médico con la mano, para que lo siga. También salen caminando pausadamente del cuarto, con un dejo de aburrición. El Doctor toma una fruta de una canasta colocada a una orilla de la mesa —del lado contrario del que juegan— y le da una mordida furtiva. La Pinzona sigue arrullando a su Madre.

192. EXT. CEMENTERIO PUEBLO FINAL. DÍA.

Secundino Colmeneros, envejecido, sudoroso y cansado, con chamarra nylon, cava una tumba. Lo ayuda un CHAMAQUITO de unos 12 años. Secundino se seca el

sudor del brazo y se sienta sobre uno de los féretros. Hay dos: uno de madera burda y el otro, de Pinzón, el ostentoso ya visto. El Escuintle lo mira con cara de hartazgo. La Pinzona, vestida de falda y blusa oscuras (azul marino o gris, pero no negro) y con el pelo recogido por una pañoleta, está sentada en una tumba vecina...

Toma puñaditos de tierra y los deja caer sobre su falda con gesto distraído. Secundino saca unos chicles, toma uno y le ofrece uno a la Pinzona, que niega con la cabeza. El Escuinclito le pide uno con la mano. Secundino le hace gesto de “al carajo” y no le da nada. Fuma unos segundos.

SECUNDINO

Ora sí nos agarró la malhora. Este suelo es purita piedra.
Y estos gandallas del pueblo, ni ayudar a cavar las
tumbas de tus padres quisieron... Cabrones.

La Pinzona, fraternalmente, le pasa el brazo por el hombro.

193. INT. CUARTO DE LA CAPONERA, CASA BENAVIDES. DÍA.

La Pinzona está guardando los vestidos de la Madre en una maleta de fierro. Viste de fondo blanco, muy de pueblo. Toma el vestido de los tulipanes y comienza a ponérselo.

194. EXT. PATIO CASA BENAVIDES. DÍA.

Secundino está sentado en el quicio de la puerta del patio. Come una torta, silencioso, apesadumbrado: se había encariñado con la Caponera y con la Pinzona y un lazo, más fuerte que el agradecimiento, lo unía a Dionisio: el del destino y la emulación. Prende un radio de transistores (de esos muy de Tepito). Se escucha la canción “¿Y qué?” de José José. Se levanta y va a la camioneta pick up, que está a la mitad del patio. Mete en ella el radio, sin apagarlo y algunas cajas de cartón, cuatro gallos y algunas jaulas y aperos para las peleas.

La Pinzona sale de la casa, tiene en la mano dos maletas, una caja, una estatua de yeso (la que veía desde chiquita). Trae puesto el vestido de la Caponera y tiene arriba una chamarra de mezclilla. Sonríe tímida cuando la ve Secundino.

PINZONA

(viendo la cabeza de yeso)

¿No te importa? Ya me encariñé con este mono. ¿Vas a creer?

SECUNDINO

(dulcemente)

¿Ónde crees? Pero, ¿qué te vas a hacer, muchacha?
¿Qué va a ser de ti?

PINZONA

(sonriendo)

Ni modo que me quede aquí... Iré por a'i, como hacía ella, como hacía mi madre...

(pausa)

¿No ves que nomás quedo yo? Nomás yo... si no lo
hago yo, ¿quién se ocupa?

Le pasa a Secundino la caja y ambos suben a la pick up. La pick up sale del patio.

195. EXT. CAMINO CASA BENAVIDES. DÍA.

La camioneta se aleja, con la música del radio de fondo.

No vemos ni a Secundino ni a La Pinzona.

Desde el vidrio de atrás se ve la casa solitaria empequeñecerse con la distancia.

196. INT. FRONTÓN VIEJO. NOCHE.

En un frontón viejo se ha instalado un palenque chiquito, de tercera. Dos MUJERES venden tamales y una prepara “cubas” en una orilla en vasos de aluminio.

Varios CAMPESINOS merodean.

El Gordo y el Doctor están sentados en primera fila.

A un lado del ruedo, la Pinzona, vestida y peinada igualito que su Madre, está parada abajo de un arco —como el de su Madre— pero de flores de papel, muy destartado.

Viste con el vestido de lentejuelas negro, con un rebozo terciado en el pecho y un prendedor de bisutería barata, que es el gallo de piedras de colores.

La Pinzona canta con una sonrisa enorme y sensual, la misma canción de la Caponera: de quien vive sin porqués ni paraqués.

La acompañan tres MÚSICOS: Un MUCHACHITO y dos VIEJITOS que tocan el tambor y el trombón.

Junto hay un ORGANILLERO que se les une.

En ese momento se arriman al ruedo dos SOLTADORES con sus gallos encapuchados.

Los Campesinos se arremolinan en torno al ruedo.

La Pinzona canta al lado, mientras los Soltadores realizan sus tareas: revisar las navajas, pesarlos, etc...

Les quitan las capuchas y los carean. Los animales se encrestan.

GRITÓN

(OFF y por sobre el canto de La Pinzona)

¡Cierren las puertas!!!

Los dos gallos se trenzan el uno contra el otro.

FIN

Para los recursos multimedia, favor de consultar este sitio web:
<http://www.k-state.edu/mlangs/lasguionistas.html>.